

# MARICONES

del espacio



**Putas,  
yonquis  
e inmigrantes**

**Nº 4**  
**0 €**

# ¡PUTAS, YONQUIS E INMIGRANTES!

Primera edición: Diciembre 2015

Ejemplar gratuito sin numerar para su distribución digital.

Concepto original: Costroyevski, Pollantonio, Rabokov.

Escrito y maquetado por: Costroyevski.

Diseño de la cubierta: Rabokov, Costroyevski.

Revisión y correcciones: Costroyevski.

Edita: Condiloma Ediciones

I.S.B.N – No tiene.

Depósito legal – Tampoco, eso es de maricones.

Impreso en España

*Maricones del espacio* y su logotipo son una marca registrada en España. Esta obra está bajo una licencia **Reconocimiento - No comercial Compartir bajo la misma licencia 3.0** España de **Creative Commons**.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

o envíe una carta a **Creative Commons**,

171 Second Street, Suite 300.

San Francisco, California 94105, USA.

*Se lo iba a dedicar al Juanan... pero paso porque es un capullo.*

*Prefiero dedicar este libro a la memoria de Peter Steele  
y a su maravilloso sentido del humor.*

## **EN LOS NÚMEROS ANTERIORES:**

Veréis, y os lo digo con total franqueza: la última vez que traté de escribir un resumen con el contenido de las publicaciones anteriores me salió un bodriazo denso, fatigoso e infumable. Dicho lo cual, en lugar de intentar componer una síntesis exhaustiva y veráz sobre lo acontecido hasta ahora, voy a explicaros a mi manera de qué coño va esta movida gordísima que se llama ¡Maricones del espacio!

Cuando iba al colegio la peña de mi clase sudaba muchísimo de leerse los libros que nos mandaban leer, y eso que a lo mejor teníamos como cuatro o incluso cinco meses de margen para hacerlo. Total, que irremediablemente llegaba el día en que el profesor de lengua nos hacía escribir una redacción sobre nuestras lecturas y esa misma mañana los zanguangos de mis compañeros me venían súper simpáticos a pedir que les explicase por favor de qué iba el libro que yo sí me había leído. Como, aun siendo pequeño, de aquellas era ya todo un cabrón la mayoría de las veces me inventaba los argumentos sobre la marcha y disfrutaba muchísimo con aquel instante en el que sabía perfectamente que, por su puro y nauseabundo interés, me prestaban total y absoluta atención sin imaginarse que lo que les estaba contando no eran más que gilipolleces absurdas que se me acababan de ocurrir, jajajaja. Ahora que lo pienso, no me extraña que fuese tan impopular, la verdad es que me lo ganaba a pulso.

Así pues, esto es lo que sucedió en el MARICONES DEL ESPACIO:

El protagonista de la historia se llama Polla Pesebre, aunque a veces le llaman Talentus y él a sí mismo se hace llamar Carlos Abel López Requena... pero bueno, eso en realidad no tiene demasiada importancia. Al comienzo de la novela Polla Pesebre tiene treinta y

pico cuando se presenta a una entrevista de trabajo de la cual tiene que salir huyendo porque resulta que era una trampa que los Maricones del espacio le habían tendido para capturarlo. Consigue escapar, pero se mete un leñazo y termina en el hospital.

Esto es lo que sucedió después, en el CHAPARRÓN DE POLLAS:

Cuando Polla se despierta descubre que el hospital donde le atienden es en realidad un centro de salud mental. Allí tiene por compañero de habitación a un argentino que está como una puta regadera y que esconde una espada samurái bajo el colchón de su cama. El mismo Pete Poronga, su nuevo compañero, es quien le hace comprender que no son imaginaciones suyas: Los Maricones del espacio existen y la amenaza que se cierne sobre la raza humana es real.

En cuanto el personal del centro se percata de que Polla Pesebre ha despertado van corriendo a verle. El argentino enajenado se lía a katanazos con los doctores y ordena a Polla que, por su bien, vuelva a escapar... aunque la situación se resuelve sin éxito porque éste no consigue salir airoso y volverá a ser recluido en el psiquiátrico.

La trama se desarrolla durante el NOS IMPORTA TRES COJONES:

El inspector de policía Onésimo Redondo y el comisario Eleuterio Chanfletas andan tras la pista de un sanguinario criminal que ha asesinado a varios chavales de un mismo barrio. Al parecer todos ellos tienen un nexo en común y la sombra de la sospecha se cierne claramente sobre Polla Pesebre. Esa es la razón por la cual se encuentra recluido en el psiquiátrico. Onésimo Redondo, que es un tío cabal, piensa llevar a cabo una investigación concisa por tal de no inculpar injustamente a Polla Pesebre pese a que todos los dedos

acusadores apuntan hacia él. El comisario Chanfletas, sin embargo, es un gilipollas redomado y está convencidísimo de que no puede haber otro culpable que no sea él. Entre tanto, Pesebre nos hablará de su infancia y de su adolescencia, que fueron una completa mierda, y nos aclarará también quiénes son los verdaderos Maricones del espacio: Pumba Perrete y sus pérfidos secuaces que, por lo visto, fueron tormento suyo durante su paso por el instituto.

Y la cosa se quedó en el **TU VIDA DA UN ASCO QUE TE CAGAS**:

El inspector Onésimo Redondo se reúne con Polla Pesebre. Su intención es la de conocerle en persona, intentando indagar así en la enrevesada personalidad que se esconde tras unos relatos de fantasía completamente inverosímiles y decadentes. De todos modos, estando Pesebre confinado a reclusión obligatoria, los crímenes no cesan... lo cual demuestra que Onésimo Redondo estaba en lo cierto y que Polla se encuentra bajo sospecha sin razón. El inspector determina reunirse con el acusado cuantas veces le sea posible hasta que pueda ser capaz de hilvanar los indicios que le ayuden a resolver el caso.

La cosa se pone medianamente interesante cuando Polla Pesebre nos habla del día crucial, siendo él adolescente, en el que Pumba Perrete, nuevo líder al frente de la revuelta Marico-nacionalista, lanza un alegato belicista por televisión en el que declara la guerra contra todos y cada uno de los varones heterosexuales del planeta.

Y ahora, os dejo con nuestra nueva gamberrada que se titula:

*¡PUTAS, YONQUIS E INMIGRANTES!*

*¿Dónde he leído –pensó Raskolnikov prosiguiendo su camino–, dónde he leído lo que decía o pensaba un condenado a muerte una hora antes de que lo ejecutaran? Que si debiera vivir en algún sitio elevado, encima de una roca o una superficie tan pequeña que sólo ofrecería espacio para colocar los pies, y en torno [a él] se abrieran el abismo, el océano, tinieblas eternas, eterna soledad y tormenta; si debiera permanecer en el espacio de una vara durante toda una vida, mil años, una eternidad, preferiría vivir así que morir.*

*¡Vivir, como quiera que fuese, pero vivir!*

*Fiódor Dostoievski*

*Del libro ‘Crimen y castigo’*

# **VOLUMEN IX**

**MARICONIA ÜBER ALLES**

\* \* \*

**MIEDO A UN PLANETA GAY**

\* \* \*

**NECROMARICÓN ILUSTRADO**

## JUEGO DE TRONCHOS

La felicidad se basa en el deseo de repetir, decía Milán Kundera en su novela más sobresaliente. Por esa misma razón Kóstal Eructos, investido presidente supremo de la cúpula gayerrestre durante las postrimerías del siglo XX, pretendía continuar liderando la revuelta marico-espacial a su manera, tal como llevaba haciéndose desde hacía ya unos cuantos decenios, es decir, con sosegada inmanencia; no obrar, evitando así alterar el curso natural de los acontecimientos. La innecesaria barbarie perpetrada por Atila, rey de los culos, perduraba aún en la memoria colectiva del GCMDE<sup>1</sup>. En su afán por ser un digno mandatario, Kóstal Eructos tan solo había seguido la misma pauta que le marcaron sus predecesores, lo que se conocía entonces como ‘política casual’: Acción y discreción.

Pero bien de todos es sabido que la paciencia no es precisamente una cualidad intrínseca de la que puedan alardear los maricones. Sucedió que, tras su primer mandato al frente del ministerio de política expansionista territorial, Pumba Perrete, nuevo aspirante a la presidencia, arremetió contra la aquiescencia de Kóstal empleando una incendiaria campaña que apelaba a la más sangrienta revolución. Viendo el impulsivo arrojo que manifestaba Perrete como heraldo de la rebelión y portavoz representativo de la sangre nueva, las juventudes enervadas comenzaron a exigir el cambio. Además, el consejo internacional de los maricones del espacio vieron con buenos ojos la precipitada osadía y capacidad de oratoria que exhibía el aspirante en todos sus mítines, por lo que a Kóstal Eructos no le quedó más remedio que batirse en duelo contra Pumba Perrete, quien hervía en deseos de llegar al poder lo antes posible y a cualquier precio.

---

<sup>1</sup> *Gobierno Central de los Maricones Del Espacio - ¡MDE! Vol. 0*

Tras varios meses de enfrentamiento verbal las posiciones contrapuestas de ambos candidatos no parecían llegar a ningún tipo de acuerdo –hay quien dice que las primarias duraron más que la mili en el treinta y seis–, por lo que finalmente se decretó una ley que obligaría a los adversarios políticos a luchar, peleando a muerte anal, tal como lo hubiesen hecho dos gladiadores de la Roma imperial. La contienda se celebró en las antiguas ruinas del coliseo romano –habilitadas y engalanadas para la ocasión a tal efecto– y se concertó el evento un lunes, que aún hoy sigue siendo el día oficial en el que tanto los peluqueros como los maricones hacen fiesta.

A Kóstal eructos le tocó la espada y el escudo, mientras que a su oponente le otorgaron la red y el tridente. Una vez se hubieron dado el morreo de rigor, el magreo en sendos paquetes y tras saludar con gran efusividad al respetable los adversarios se colocaron sus respectivos cascos y comenzaron a pelear. Kostal había aprendido algo sobre defensa personal y lucha callejera con los videos de Krav Magá que se compraba por internet pero, claro, nada de eso le iba a servir puesto que Pumba Perrete pretendía jugar sucio y a la primera de cambio arremetió contra él arrojándole un puñado de arena directamente a los ojos con las deleznable artimañas propias de un villano temeroso. Kóstal estaba cegado y blandió su espada agitándola aleatoriamente en el aire por tal de acertarle al cabronazo de Pumba Perrete. No pudo ver que éste se había resguardado en la distancia evitando así el radio de acción que utilizaba su contrincante para atacarle. Justo cuando Kóstal Eructos empezaba a recuperar el campo de visión Pumba Perrete advertía que su rival presentaba ya claros indicios de fatiga, así que aprovechó la ocasión para propinarle un empujón certero que estampó a Kóstal de bruces contra el suelo. Sin mostrar piedad alguna Pumba arañó la espalda de su adversario con la furia de una pantera salvaje, y a punto estuvo de sentenciar el

combate si no llega a ser porque Kóstal consiguió darse la vuelta justo antes de que su enemigo pudiese comenzar a follárselo por el culo. Frente a frente, Pumba sobre Kóstal y los dos con sendas pollas en la mano, disputaron una encarnizada cruz de navajas enarbolando sus cipotes como si fuesen luchadores de esgrima. Sus rabos estaban al rojo vivo y colisionaban entre sí soltando un chorro de chispas incandescentes similar al que se produce cuando cortas perfiles de acero en ángulo con una radial.

Escabulléndose como una sabandija, Kóstal Eructos escapó del feroz asedio con el que combatía su malévolos rival. Luego reuló tomando carrerilla, levantó su espada y, acto seguido, corrió hacia él decidido a embestirle con el envite de un pesado luchador de sumo que cabalga a lomos de un gran elefante. La euforia volvió a iluminar el rostro de Kóstal cuando cayó en la cuenta de que acababa de cercenarle el brazo izquierdo a su oponente mediante un certero espadazo. Se sintió justo vencedor. Pumba, sin embargo, se lamentaba gritando y clamando al cielo como un mongolo sin sus canelones. La arena se empapó embarrándose con la sangre que manaba del cuerpo de Pumba Perrete y éste cayó sobre sus rodillas abatido. Kóstal se creyó ganador; en un arrebato de soberbia alzó sus armas satisfecho y luego se sacó la chorra tiesa para mostrársela a la muchedumbre enardecida. Pero Pumba Perrete aún no había dicho su última palabra. Mientras Kóstal Eructos se dejaba arrebatar alentado por los vitoreos, Pumba asió el tridente que se encontraba tirado por el suelo y lo utilizó para levantarse apoyándose en el. Con el único brazo que le quedaba, lanzó su red hacia Kóstal, quien se vio enmarñado como un incauto pez en las anillas de plástico que unen las latas de refrescos. Poco después Pumba Perrete, que parecía haber sido derrotado en la contienda, cambió nuevamente el curso de la historia de los maricones del espacio en cuanto se desplomó igual que

un tronco sobre Kóstal Eructos y, una vez estuvo encima suyo, utilizó las pocas fuerzas que le brindaba el brazo derecho para bajarse los calzoncillos, sacarse la polla más dura que los cuernos de un cabestro y clavársela por el culo sin compasión, hiriendo moralmente y de gravedad a su aguerrido contrincante.

– ¡AAAAAAAAAAAAH! ¡CABRÓOOOON! –Replicaba Kóstal con dificultad cuando se vio finalmente derrotado.

Con la enculada atroz se dio por concluido el combate. Pumba Perrete conquistó la gloria anal y Kóstal Eructos fue degradado con deshonor del cargo que hasta entonces desempeñaba en el ministerio. Así fue como Pumba Perrete tomó el control de la política mariconacionalista a finales del siglo XX, instigando la confrontación directa entre humanos heterosexuales y maricones del espacio.

Aconsejado por sus mejores abogados, Kóstal Eructos trató de recuperar su escaño y la credibilidad frente a su electorado. Para ello se propuso liberar a la raza gayerrestre de la terrible amenaza personificada en aquel que, vaticinaban, sería ‘El elegido’. Su revancha política nunca pudo llevarse a cabo puesto que fracasó en tal intento... así que Pumba Perrete continuaría avivando aquella desenfrenada obcecación que le alentaba a ambicionar la conquista del mundo heterosexual sin que nadie pudiera interponerse ya en su camino.

O por lo menos, eso era lo que él creía.

\* \* \*

## **MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN POR LA CAUSA MARICO-ALIENÍGENA**

Con Pumba Perrete al frente de tan encarnizada revuelta, la comunidad homosexual del siglo XX asomaba finalmente la cabeza tras la decadencia del Porculismo internacional y con los seis millones de víctimas por las masacres del nazismo a sus espaldas. En las postrimerías de los ochenta fueron muchos los maricones que, alentados por el éxito de los judíos en el cine, decidieron dedicarse plenamente al retributivo mundo del espectáculo. Las arcas del GCMDE llevaban llenándose desde comienzos de siglo con los beneficios que reportaban actores de Hollywood –maricones– tan consagrados como Rock Hudson o Montgomery Clift. Poco a poco, los tentáculos bujarras fueron abarcando cualquier alternativa dentro del campo del entretenimiento; aparecieron los actores de revista, los presentadores de televisión, los trapecistas, los estilistas, los diseñadores de moda, los publicistas, los músicos multidisciplinares, los asistentes de cámara, deportistas incluso... nada escapaba de aquella extensa red que empezaron a tejer sin saber con certeza hasta dónde les llevaría.

Tras la caída del muro de Berlín, cuando la sociedad heterosexual comenzó finalmente a despertar, ellos temían lo peor... tal vez el fin de una era. Una vez más, la cúpula gayerrestre volvió a poner en solfa la pericia y la astucia que le caracterizaban haciéndose un lavado de cara ante los nuevos tiempos de la democracia. En lugar de recurrir al ojo por ojo, los maricones del espacio adoptaron la cómoda posición de hacerse las víctimas y se echaron a la calle reclamando ahora sus derechos, que debían ser –según ellos– como los de todo hijo de vecino. La cosa cuajó sobretodo en occidente; de la misma forma en que llegaron las dictaduras fascistas, los alijos de heroína,

los motores diesel, las peonzas, el Teleindiscreta o los chinitos de la suerte... ser gay comenzaba a estar de moda entre la juventud del momento. Los hijos de la crisis económica, siendo aún adolescentes, alternaban haciendo de chaperos con los solventes maricones de negocios. Mucha gente se pregunta aún cómo es posible que los homosexuales puedan manejar siempre tanto capital a su entera disposición... es común plantearse de dónde sacarán el dinero para comprar esa ropa tan cara, pagarse la cuota mensual de esos gimnasios tan prohibitivos, o bien, dónde consiguen esos empleos tan estúpidos – como el de diseñador de interiores, publicista o fotógrafo de moda – pero que a su vez están tan bien remunerados. Lo cierto es que existe una especie de fondo común donde los maricones del espacio llevan haciendo acopio de todos aquellos bienes gananciales que han conseguido reunir durante siglos trabajando sin cotizar al estado y cobrando la mayoría de las facturas en negro. Lo que ellos conocen como ‘El arca de la alianza homosexual’ vendría a ser una especie de cámara acorazada colmada hasta los topes con billetes de un dólar y monedas de cincuenta céntimos. Una verdadera fantasía para los aficionados a la natación monetaria como el tío Gilito o Aristóteles Onásis; ambos maricones también, por cierto.

Pues bien, en pleno fin de siglo y con el albor del nuevo milenio a las puertas, Pumba Perrete pretende convertirse ahora en líder absoluto e indiscutible del planeta Tierra. Para ello se encierra en su residencia veraniega de Valdepeñas, durante el mes de agosto, con la intención de atar todos los cabos posibles antes de dar el golpe decisivo y sorprender al mundo con su propósito de encabezar la revuelta definitiva en pos de la dominación global. De su particular encierro surge el ideario del ‘Movimiento de liberación por la causa marico-alienígena’, que él mismo escribe a lápiz en un polvoriento y

desportillado bloc de notas, siendo su contenido –aproximadamente– el siguiente:

«Fundamentos del ‘Movimiento de liberación por la causa marico-alienígena’: Ser marico-nacionalista es mucho más que proclamarse abiertamente homosexual, es ser consciente de que, como pueblo elegido, nosotros los gayerrestres, somos una casta única e irrepetible. Herederos de una historia cargada de gloria y honor, una estirpe de conquistadores intergalácticos que se opondrá sistemáticamente al dominio del imperfecto abolengo heterosexual que nos somete desde que fuimos confinados a este planeta. Martillo y azote de infieles, entre tantos días gloriosos; un verdadero imperio en ultramar. Debemos asegurar la existencia de nuestra raza y un futuro para los niños maricones pobres. Nuestro líder Pumba Perrete, idolatrado como ser supremo, nos guiará hasta la prometida arcadia, un lugar donde los maricones nunca jamás tendremos que escondernos de la opinión pública; un lugar lejos del oscuro destierro, colmado por la radiante luz del sol, la embriagadora fragancia de la vaselina y en el que abundarán los culos peludos por doquier; un lugar donde la realidad se fundirá con una fantasía superior, los culos tendrán clítoris y un bello arcoíris multicolor nos conducirá cada mañana hacia una tórrida sauna greco-romana. Ahora dicen que no somos nada, y que no nos queda valor... pero ésta ha sido siempre nuestra nación; saldremos a la calle, ondeando la bandera, juntos y con una sola voz, orgullosos del mañana que nos espera y cuya esperanza guiará nuestro corazón.

¡Guerra! Proclamamos con ira.

¡Guerra! Repitió la lira, con indómito cantar.

¡Guerra! Gritó al despertar el pueblo, que al mundo aterra.

Y cuando en maricona tierra, pasos extraños se oyeron, hasta las tumbas se abrieron gritando: ¡Venganza y Guerra!

¡Mártires de la Lealtad, que del honor al arrullo, fuisteis de Mariconia orgullo y honra de la homosexualidad!»

De dicho ideario se imprimió una amplia tirada tras la vuelta del canciller a la vida política, distribuyéndose a modo de panfleto revolucionario por el extenso entramado del círculo gayerrestre. Cuando todos sus rivales políticos habían sido ya derrotados, y después de revelar a la humanidad el poder armamentístico de las bombas termonucleares, Pumba Perrete se presenta ante los nuevos medios de comunicación para dar un mensaje abiertamente belicista, maricofascista y anti pacifista.

Luciendo unas esperpénticas gafas de sol ochenteras, una gorra de plato en plan dictador y un sobrio traje de látex negro cuya oscura uniformidad se veía alterada únicamente por el brazalete color rojo donde lucía majestuoso un intimidatorio emblema del movimiento por la liberación, el canciller le ordenaba a su subalterno:

–Caporral Péstens... ‘¿Eg está todo perrfegctamente dispruegsto pagrra que pueda ofresserg mi primerg mensaje a la poblasiión mundiargl?’ –Le decía Pumba Perrete imitando cutremente el acento germánico del tercer Reich.

–Sí, mi dictador soberano –Le contestaba con diligencia el caporal Péstens–. Tan sólo nos queda retocar su base de maquillaje y ya estaremos listos para retransmitir en todas las frecuencias posibles.

– ¿Emisiones radiofónicas incluso? –Le insistía nuevamente, pero empleando ahora su timbre de voz natural.

–Sí, emisiones radiofónicas incluso.

–Está bien, entonces concédanme un momento para relajarme antes de proceder tal y como estaba previsto.

El canciller se alejó del estudio de grabación desde donde iban a filmar su discurso de investidura, que sería televisado en riguroso directo para todas las cadenas del mundo, y esperó un rato junto al jardín japonés que estaba en el vestíbulo hasta que por fin acudió el ascensor principal. Luego, tras aguardar unos segundos más a que la

puerta blindada se hubiese abierto —justo después de que las cámaras de vigilancia le hubiesen realizado un escáner visual—, Pumba Perrete llegó a sus aposentos y se bajó los pantalones con ánimo de pa- jearse. Debía hacerlo, más que nada para eliminar cualquier atisbo de tensión acumulada antes de que saliese a emitir su trascendental diatriba. Debía poder ofrecer una imagen serena y parecer, en cual- quier caso, muy seguro de sí mismo. Para ello tomó asiento en su fas- tuoso sillón de polipiel color negro azabache frente a su mesa de ope- raciones semicircular tallada en madera de roble, que parecía el cua- dro de mandos de un reactor nuclear o algo por el estilo, y accionó una pequeña palanca de color dorado. Tras el primer *clic* comenza- ron a encenderse progresivamente varias luces que iluminaron su rostro con destellos color plata y azul celeste. Poco después, y tras unas pantallas opacas que fueron descendiendo de forma mecánica como si fuesen los cristales tintados de un coche oficial, aparecieron cinco culos peludos a escasos treinta centímetros de sus rostro, ali- neados en fila y apuntando con sus respectivos ojetes directamente hacia la cara del canciller.

— ¡Fuego el uno! —Ordenó Perrete, y acto seguido, como si se tra- tase de la lanzadera de torpedos en un submarino nuclear, el primero de los cinco culos peludos que habían emergido a su alrededor le dis- paró una sonora ventosidad en todo el careto despeinándole el flequi- llo e incluso obligándole a cerrar los ojos instintivamente.

— ¡*PRU-FRUUUUTFS!*

— ¡Así se hace! ¡Fuego el número dos! —El canciller presionó un se- gundo botón color rojo e hizo que el segundo culo peludo, justo a la derecha del primer culo peludo que le acababa de peder, expeliera su denso gas pestilente en concordancia con una sordina zumbadora que hizo las delicias del flatófilo dictador.

— ¡*PHFRE-EEEEETHFS!*

– ¡Ooooooh! ¡Qué maravilla! ¡Excelente, número dos! ¡Excelente! – Pumba se deshizo en halagos hacia el culo peludo número dos– ¡Fuego el número tres!

– ¡PHFROUMPTFZS!

Y así, durante algo más de media hora, el canciller Perrete estuvo deleitando sus sentidos con el hediondo torpedeo que le iban disparando a discreción los desafinados culos peludos. Tal como si fuese un concierto de orquesta para bombo y tuba, el dictador fue ordenando mediante su cuadro de mandos que los cinco culos fuesen peándole sin compasión en toda la cara. Por momentos se dejó llevar sumido en un éxtasis musical, embebido ante su propia creatividad como si fuese el capitán Nemo cuando tocaba el órgano completamente borracho, para componer una sinfonía mágica y post apocalíptica; Crepitantes vibratos, susurrantes semitonos de pedo, *sotto voces* malolientes, redoble de escopetazos, tripletes de metrallata, atronadores cuscos marcando el ritmo de boga como si fuesen los infernales tambores de las galeras... en sus manos, el excelsior compositivo flatulento no conocía límites.

Después de un buen rato esnifando cuscos y machacándose la con regocijo como si fuese un orangután en celo, finalmente, Pumba Perrete levantó el mentón apuntando en dirección al techo, puso los ojos bizcos y, mientras resollaba con la boca abierta tal cual lo hacen los asmáticos, se produjo la tan esperada eyaculación; abruptamente, sobre el teclado, claro está.

– ¡Mi dictador soberano! –Le llamaba con diligencia el caporal Péstens golpeando con los nudillos tras la puerta que daba acceso a su sala de recreo– ¡Todo está dispuesto para su intervención, le estamos esperando!

– ¡¿Pero tú eres tonto o es que la mamas de canto?! ¡Péstens, pedazo de anormal! ¡Te he dicho cientos de veces que estoy hasta los

huevos de que invadas mi intimidad! ¿Acaso no te he dejado siempre bien claro que NO QUIERO QUE ME MOLESTEN MIENTRAS TOMO UN BAÑO RELAJANTE?!

– ¡Oh, sí, por supuesto su excelencia... mi dictador soberano! –Se disculpaba– ¡Lamento tener que interrumpirle durante su baño relajante, señor!

– Considérate oficialmente ¡DESPEDIDO! ¡DÉS-PÉ-DÍ-DÓOOO!

– ¡Oh, sí, por supuesto su excelencia... mi dictador soberano! ¡Me consideraré despedido!

– ¡Maldito Péstens de los cojones! ¡Da gracias que no te mando fusilar! ¡Que alguien me traiga una toalla caliente! ¡AHORAAAA!

\* \* \*

# **MIEDO A UN PLANETA GAY**

## **SEGUNDA PARTE**

## MIERDAPENDENCIA

Respondí al teléfono mientras mi vecina me contemplaba con lascivia y estupefacción al tiempo que buscaba el resto de su ropa interior entre los cojines del sofá. De pronto parecía que le hubiese entrado prisa por largarse; a mí en particular me iba de fábula, porque así no la tendría que persuadir para poder echarla de mi casa.

– ¿Diga? –Pregunté nuevamente, haciendo alarde de mi voz más masculina. Tan sólo se escuchó el silencio por unos instantes. Parecía haber alguien al otro lado de la línea, pero aquella persona estaba como haciendo tiempo antes de dirigirme la palabra.

– ¡¿Diga?! –Le insistí.

– Hola, muy buenos días –respondió por fin– ¿Es usted don Carlos Abel? ¿Don Carlos Abel López Requena?– La voz al otro lado del auricular pertenecía a la típica teleoperadora latino-americana almidada y empalagosa. Supuse que me estarían llamando de la compañía del teléfono para ofrecerme alguna mierda de promoción o algo por el estilo. Acerqué la silla junto al aparato, dispuesto a sentarme, cuando mi vecina se arrodilló frente a mí y me volvió a bajar los pantalones hasta los tobillos.

–Sí, soy yo mismo... –Le dije– ¿Y tú quién cojones eres, puta de mierda?

Nuevamente se escuchó el silencio. Tal vez había sido un poco brusco al contestar pero es que me toca mucho las pelotas que me estén llamando cada puñetero día de la semana para preguntarme si tengo el internet con Jazztel o con la puta de su madre. En esas que mi vecina se amorró a mi polla y me la comenzó a chupar, mirándome con ojos de mamona viciosa y escapándosele una pérfida sonrisilla cuando se daba cuenta de que a mí se me iba poniendo el pepino gordo como el tronco un pino.

–Mi nombre es Carla Melania Ciguatanejo, señor don Carlos... Le llamo en nombre del coordinador subgerente de mi empresa para ofrecerle la posibilidad de optar a una oferta de empleo remunerado por tiempo parcial o completo. Y dígame señor don Carlos... ¿está usted interesado en formalizar una entrevista para que podamos evaluar su idoneidad de cara a ocupar el puesto de trabajo que le ofrezcamos?

– ¿Un trabajo dices? –Le respondí tratando de aguantar el tipo mientras mi vecina me andaba comiendo el rabo. Su cabello, deliciosamente corto hasta la altura de la nuca, me acariciaba con el vaivén de la mamada y un escalofrío de puro placer hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Ella se rió. Menuda guarra estaba hecha.

–Así es, señor don Carlos... Dígame ¿puedo darle hora para que se persone en nuestras instalaciones? ¿Está usted físicamente, moralmente y diplomáticamente interesado en nuestra generosa oferta laboral?

–Bueno, joder. Sí, es decir, en realidad no estaba buscando trabajo... pero yo que sé. Que sí, que vale. Me acercaré esta tarde si no me pillan muy lejos –Le dije casi susurrando. Mi vecina se incorporó, me puso su pandero gordo a la altura de la cara, se subió la falda para enseñarme el culo en todo su esplendor y luego se aplastó contra mi regazo. La polla entró tan suave y su coño estaba tan mullido, cálido y acogedor que no pude evitar correrme de gusto. Sentí que me subía un hormigueo desde la planta de los pies, pasando por los tobillos y las rodillas hasta llegar a los huevos.

–Magnífico señor don Carlos. Le tomo hora a las cinco en la tarde.

– ¡BUAAAARFHS!! ¡¡AARGHS!! ¡BO-FUOURGHFS!

–Perdone, pero no le he entendido bien ¿Sería usted tan amable de repetirme, por favor?

–Aahghfs... Uourgfs... Ahfgs... Digo... que sí. Que mejor que sea a las siete... ¿no? –Mi vecina se recostó contra mi pecho y yo la

abracé, sujetándola amorosamente por las tetas con la mano que me quedaba libre. El dulce aroma de su cabello me proporcionó una placentera sensación de embriaguez. Aquello debía ser lo más cercano a estar en el cielo, y me lo estaba perdiendo todo por tener que charlar con la puta cotorra latino-americana.

–Estupendo señor don Carlos, pues entonces será a las siete...

–¿Necesitan que les lleve el currículum o algo?

–No haría falta en un principio, nosotros ya evaluaríamos su perfil mediante nuestro proceso avanzado de selección personalizado de personal cualificado.

–Pues mejor, pedazo de zorra... porque aún no tengo hecho el currículum ni nada que se le parezca. Entonces de puta madre, quedamos para esta tarde. Y ¿se puede saber dónde coño sería la entrevista y de qué cojones va el trabajo?

–Persónese en nuestras oficinas de la calle del Arzobispo Fimosis, número veintisiete, Bajos-primera, escalera de la izquierda. Nomás que debe usted tocarle al interfono donde verá que aparecen nuestras credenciales y ya podrá acceder sin ningún problema al *jiúman ri-sérch dipártment*.

–Bueno, pues venga... no tengo nada mejor que hacer así que esta tarde si eso ya me pasaré por allí –Encontrar trabajo y ganar pasta entraba dentro de mis planes para independizarme, así que pensé que aunque el curro fuese una puta mierda por lo menos se me presentaba una primera oportunidad de establecer contacto con el mundo laboral y tampoco era plan de desaprovecharla. Mi vecina se levantó satisfecha, yo le solté una palmadita en el culo y ella me devolvió una sonrisa traviesa.

–Le agradecemos sentidamente su colaboración, señor don Carlos. ¿Ha tomado usted nota de la dirección por si acaso?

–Qué va, paso... No te preocupes que me acordaré seguro... y si no me acuerdo pues te jodes ¡Ja ja ja!

—Que tenga muy buen día señor don Carlos. Nos vemos esta tarde en la sita con usted. Resiba un cordial saludo y hasta pronto— Justo cuando la sudaca me iba a colgar advertí que mi vecina se había vestido ya y estaba dispuesta a pirarse. Me esperé un momento para que se decidiera y seguí haciendo ver que continuaba con la conversación telefónica.

VECINA: Adiós Polla, tesoro. Si necesitas más ya sabes dónde encontrarme —Antes de irse me dio un pequeño beso en la mejilla, muy cerca de los labios, y volvió a sonreírme completamente satisfecha. Luego me acarició el pelo y a continuación la puerta se cerró tras de mí. Entonces fue Ed quien comenzó con su particular estallido de júbilo.

ED: ¡¡Yéeee-jaaaaa!! ¡¡Yú-hu-húuy!! ¡Bravooo! ¡Bravooo! ¡De puta madre, amigo! ¡Pichabrava! ¡Semental! ¡Rompebragas! ¡Te quiero mucho, colega!

TALENTUS: Estarás contento ¿no? Menuda jaca cachonda que nos hemos picado.

ED: Mira tío, ya sé que probablemente no te lo había dicho hasta ahora pero, en serio... ¡Te quiero mucho, colega! —Me confesaba mi propio miembro viril absolutamente emocionado.

TALENTUS: ¡Anda, va! Mira que eres pelota de mierda... pero sigue, sigue... que ya sabes que me gusta, ja ja ja.

ED: Te has portado como un auténtico campeón y un alfa del quince, encima vacilándola ahí... ¡Ja ja ja! ¡Has estado sensacional!

TALENTUS: Bueno, va... que sí, que ha sido un polvazo. Mira, ahora voy a ir a ducharme que tengo todo el cuerpo jamagoso. Luego comeré algo y si eso, por la tarde, ya nos acercamos a lo de la entrevista esa. ¿De acuerdo?

ED: ¿Qué me dices de una buena paja antes de irnos?

TALENTUS: Joder macho... ¿Pero tú es que no tienes fondo o qué? Estoy hecho polvo, y primero tendré que comer... Aunque bueno, por mí vale.

ED: ¡Hoy quiero ver películas de gordas tetudas!

POLLA: ¿Qué coño te ha dado a ti últimamente por las gordas?

ED: ¿Y tú que me propones, cretino?

POLLA: Pues no sé... ¿Qué te parece algo de porno de los ochenta... o alguno interracial de rubias follando con tíos negros?

ED: Pues te digo que eres un friki y un pedazo de maricón. No quiero ver videos de tías follando que ahora mismo podrían ser nuestras abuelas o que se andan comiendo pollas gigantes de negro mientras me masajean. Me haces sentir muy gay.

POLLA: Bueno, pues nada... Buscaré alguno de rubias con las tetas gordas y así todos contentos.

ED: Sí, y a poder ser que estén un poco entradas en carnes... que después de estruzarme a tu vecina tengo ganas de ver jamelgas de verdad. ¡Vaya culo y menudas tetas!

Muchas veces, reflexionando a solas, me pregunto si el resto de la humanidad masculina le hablará también a sus pollas. De no ser así me sentiría bastante raro pues, si alguien se enterase de que lo hago, quizá me tomarían por un perturbado mental... pero es que si no le hablo a Eduardo se pone tan persistente y obstinado que al final me acaba volviendo loco de verdad. Nacer tío en este mundo es lo mejor que le puede pasar a uno en la vida, aunque deberían inventar algo para que las pollas no fuesen tan cansinas.

\* \* \*

## **LA MIERDA, DE LA MIERDA, DE LA PUTA MIERDA**

Primero puse el horno a calentar; saqué una bolsa de patatas fritas onduladas, la abrí y me serví la mitad en un cuenco para írmelas comiendo mientras esperaba; vacié también una lata de aceitunas rellenas en uno de esos platos pequeños de cerámica que se utilizan para servir tapas; corté un limón por la mitad y luego coloqué un gajo en el mismo vaso donde me pondría una Coca-cola con un par de cubitos de hielo. Conté unos cuatro o cinco minutos antes de abrir el horno y colocar la pizza. Después de comer, pegarme un pajote y darme una buena ducha me sentía ya como nuevo. Hacía una tarde estupenda y, aunque todavía era pronto para ir a la entrevista, decidí salir de casa antes de que regresaran mis viejos. De pronto me descubrí a mí mismo contento y satisfecho, como hacía mucho tiempo que no lo estaba, así que escribí una nota para mi madre dándole las gracias por el detallazo que había tenido conmigo al comprarme todas aquellas pijadas y comentándole también que por la tarde iría a una entrevista de trabajo. Supuse que le alegraría saberlo. Es de bien nacido ser agradecido, además, el que me llenasen la nevera a rebosar con comida venía a significar que mis padres se marcharían de vacaciones y me dejarían la casa para que estuviese a mis anchas durante todo el mes de agosto. Me iba a hartar de follar. Lo cierto es que pocas veces me reconocía tan complacido delante de ellos. Ojalá siempre pudiera ser así.

A las cinco menos cuarto me levanté del sofá, me puse las lentillas y salí en busca del que con un poco de suerte sería mi primer empleo. De camino pasé por el parque del meconio para ver si me encontraba con el Follardo y contarle así las buenas nuevas. Desde la fatídica mañana del porro insalubre que no le había vuelto a ver. Tampoco

nos llamábamos nunca, así que pensé que de vuelta de la entrevista pasaría por allí otra vez y a ver si daba la casualidad de que coincidíamos en el banco.

Andaba yo pensando en mis cosas cuando de pronto me tropecé con una situación inusitada. Tirada en mitad de la acera, acurrucada sobre unos malolientes cartones donde parecía que alguien se hubiera meado, me encontré con Purria Prepucio, una de mis compañeras de clase que iba conmigo a EGB. Llevaba mucho tiempo sin verla, no había sabido nada de ella desde que comencé a ir al instituto. Estaba tan desmejorada que incluso me costó reconocerla, Follardo ya me advirtió que últimamente tuvo malas compañías y que había llevado una vida de mierda... así que lo más lógico era suponer que me la encontraría en ese estado tan patético y lamentable.

TALENTUS: ¡¿Purria?!

PURRIA: ¡Aaaarghj! ¿Quién eres... y qué coño quieres de mí? –Me decía haciendo pantalla con la mano para protegerse del sol.

TALENTUS: Madre mía Purria, ¿qué haces tú aquí? –No sabía qué decir, nunca había hablado con ningún indigente y menos con uno que me fuera conocido.

PURRIA: Ooooh... cielo santo... por el amor de Flómar... Talentus... amigo mío... ¿Qué haces? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué es de tu vida, muchacho?

Tanta amabilidad sólo podía significar una cosa, que Purria había tocado fondo por completo. Que estaba verdaderamente humillada y hundida en la miseria. Purria Prepucio había sido una de las niñas monas de la clase cuando íbamos al colegio. Rubia, delgadita, ojos claros, bonita de cara... solía mostrarse bastante esquiva y engreída, pues era de esas personas que creen que se lo pueden permitir porque todos los demás somos como la plebe a su servicio. Ahora que lo pienso, y a decir verdad, siempre me dio más asco que otra cosa...

aunque por otros motivos muy distintos de los que salieron a relucir en aquel momento, claro está. Purria daba verdadero asco, pero porque estaba sucia; vestía como una pordiosera, pegaba peste a cebolla pochada, tenía el pelo churretos y su dentadura comenzaba a evidenciar claros síntomas de podredumbre.

TALENTUS: ¿Pero qué cojones te ha pasado?

PURRIA: Nada, bien... ya sabes, aquí... Que ahora estoy viviendo en la calle y esas cosas...

TALENTUS: Pero ¿y eso? ¿Qué te ha sucedido?

PURRIA: Oh, nada hombre... no tiene importancia, ¡cosas de la vida! ¡Jiá-ja-já, jiá-ja-já jiáaa-aaarlghfs! –Incluso su risa con resuello era de lo más yonqui; lo hacía tan bien que parecía como si estuviese actuando. Postureo yonqui, diría yo.

TALENTUS: ¡No me jodas con que no tiene importancia! Pero, ¿tú te has visto bien? ¡Estás hecha un puto adefesio!

Bajo su manta harapienta Purria iba vestida con unos mocasines roídos; un chándal de Táctel color verde, lila y blanco que estaba comido de manchas oscuras, agujeros de quemaduras y chinazos de porro; bajo la chaqueta del chándal llevaba puesta una camiseta andrajosa, de esas de tirantes como las que llevan los abuelos en invierno, donde podía leerse claramente ‘Tengo el sida’ escrito con rotulador. Muy lentamente, se sacó una rebanada de pan de molde sin corteza del bolsillo del pantalón... solo que en lugar de comérselo Purria lo utilizó para sonarse los mocos.

PURRIA: ¡Sniirghfs! ¡Aaarghfs! ¡Buuhrfs! Perdona Talentus, es que creo que estoy un poco resfriada –Me comentó entre balbuceos.

TALENTUS: Pero colega... ¿Cómo no vas a estar resfriada? ¡Pero si estás fatal!

PURRIA: Oh, ya... bueno, pero no te preocupes –Purria echó mano bajo la manta y de allí sacó un cartón de vino de mesa al que le dio

un buen tiento—, me estoy tomando un jarabe para la tos que encontré el otro día en la basura del centro de jubilados. Lo malo es que leí las contraindicaciones y decían que, entre otras cosas, puede provocar tos... así que ya ves, estamos en las mismas. Pero no te preocupes ¿eh? Que esto lo arreglamos enseguida.

Purria se subió la manga del chándal hasta mostrarme una cinta de goma verde que tenía atada al brazo. Luego, de entre los cartones, sacó una reluciente jeringuilla que debía tener preparada con su dosis presumiblemente de heroína; se buscó la vena palpando como una verdadera drogadicta a la vez que procuraba esquivar las costuras del antebrazo y finalmente se enchufó el pico mientras apretaba los dientes con fuerza. Al principio tiró despacio del émbolo hacia afuera; el contenido de la jeringa se mezcló con su propia sangre. Poco después empujó el émbolo para dentro y soltó un gemido apagado de pura rabia mezclada con dolor y placer.

PURRIA: Ésta por el Iosu. AAaarhg... AAaargfs...

TALENTUS: Pero... pero... ¡Yo estoy flipando! ¡¿Ahora vas de que eres una puta yonqui?!

PURRIA: AAaahfs... Fuaaaghfs... claro hombre... ooofghs... es que ahora es lo que parte.

TALENTUS: O sea, que ahora eres yonqui porque está de moda ¿no?

PURRIA: ¡Ay, ‘o sea’! ¡Jiá-ja-já, jiá-ja-já, jaaarghfs! ¡Joder Talentus, te has vuelto un relamido y un pijo de mierda!

TALENTUS: ¡Y tú una puta yonqui de los cojones, no te jode!

PURRIA: Eh, pijo... mmh... a mí no me vaciles, jiá-ja-já-áarghfs...

Entre toses, Purria se zarandeó dejándose caer hacia un lado como si tuviese el cuerpo inerte. Me quedé consternado, contemplándola igual que si estuviese viendo a un perro viejo morir. De Purria nunca hubiese dicho que fuera a caer tan bajo. Sus padres eran una familia de lo más corriente, pero por alguna razón su hija se les había

torcido y ahora me la encontraba ahí, tirada como una vulgar colilla y picándose la vena con una jeringuilla que debía tener la aguja más herrumbrosa que la dentadura de un rumano.

TALENTUS: Purria, ¿y tus viejos qué? ¿Ya saben dónde estás?

PURRIA: Qué va, yo ya me he hecho autosuficiente. ¿Te he dicho que ahora trabajo en una fábrica de pipas peladas?

TALENTUS: Joder Purria, no me cambies de tema...

PURRIA: Que sí, coño, que sí... Ahora tengo un trabajo estable y vivo a mi rollo, jiá-ja-já, jii-áaarghfs... ¡Tooohjfs-Cooogfhs! –Su risa drogodependiente volvió a ahogarse con una fuerte tos.

TALENTUS: No, si eso se ve claro...

PURRIA: Pues ahora trabajo en una fábrica de pipas peladas ¿sabes? Se llama Frutos secos y encurtidos Doctor Pórkenstein. Está de puta madre porque gano bastante pasta y tengo muchos colegas aquí en el barrio ¿Sabes? Trabajo en la línea del turno de noche, con todos los moros y los negratas.

TALENTUS: Claro, o sea que ahora estás trabajando en una cadena de montaje...

PURRIA: Eso es... eso... que no me salía. Eso es, ‘o sea’ –Volvía a hacerme burla entre cólicos–. Trabajo en la fábrica de pipas peladas del Doctor Pórkenstein... Orgullo obrero y todo eso, colega.

TALENTUS: Bueno, pero por lo menos tienes trabajo. No tendrías por qué estar así, tirada en plena calle mientras te comen las chinches...

PURRIA: Las chinches me comen el papo... ¿Quieres saber de dónde se obtienen las pipas peladas? ¿Eh? ¿Lo quieres saber? –Y entre tanto a la chica le vino una arcada que terminó convirtiéndose en eructo repulsivo. Además del hedor a orina Purria pegaba una peste a bodega de vinos rancios que no podría aguantarla ni el mismísimo Lemmy de los Motörhead.

TALENTUS: Bueno, va... dime a ver...

PURRIA: Jiá-ja-já, jiá-ja-já...

TALENTUS: Bueno, venga, cuenta... ¿De qué coño te ríes tanto?

PURRIA: Jiá-ja-já, jiáa... jiáaaarghrjfs... ¡Fzuarps! –La chica tosió un pollaco doblándose sobre sí misma, que más que escupir parecía que estuviese potando, y se quedó un rato cabizbaja, sorbiendo el hilo de babas flemáticas que iba descolgándose desde su boca.

TALENTUS: Hostia puta, Purria... pero qué puto asco me das, joder... en serio que te lo digo.

PURRIA: Aaah, sí... que te cuente lo de las pipas... es verdad, que se me había ido el punto. Pues verás –Primero se recostó despacio, como si estuviese buscando la postura para echarse a dormir, y luego siguió hablándome–, trabajo en el polígono industrial del Lora Calostro... lo único que tiene mi trabajo de difícil es... que, claro, tienes que procurar no comerte las pipas... jiá-ja-já, jiá-ja-já –Reía sin venir a cuento, como si fuese un chiste ensayado en el que hay que acentuar las risas por obligación–. Puede parecer difícil, pero con el tiempo al final te acostumbras. La fábrica del Doctor Pórkenstein es un poco triste... como si fuese un campo de refugiados, y está llena de putas, de negros, de moros, de yonquis, de sudacas y de disminuidos psíquicos que se pasan la jornada pelando pipas y escupiéndolas luego en sus respectivas cajas de cartón...

TALENTUS: ¡Basta ya, Purria! De verdad te lo digo... ¡qué puto asco!

PURRIA: Ya, qué me vas a contar... a mí lo de los escupitajos al principio también me chocaba bastante... pero es que para poder ponerles la sal por fuera lo suyo es que las pipas estén bien impregnadas por el lapo ¿A que no lo sabías? Así, una vez que los esputos se secan, las pipas del Doctor Pórkenstein adquieren ese sabor, único y genuino, que tanto nos gusta y las diferencian de todas las demás.

TALENTUS: No volveré a comer pipas peladas en mi puta vida.

PURRIA: Anda ya, Pesebre. No me seas pijo de mierda... Mira, ahora que me acuerdo... ¿Quieres ver mis pececitos? –Purria sacó un bote de cristal bastante grande que tenía guardado dentro de su mochila. Apenas lo vi porque aparté rápido la vista pero, por lo que me pareció intuir, sus “pececitos” eran unos cagarros que flotaban en orina y que los tenía ahí, macerando, como si fuesen pepinillos en vinagre.

TALENTUS: Purria colega... ¿Pero cómo coño has acabado así?

PURRIA: ¿Así cómo?

TALENTUS: Así de yonqui, joder...

PURRIA: ¡Aah! Ah... bueno, sí... es que... bueno... Lo dejé con mi pariente el Chuflo y no sé, como que he estado de bajona y no he levantado cabeza desde entonces. Ya sabes.

TALENTUS: ¿Te dejó el Chuflo porque te drogabas?

PURRIA: ¡NO JODER! ¡ME DEJÓ PORQUE ERA UN PUTO MARICÓN! ¡BÚUUH-BUHÚUUU! –Entonces la chica yonqui rompió a llorar. Estaba claro que detrás de una situación así siempre hay un triste detonante que la provoca.

TALENTUS: Hostia, em, pues perdona Purria. Yo no sabía nada...

PURRIA: ¡BU-HÚUURFGH! ¡BU-HÚUUU-MÚUUUHG! ¡NO ME PIDAS PERDÓN! ¡CÓMO QUE NO SABÍAS NADA! ¡TODO EL MUNDO LO SABE Y NADIE ESTÁ HACIENDO NADA POR EVITARLO!

TALENTUS: Cuánto lo siento... es decir, me sabe muy mal por ti, de verdad...

PURRIA: La homosexualidad no tiene nada de malo mientras no la practican contigo... –Argumentó tratando de ser todo lo razonable que podía–, pero destroza las familias y deja a mucha gente en la misma situación que estoy yo... –Purria volvió a echarse la mano al bolsillo y se sacó otra rebanada de pan para sonarse los mocos.

TALENTUS: ¿Por qué te suenas con pan de molde?

PURRIA: Porque me sale casi igual de caro que un paquete de pañuelos, y si me entra la gusa pues siempre me lo puedo comer... Tú como vives con tus padres no te tienes que preocupar por estas cosas...

TALENTUS: ...pero no te lo comerás después de sonarte ¿no?

PURRIA: Hombre, depende. En principio no... aunque a veces sí.

TALENTUS: Mira, déjalo... bueno, nunca pensé que tu maromo pudiera ser uno de esos que se cambian de acera de la noche a la mañana.

PURRIA: Bueno, no fue así exactamente... yo estaba enamorada hasta las trancas del Chuflo, *snif* –Resolló–, porque era un hombre apuesto, inteligente... ya sabes, uno de esos cabrones hijos de puta que nos somete, nos maltrata y nos tortura haciéndonos sufrir como a todas las mujeres nos gusta.

TALENTUS: Ya, la verdad es que las tías sólo reaccionáis como es debido ante el chantaje y el acoso.

PURRIA: Es que un tío que no te hace sufrir es como otro cualquiera y ya no tiene gracia...

TALENTUS: Ya, bueno. Tiene que ser duro...

PURRIA: Pues mira, precisamente, fue bastante duro hasta que comenzó con la disfunción eréctil. Eso sí, menudo rabo más gordo que gastaba el colega. Para jincar con él tenía que ponerme la epidural, porque cada vez que follábamos podía sentir el mismo dolor que se siente durante el parto natural.

TALENTUS: Madre mía, desde luego... las tías sois lo peor.

PURRIA: Me enamoré del dolor, me hacía sentir muy mujer... y al final me pinchaba la epidural como el que se pone un preservativo. Pero nada, llegó un día en que me pasaba más tiempo metiéndole cosas por el culo que follándomelo en plan normal... Hará cosa de un par de meses que lo dejamos porque se fue con un diseñador gráfico, yo me tuve que vender el piso y mudarme a vivir con las ratas –Sus crudas palabras la hicieron arrancarse en débiles llantos otra vez.

TALENTUS: ¿Tu chorbo el Chufflo no sabía que era maricón?

PURRIA: Que va. Empezó a dejarse dar por culo para caerles bien a los de su trabajo, y al final mira cómo acabó...

TALENTUS: Hostia Purria... ¿y no puedo hacer nada por ti?

PURRIA: Umm... sí, claro ¡Claro que puedes! –Me confesó con interés.

TALENTUS: Pues no sé, dime... ¿Quieres que te traiga un bocadillo del bar del Dólmen o algo?

PURRIA: ¡No joder, lo que quiero es que me folles!

TALENTUS: No me jodas, ¿tú también?

PURRIA: ¿Cómo que ‘tú también’? ¿Es que acaso piensas que soy una cualquiera? ¿Que no tengo sentimientos? ¡Llevo casi un año y medio sin follar, joder, que hasta las ladillas se me han muerto de hambruna! ¡Buuu-húuu-húuuuuuuuuuuuuuuuuuuugh!

TALENTUS: Hostia Purria, yo que sé... es que así, con esas pintas de yonqui serbocroata que me llevas... das una jerna anti erótica que no se me levantaría ni por extorsión...

PURRIA: Bueno, *snif*, ya me lo imaginaba. Sabía que tú también te habrías hecho maricón... Si es que sois como una puta plaga.

TALENTUS: ¡Oye tú, puta de mierda! ¿Pero tú de qué coño vas? Que te tiendo la mano para ayudarte y encima me vacilas...

PURRIA: Bah, déjalo... el otro día robé un bote de pegamento en barra del Corte Inglés y lo llevo metido por el culo. Actualmente me proporciona todo el placer sexual que precisa mi cuerpo. No necesito a ningún maricón que ande olisqueándome el coñal.

TALENTUS: ¡Yo no soy ningún maricón, yonqui de mierda! ¡Y si hace falta que te lo demuestre pues te lo demuestro ahora mismo!

PURRIA: ¡Oh, Talentus! ¡Eres tan marcadamente varonil! ¡Fóllame como a una perra de mierda! ¡Pégame una paliza por puta! Si quieres me meto dentro del contenedor de la basura, con el culo en pompa

para fuera, y tú me follas a lo bestia mientras sostienes la tapa para que no se cierre ¡Quiero sentir la bravura y la peste!

El chirriar de unos frenos nos sobresaltó a los dos. Un coche de la benemérita acababa de aparcar frente a nosotros y de su interior bajaron dos guardias civiles. Indudablemente se trataba de los mismos individuos que me arrearón la paliza aquella mañana que estuve fumando grifa con el Follardo. Lo cierto es que en parte me alegré de que vinieran porque acababan de salvarme el culo, me libraría de tener que follar con la *crustie* repulsiva... que vete tú a saber qué cantidad de enfermedades venéreas podría llegar a transmitirme.

MATÍAS: ¡Vaya, vaya! ¡Pero mira a quién tenemos aquí!

ANDRÉS: Parece que nos estuvieran esperando ¿Verdad?

PURRIA: ¡Joder macho, puta madera! ¡Me acabais de joder el cuelgue!

MATÍAS: ¡Qué coño hablas, costra de mierda!

La picola entró a saco, venían corriendo hacia donde nos encontrábamos nosotros con las porras en la mano, dispuestos a masacrarnos otra vez. Pese a mi fuerza de voluntad volví a sentirme indefenso y palidecí al ver que podrían zurrarme de nuevo. No fue así. Los maderos se hincharon a meterle patadas a la chica yonqui como si ésta fuese un balón de fútbol y ellos estuviesen lanzando penaltis sin descanso. Purria ni siquiera gritaba, solo jadeaba sofocada mientras le llovían puncherones a manta. Poco después los guardia civiles cesaron en su envite y uno de ellos se dirigió hacia mí, en tono claramente amenazador.

ANDRÉS: A ver principito, enséñanos la documentación si eres tan amable...

Saqué el carné sin rechistar y se lo entregué al policía. Este lo revisó con cautela, girándolo sobre sí mismo para registrar el anverso y el reverso. Segundos después el pavo se levantó las gafas de sol y luego, mientras forzaba la vista para obsevarme con detenimiento,

lanzó un chiflido por tal de llamar la atención de su compañero a la vez que espetaba:

ANDRÉS: Matías, ven... Creo que ya lo tenemos.

Me acojoné vivo. El madero con pinta de mala virgen le dio una última patada a Purria Prepucio directamente en el estómago y esta vez sí que la chica emitió un lamento de moribunda. Matías se acercó hasta donde estábamos nosotros, mirándome fijamente, como si estuviese contemplando una obra de arte o el póster de una tía en pelotas. Tomó el carné de identidad que Andrés tenía en las manos, lo puso a la altura de mi cara y fue comparando la foto con el rostro de la persona que tenía delante. La incertidumbre me hizo sentir un escalofrío.

MATÍAS: Es él. Pero vamos... Segurísimo.

ANDRÉS: ¿Llamo a la central?

MATÍAS: Ni se te ocurra. Ya sabes... de éste nos ocupamos nosotros.

\* \* \*

## FURIA DE GAÑANES

Por lo general, la estupa acostumbra a tener fama de ser el cuerpo policial que más mala virgen gasta a la hora de tratar con la gente de a pie. Resulta contradictorio pues que precisamente sean ellos los que se hagan llamar 'la guardia civil'. Purria Prepucio agonizaba inmóvil, tendida sobre sus cartones meados en posición fetal. El tiempo transcurría despacio durante la hermética escena mientras los guripas no paraban de observarme con detenimiento, mirándome directamente a los ojos. Parecía como si estuviesen tratando de recoger a través de sus retinas la mayor cantidad posible de información que pudiera brindarles mi careto con un pestañeo, una mueca, un suspiro o el más leve atisbo de sudoración recorriendo mi frente. Sin venir a cuento, para mi completo y total asombro, el madero que tenía pinta de ser el más cabrón de los dos se abalanzó de pronto sobre mí, pero no para currarme sino para estrecharme entre sus brazos intensamente, tal como si estuviese abrazando a la madre del difunto en un funeral o a la última reencarnación de Jesucristo en la Tierra. El colega rompió a llorar como una gótica adolescente y yo ya no cabía más en mi confusión. Su compañero, que llevaba puestas las lupas de aviador, torcía el gesto de sus labios en ademán de un claro intento por disimular la angustia que albergaba dentro.

ANDRÉS: Pero bueno... ¿Se puede saber qué hacías perdiendo el tiempo con la costra esa de mierda? —Me dijo, procurando contener la emoción que le embargaba al ver cómo su compañero se dejaba arrastrar arrebatado por un monumental maremoto de pasión y contradicciones.

TALENTUS: Em, es que... bueno, la verdad es que me la encontré ahí, tirada en la calle... y la conozco desde que íbamos al colegio —Me aventuré a contestarle con cautela. La última vez que me encontré

con aquella pareja de guardias civiles me dieron una somanta de hostias tal, que no iba a ser tan estúpido de volver a vacilarles como hizo Follardo Cecina. Además, todavía no me habían tocado un solo pelo de la cabeza así que tuve el presentimiento de que aquella tarde no llevarían intención de hacerme ningún daño.

ANDRÉS: Pues ya ves qué mierda... ¿Y para qué coño le hablas? ¿Es que acaso quieres ser un pagaflautas?

TALENTUS: No... si a mí la tía ésta no me mola un pelo –El picola que estuvo abrazándome se apartó raudo de mí, enjugando sus últimas lágrimas tras la manga de su camisa. Antes de que nadie más pudiera percatarse de que había estado gimoteando en plan plañidera sobre mi hombro se colocó las gafas de sol y volvió a perpetrar aquel gesto tan característico de rudo desdén en su rostro.

MATÍAS: Mira chaval... –Trató de argumentarme, serenándose y con la voz todavía entrecortada–. Olvídate de la puta esa de tu amiga la crustie [*se pronuncia 'crusti'– n. del trad.*]. Seguro que ahora mismo tienes mejores cosas que hacer.

TALENTUS: Iba a presentarme a una entrevista de trabajo.

ANDRÉS: Ya. Lo sabemos.

MATÍAS: Pues no pierdas más el tiempo, hijo –Me decía empleando un tono exageradamente fraternal–. Puedes proseguir con tu camino y que sepas que, tanto Andrés como yo, deseamos que tengas mucha suerte en tu nueva etapa.

TALENTUS: Bueno, pues se agradece. Pero... ¿y qué pasará con ella? –Les contesté sin achantarme lo más mínimo.

ANDRÉS: Ya, bueno, a la puesta ésta la llevaremos a tocar el piano.

MATÍAS: No te preocupes por ella, hostia. Sólo es una niñaata petarda que va de yonqui... Pero por eso no la van a meter en el trullo. Resulta que ahora está de moda ir por ahí en plan lumpen de la vida.

De pronto me vi tuteando a la estupa como si fuesen colegas míos. No tenía intención alguna de columpiarme, por eso de que podrían clavarme una tunda palos como la que me dieron días atrás, pero de todas formas, y aventurándome más por insensatez que por atrevimiento, me permití la insolencia de volver a mostrar interés por el futuro inmediato de Purria Prepucio.

TALENTUS: Ya sé que no la van a meter en la trena, pero quisiera saber qué vais a hacer vosotros con ella.

MATÍAS: Si la gandula estuviese aún en vigor iba a llevarmela a rastro del pelo y la pondría a trabajar, ¡cojones! Se le iba a quitar la tontería de golpe a la mamarracha malcriada esta de mierda...

ANDRÉS: Esto con Franco no pasaba. Entonces podías pasear por las calles sin peligro y sin miedo, a cualquier hora del día, y con la confianza de que todos los maleantes, los delincuentes, los vagos y los proxenetas eran perseguidos y castigados con dureza por la ley.

MATÍAS: Eso no lo has vivido tú, que eres solo un zagal, pero mi abuelo era un humilde trabajador asalariado que durante la segunda república de mierda tenía que ir todos los putos días a currar con un trabuco atado al cinto por miedo de que le robasen el jornal y su familia se muriese de hambre ¿Te enteras? Cuando mandaba el caudillo la gente podía vivir con normalidad, sin tener que sufrir todas esas miserias, y a los que abusaban de los demás se les hinchaba la cara a hostias ¿Me entiendes lo que te digo? Con la puta democracia de los cojones todo eso se fue literalmente a la mierda. Ahora, a los delincuentes, hay que darles besitos en el culo y reinsertarlos; hay que poner muchas normas para no tener que ir dando de hostias a la gente y encima los cuatro hijos de puta de siempre se creen con derecho a hacer lo que les sale de las pelotas. Ni siquiera puedes educar a tus hijos con una bofetada a tiempo, te tienes que joder y achantarte porque de lo contrario te denunciarán por malos tratos...

ANDRÉS: ¡Que no hay derecho, coño! ¡Y a mí lo que más me jode es que todas estas cosas no las puedas ni mentar!

MATÍAS: Eso, y que siempre te tiene que salir el típico gilipollas piojoso y perroflauta a llamarte genocida. ¡¿Qué coño sabran ellos de socialismo, putos progres de mierda, si no ha habido mayor socialista en la historia de España que el General Franco?! Tú, chaval, ¿acaso no sabes quién aprobó el seguro por desempleo del que tanto se benefician ahora la puta chusma y los holgazanes de tus amigos?

TALENTUS: Estoy seguro de que sería Franco –Contesté sin dudar.

MATÍAS: ¡Pues claro que sí, cojones! ¡Y dilo bien alto! Durante el régimen franquista se aprobó el seguro por desempleo, como tantas otras medidas que beneficiaron al conjunto de la sociedad española y más aún a los trabajadores.

ANDRÉS: Se aprobaron las pensiones para los ancianos, la paga extra de verano y también la de navidad; se fundó la seguridad social y se construyeron hospitales; se hicieron viviendas de protección oficial para los españoles, se instauró la enseñanza obligatoria en pos de erradicar definitivamente el analfabetismo entre la juventud; se crearon puestos de trabajo e incluso se fundó una marca de automóviles a nivel nacional. El General Franco cogió una España que estaba hecha unos zorros en plena guerra civil donde no había un mendrugo de pan que llevarse a la boca, una España de alpargata y miseria que cuarenta años después llegó a ser tan próspera que la gente incluso podía permitirse el lujo de tirar comida a la basura, comprarse un coche e irse de vacaciones todos los veranos.

MATÍAS: ¡Y tanta generosidad para qué! ¿Eh? Tanta mierda con los putos pantanos y con el Valle de los caídos... ¡El verdadero monumento que erigió Francisco Franco fue la clase media española! Total, ¡Para que sus nietos acabasen todos siendo unos consentidos y unos pijos mimados de mierda! ¡Mira cómo nos lo agradece tu gene-

ración, que son todos unos pamplinas y unos putos drogatas! –En pleno arrojado de indignación los guardias civiles la emprendieron de nuevo a patadas con la pobre Purria, que yacía indefensa y recostada en el suelo cual mapache atropellado.

ANDRÉS: ¡Toma ya, puta asquerosa! ¡Chinchetaire!

TALENTUS: ¿No os estáis pasando un poco ya con la chavala?

MATÍAS: Tu amiga estará bien, hombre –Me decía mientras la pateaba brutalmente–, los perroflautas estos de mierda están hechos como de goma. Parece que no pero resisten lo suyo. Son todo cartílago.

ANDRÉS: Si quieres te la envolvemos para regalo y te la llevas contigo a la entrevista, ja ja ja.

TALENTUS: Bueno pues, si no os importa...

MATÍAS: ¡Faltaba más! Así nos ahorramos el tener que llamar a los de la recogida de animales muertos –Matías se acercó sonriente hasta el coche patrulla. Del maletero sacó un escobón y una bolsa para transportar cadáveres. Luego recogió a Purria del suelo, barriéndola hacia la bolsa como si fuese una vulgar colilla, y finalmente me la entregó. Entonces recordé aquellas tardes en las que mi madre me preparaba la fiambra para las excursiones y me lo daba todo metido en una bolsa del Pryca antes de que saliese por la puerta. De repente unos negros montados en bicicleta pasaron pedaleando a toda hostia junto a nosotros. Matías activó la sirena, lanzó unos cuantos juramentos y, antes de subirse al coche patrulla, se acercó hasta mí para entregarme la bolsa que contenía el cuerpo de la yonqui y me dijo:

MATÍAS: Toma chico, que no queremos entretenerte más. Vamos a seguir cumpliendo con nuestro deber mientras tú te dispones a cumplir con el tuyo. Muchísimas gracias por todo y espero de corazón que volvamos a vernos.

ANDRÉS: Sí tío, cuídate mucho. Y recuerda que has de estar orgulloso de tu tierra, orgulloso de tu gente y orgulloso de ser español –An-

drés se acercó también para darme una amistosa palmadita en la espalda y, mientras tanto, estuve aguantando la pesada bolsa como pude hasta que por fin se hubieron marchado. No quería parecer un blando delante de ellos.

– ¿Se han ido ya? –Me preguntaba disimuladamente Purria Precucio desde el interior de la bolsa con voz de moribunda.

–Sí, acaban de irse ahora mismo.

– ¡Putra madera! ¡Me tienen hasta el coño con tanta nostalgia del franquismo! Se repiten más que el ajo...

–Siempre dan la chapa con la misma mierda, ¿no?

– ¡Ya te digo! Son más pesaos que la chapa un Volvo. En realidad no les quito la razón del todo... pero es que al final siempre se encanan y acaban dándome la del pulpo en su tinta.

– ¿Y no les tienes miedo?

– ¡Qué va! Con el Matías habíamos sido novios hace como cosa de cuatro o cinco años. Es un pichafloja... por eso se hizo picoleto.

\* \* \*

## FOLLAMIGOS DE LA BASURA

Poco antes de soltar la bolsa contra el suelo mis lumbares ya me habían concedido un discreto aviso, recordándome que no me encontraba en condiciones como para andar acarreado con más de cuarenta kilos de peso sobre las espaldas durante demasiado tiempo. No creo que Purria llegase a pesar ni cuarenta kilos; de todas formas no podía seguir cargando con ella. Pensé llevar la bolsa hasta uno de los bancos para volcarla allí delicadamente, pero tan pronto se largó la estupa solté el saco a peso muerto y éste se estampó contra la acera. Purria Prepucio se metió un leñazo descomunal y poco después lanzaba un mugido atroz, igual que si fuese una res cuando la están marcando a fuego.

PURRIA: ¡Pesebre, mamón! ¡Me cago en la puta de tu madre! ¡Pensaba que me querías ayudar... no acabar de rematarme!

TALENTUS: ¡Eh, payasa! —La reprendí antes de que comenzase a tomarse demasiadas confianzas conmigo—. ¡Te estabas moviendo un huevo y al final la bolsa se me ha acabado resbalando de las manos!

PURRIA: Menudo mariquita mierdoso estás hecho tú también...

TALENTUS: Vete a la mierda, crustie. Que encima que te ayudo...

PURRIA: ¡Cómo que “encima que me ayudas”? ¡A ti la madera no te ha currado, cabrón! ¡No te han tocado un puto pelo de la cabeza! ¡Si al final parecía que fueseis hasta colegas, joder!

TALENTUS: Al Follardo y a mí ya nos curraron el martes pasado... si me conocen de algo me conocerán de eso. Además, no sé qué cojones querían y no tengo ni puta idea de por qué no me han hecho nada.

PURRIA: ¡Porque seguro que tú también eres un puto madero maricón, por eso! ¡Fijo que os olfateáis los culos y luego acabáis comiendo las pollas en plan bacanal!

TALENTUS: ¡Tus cojones ahí, yonqui de mierda! ¡Qué coño voy a ser policía, gilipollas! Mira... si vas a seguir así de imbécil mejor te dejo tirada como una puta colilla... ¡y si eso que te den por el culo!

PURRIA: ¡No! ¡Por favor Talentus! ¡No me dejes!

TALENTUS: Pues deja ya de joderme...

PURRIA: ¡Pues jódeme tú a mí! ¡Fóllame Talentus! ¡Dame tú por el ojal! Mira, hacemos una cosa... Yo le hago un par de agujeros a la bolsa para poder respirar, me quedo dentro de manera que me cubra sólo de cintura para arriba, saco el culo para que me puedas bajar las bragas... ¡Y luego me rellenas el pavo sin contemplaciones!

No iba a parar de joder mientras no me la follase... así son las mujeres, obstinadas siempre con lo que les resulta imposible. Follarse a Purria Prepuccio era como follarse al Luisma o a Iggy Pop, tal cual; quiero decir, la gente, cuando se hace drogodependiente, dejan de tener el género común –masculino o femenino– para convertirse en arquetipos de lo anti erótico. Para gustos, colores, claro está... pero lo de follarse a un yonqui era una de esas parafilias que no concordaba para nada con mis metas sexuales. Tal cual lo había planeado, Purria perforó la bolsa haciéndole dos agujeros con los que podría respirar; luego se colocó a cuatro patas sobre la acera y se bajó los pantalones hasta los tobillos mostrándome unas bragas bastante sugerentes –blancas y rosas, con estampado de fresitas–, pero queapestaban a coño más que una caja con bacalao seco en la lonja del domingo a las cinco de la tarde.

– ¡¡Brumúuuuugh!! ¡¡Coño, qué estáis haciendo!! –El relincho del Monells me sobresaltó, acababa de aparecer de la nada. Imaginé que los subnormales, en detrimento de su capacidad intelectual, debían tener el apetito sexual mucho más desarrollado que el del resto de la humanidad masculina; por eso estaba él allí, para eso había venido. De hecho, ni le oí llegar... y mira que la presencia del Monells se dis-

tingue a lo lejos por los bandazos que va arreando con su cabeza mientras camina; parece una bola de demolición en plena faena. El bórderlain había llegado hasta nosotros, atraído como un buitro hambriento hacia la carroña en descomposición... casi podría decirse que las supuestas zonas erógenas de Purria Prepucio apestaban igual de mal. Miré a Monells, que no apartaba la vista de aquel culo lánguido y carpetero... después volví la vista hacia las bragas de Purria y éstas se contoneaban esperpénticamente de un lado para otro, como dibujando hipnóticos símbolos de infinito en el aire. Llevaba toda la semana encontrándome con aquel tipo de situaciones tan inuitadas, absurdas y deplorables, así que ¿de qué me serviría luchar contra lo que obviamente era inevitable?

—Hostia Monells, ahora mismo me vienes que ni pintado —le dije—, tengo una muy buena noticia que dartte: ¡Hoy por fin vas a follar!

— ¡¿Mí?! ¡¿Sí?! ¡¿BRUU-MÚRGHS?! ¡¿MUU-BRÚURGHS?! —Me contestó sobreexcitado y nervioso. Quien sabe trabajar, sabe perfectamente que el trabajo sucio debe delegarse siempre a los capullos y a los imbéciles. Monells quería follar; Purria quería que se la triscasen a toda costa... y a mí me tocaba hacer de celestino. O de mamporrero, según se mire. Total, que le bajé las bragas a la yonqui y ésta se deshizo de gusto en un jadeo de puro placer. Aquella ropa interior tentadora se despegaba del coño de Purria como si fuese el papel de una magdalena, llevándose consigo una gran cantidad de flujo vaginal... y es que podía intuirse claramente que la tía debía llevar tiempo ya con falta de saranda. El mongolo, por su parte, permanecía completamente pinocho desde el primer instante en que la vio; a través de sus pantalones de tergal se le evidenciaba una descomunal y terrible erección. Le temblaban las manos por el ansia del deseo; su frente comenzaba a sudar debido a la incipiente fiebre del sexo; como era incapaz de cerrar la boca las babas le chorreaban por la co-

misura de sus labios. Monells parecía una cafetera en ebullición silbando vapor y a pocos segundos de explotar; una locomotora sexual desbocada y sin frenos... o un coche bomba del amor a punto de estallar por los aires. No os negaré que aquella era una imagen digna de mis peores espantos. Como Monells no dejaba de ser un subnormal tremendamente apasionado, aunque reprimido por una sociedad que le negaba resolver sus problemas de acumulación de testosterona, decidí darle el gusto de cepillarse a la yonqui allí mismo. Apagué su DTS (Dispositivo traductor de subnormales) para que no hablase más de la cuenta durante el acto sexual y, propinándole una sonora palmetada en la nuca, lo que viene siendo un collejón de toda la vida, le dije:

– ¡¡Vamos fiera, ve a por ese culo de galgo... que es todo tuyo!!

El subnormal no tuvo ni la decencia de bajarse los pantalones. Arrebatado por una ferocidad indómita y salvaje se abalanzó sobre Purria reventando toda la ropa que encontró a su paso. Con el embiste de un mamuth que utiliza una columna de mármol a modo de ariete, Monells acometió contra la yonqui y sus huesos crujióron como si ésta fuese a partirse en dos igual que un mondadientes.

– ¡¡AAAAAAAAAAAAARGHJ!! ¡¡¡AAAAAAAAAAAAARGHJ!!! –Gritaba Purria como si la estuviesen matando. Tenía las piernas y el culo llenos de cardenales, por la paliza que acababa de recibir poco antes de encontrarnos con el subnormal, y aún así se notaba a la legua que lo estaba disfrutando cosa bárbara. Supuse que el polvo despiadado vendría a ser como una recompensa cuyo placer se debía ver intensificado en contraste con el sufrimiento y el dolor que hubo experimentado momentos antes. A mí no me preguntéis, yo también soy de los que pienso que las tías son la hostia de raras.

– ¡¡Mooooúrfghs!! ¡¡Broh-mooooúrghfs!!! –Bramaba Monells en plena catarsis de excitación. Parecía una auténtica máquina de follar y

es que ya lo dicen que los subnormales no saben medir su fuerza. Literalmente, la estaba reventando.

Si por casualidad os imagináis que aquello era en plan tórrido, como el porno en vivo o algo así, siento deciros que os llevaríais una impresión equivocada aparte de una gran decepción. Me encontraba en mitad de la calle, a plena luz del día, con una tía pálida y enjuta a mis pies metida en una bolsa de plástico y llena de moratones mientras que aquel subnormal gorilero, impúdico y libidinoso, se la estaba trasquilando por detrás con el turbo puesto, tabicándola sin pudor alguno, dándole que te pego y sin parar de embestirla a golpe de pelvis como si fuera un mono tarugo. Di un vistazo a mi alrededor y pude comprobar que había gente allí que se reía a carcajadas mientras nos andaban mirando, atentos a tan oprobioso espectáculo que resultaba soez a la par que ridículo. Caí en la cuenta de que la yonqui y el mongólico me estaban poniendo en evidencia, pero mira, me dio igual... tenía ganas de cachondeo y lo cierto es que la risa estúpida de un tío calvo y barrigón que salía del portal de enfrente me contagió hasta que por fin terminé riéndome yo también con todos ellos. Verlos ahí, en plena faena, era más patético si cabe que quedarse embobado contemplando a dos perros que no paran de follar. A ellos dos también les dio por reírse; a Monells se le escapó un peaco atronador y, ante el estruendo, la gente se asomaba a los balcones para asegurarse de que no estaban siendo víctimas de un ataque terrorista.

Eché un vistazo al reloj y me di cuenta de que aún tenía tiempo de sobras hasta que comenzase la entrevista. Monells volvió a cuescarse justo cuando estaba corriéndose ya dentro de la yonqui; ésta vez lo hizo más débilmente, casi diría que sonaba triste, como una trompeta en un funeral; un pedo en plan ‘muerte silenciosa’. Purria

Prepucio se desplomó exhausta contra el asfalto, aparte de por el trajín del coito desenfrenado también porque probablemente acabó anestesiada debido a la inhalación de los gases fétidos que expelía el culo de su consorte subnor-sexual. Tras ella fue el mongolo barrigón, que cayó a peso muerto como un tronco recién talado espachurrando a la yonqui igual que si fuese un tomate blando. Purria había nacido para sufrir, de eso no podía haber ninguna duda al respecto.

– ¡¡Bravooo!! –Clamaban los espectadores enfervorecidos que durante unos instantes no dejaron de aplaudir y lanzarles monedas con mala leche a modo de pedradas. Ya que la idea había sido mía, por lo menos me recompensaría el hecho de poder sacarle un poco de retribución a la cosa... así que esperé a que la muchedumbre se dispersase para empezar a recoger la pasta que habían soltado. A fin de cuentas, todos queríamos salir ganando.

\* \* \*

## OLIMPIADAS DEL CRETINO

En total debí recoger unos cuatrocientos yabs. El truculento espectáculo sexual que protagonizaron la yonqui enclenque y el ardiente subnormal en plena calle terminó reportándome unos inesperados beneficios que me vendrían muy bien para poder sufragar los gastos del billete de autobús cuando tuviese que volver a casa después de asistir a la entrevista de trabajo. Con la tontería eran ya casi las seis de la tarde y aún tenía media hora andando hasta llegar a la calle del Arzobispo Fimosis. No iba a esperar a que los tortolitos se despertasen, tampoco tenía ninguna intención de que me acompañaran a la entrevista, así que los dejé allí tal como si la cosa no fuese conmigo y retomé la marcha.

Para acortar camino hice un *frogger* por la avenida ancha y me disponía a cruzar el puente de las plegarias –El que pasa sobre la autopista que une Yimbale con Golmayo, la gran ciudad– cuando, sin remedio, me vi dirigiéndome otra vez hacia una nueva situación comprometedora. A medida que avanzaba iba haciendo mis conjeturas, temiendo lo que inevitablemente terminaría por suceder; no dejaba de encontrarme anormales con problemas que se entrometían en mi camino... Salvando las distancias, comenzaba a sentirme como Dórothy en el Mago de Oz; la consejera sentimental de los deshechos sociales más vergonzantes y fracasados del mundo entero.

Sobre la barra de contención del lado derecho divisé una figura oronda y grotesca asomándose al vacío que me resultaba lo bastante familiar como para llegar a adivinar de quién se trataba. Porras, el perfecto estereotipo del gordo mórbido de la clase, debía estar tratando de suicidarse; otra vez. Por contra a lo que debería ser lo habitual el tío, lejos de ser buena persona, se hacía el sensible para caer bien... pero a efectos era un completo cabrón y un verdadero hijo de

la gran puta. No es cierto, pues, eso de que todos los gordos sean buenas personas. De hecho creo que la mayoría no lo son.

Siendo ya su vida una reputísima mierda, en lugar de sobreponerse a tan nefasta situación tratando de salir del lodo y logrando con ello un cultivo más exhaustivo de su personalidad, el Porras había decidido vivir únicamente para joderles la vida a los demás. Aprovechando su ridículo físico rollizo, de bocata con chorizo, se hacía el mártir de sus circunstancias para abusar de la compasión y la condescendencia de cuantas personas se le acercaban con buena voluntad. Llevaba tratando de quitarse de en medio desde que tenía uso de razón. Lo había intentado como unas veinte veces y, harto evidente, todas ellas sin éxito.

TALENTUS: ¿Qué cojones te crees que estás haciendo?! ¡Bájate de ahí de inmediato, giliporras!

PARRA: No tratéis de detenerme esta vez. Y no me llames Porras, me hace sentir más gordo de lo que soy.

TALENTUS: ¿Y cómo quieres que te llame?! ¡Si te llamas Porras!

PARRA: No Talentus... Yo no me llamo así —me decía en plan melodramático y dirigiendo teatralmente la mirada hacia el abismo— pero no puedo culparte por ello. Nadie me comprende.

Porras se había subido al filo de la barandilla como pudo —porque además de gordo cetrino, también era un poco enano— en un nuevo intento por quitarse la vida. Los coches pitaban al pasar junto a él, pero no hubo ninguno que se detuviera para tratar de reprenderle. Cuando llegué, Porras estaba sentado sobre la barra; poco después suspiró con desaliento y finalmente hizo ademán de incorporarse con renovados ánimos de lanzar su flácido y grasiento cuerpo al vacío desde unos quince metros de altura por encima de la autopista.

TALENTUS: ¿Qué crees que ganas con tirarte?

PARRA: Ya te lo he dicho, es inútil que trates de convencerme Talentus. Mi vida es una mierda. Mis padres me han echado de casa por-

que huelo mal; me masturbo mirándole el culo a mi perro y no quiero trabajar de panadero como mi padre. Yo quería ser monologuista, o una famosa estrella de la radio... pero eso nunca va a suceder pues con cada año que pasa me veo más lejos de mis propias pretensiones. Encima, Juan Carlos se ha follado a la única novia que he tenido en toda mi vida y esta vez sí que estoy decidido a acabar con todo.

PURRIA: ¡Tírate ya, maricón! ¡Di que sí... si estás acabado, so gordaco asqueroso de mierda! –Purria apareció por detrás de mí, alardeando de su singular aspecto de costra con total alevosía. En una mano llevaba un porro y con la otra sostenía una litrona por el cuello. La cremallera de su chándal de táctel estaba abierta, de manera que podía mostrar a todo el mundo su enfermiza escualidez y aquella singular camiseta cuyo eslogan nos advertía de que también tenía el sida. Monells, vestido con su impecable camisa de franela, sus pantalones de tergal, su pajarita color morado y erguido como un sicario neandertal, acompañaba la intervención de la yonqui riéndole las gracias a cada momento.

PARRA: ¡Oh, vaya! ¡Hola Purria, je je je! Hoy estás muy guapa ¿verdad? Je je... ¿Te has cortado el pelo o algo? ¿Verdad?

PURRIA: No, mira... me he puesto la peluca de tu puto padre.

MONELLS: ¡Jo jo jo! ¡Pre-bebúpi bebébu! –Reía el subnormal.

TALENTUS: Pero Porras, ¡No te tires, hombre! ¿De quién nos íbamos a reír si no?

PARRA: ¡Vete a la mierda, Pesebre! ¡Tú no eres mi amigo! –Me dijo, y un fuerte golpe de aire lo desestabilizó, haciéndole sacudir los brazos por tal de recuperar el equilibrio como si fuera una gallina batiendo sus alas.

TALENTUS: ¡Tú no tienes amigos, maricón de mierda!

PARRA: ¡Sí que tengo amigos! ¡Pedazo de... pedazo de...! ¡Pedazo! Mañana mismo verás cuántos amigos tengo el día mi funeral.

TALENTUS: ¡Si te matas no estarás para verlo, so gilipollas!

PURRIA: Mira, butifarro asqueroso de los cojones...te voy a decir una cosa, así que atiende con tus peyas gurrumidas por la grasa purulenta a este falso testimonio...

Fue entonces cuando a Purria, en un claro intento por provocar al sebáceo suicida, le dio por ponerse a canturrear la canción que los acosadores del instituto le cantaban al Parra mientras lo cosían a collejones. Monells la acompañaba al banjo, como si lo hubiese hecho toda su vida. La canción decía así:

¡El Parra - es un gordo - fanegaas!

¡Se traga - los bollos - a cienees!

Juan Carlos - se folla - a su noviaa.

¡Y en casa - ya no - le quiereen!

Ahora - se ha hecho - panadero.

Le escupen - y lanzan - reprochees.

Se masturba - con pelis - de perros...

¡Y llora - todas - las nochees!

Justo antes de concluir Monells le añadió a la melodía un refrescante acompañamiento en tono de ska, consiguiendo darle un toque más desenfadado al tema. Al gordo se le cristalizaron las retinas...

PARRA: Ah... No... no me lo puedo creer. Es decir, habéis compuesto una canción para mí... ¡Será verdad que sois mis amigos! ¡Será verdad que por fin tengo amigos!

Emocionado como estaba, Porras dio un paso en falso hacia atrás, perdió el equilibrio y se precipitó al vacío gritando con la boca bien abierta. En las películas, cosas como esta solían ser guays, pero lo cierto es que presenciarlo en directo decepcionaba bastante.

PURRIA: ¡Menos mal que se ha tirado el gordo!

MONELLS: ¡JA JA JÁ! ¡BRU-MÚUUUUURGFHS!

Por lo pronto se escuchó un *¡plaatch!*, algo así como cuando le sacudes a un bicho con el matamoscas. Luego comenzaba a oírse el ruido de los cláxones pitando enloquecidos, fragorosos derrapes y precipitadas maniobras de frenado. Se había tirado de verdad y nosotros aún lo estábamos flipando.

TALENTUS: Os lo aseguro. Estoy hasta las pelotas de rodearme siempre de tanta puta gente ceniza, de tanta gente victimista y de tanta gente que es más aburrida que la mierda.

PURRIA: Lo que les hace falta a esos putos gordos sebosos de mierda es que les den alto voltaje en el rocanrol...

TALENTUS: ¡Vaya! ¿Y se puede saber qué coño hacíais vosotros dos siguiéndome?

PURRIA: Nos aburrimos mucho, Talentus. No tenemos nada mejor que hacer después de follar y queríamos saber a dónde ibas.

TALENTUS: Pues voy a una entrevista de trabajo, así que mejor os abris, ¿no? ¿O qué?

PURRIA: Ah, pues de puta madre... iremos contigo. Y así a lo mejor hasta encuentro trabajo yo también...

MONELLS: ¡BRU-MÚJU! –Gruñó, a la vez que asentía con la cabeza.

TALENTUS: Pero ¿tú no me habías dicho que ya tenías un trabajo en la fábrica pelando pipas?

PURRIA: Sí, ya... bueno, pero lo he dejado...

MONELLS: ¡BRUHU-MÚ! ¡MUJÚJUUUUUUGH!

TALENTUS: ¿Cómo que lo has dejado? ¡Pero si sólo hace una hora que me estabas diciendo que trabajabas ahí y que estabas la mar de bien!

PURRIA: Ya, bueno... pero es que, ¿sabes lo que pasa? Finalmente he conocido al amor de mi vida y, claro, como comprenderás... pues eso, que he cambiado. Ya no quiero trabajar escupiendo pipas en una cadena de pelaje. Lo que quiero es ser una mantenida de mierda,

poder cagar en un váter decente y tener hijos yonquis que luego me deseen de forma incestuosa.

TALENTUS: ¿Y todo eso quieres hacerlo con el Monells?

PURRIA: Hombre, a ver... Tu amigo no reúne precisamente el perfil del perfecto casamentero... pero es muy apuesto, tiene un paquetón gordísimo y me pone a mil que huela a pedos de coliflor. Lo que no soporto es que me esté poniendo la cabeza loca con tanto bramar.

TALENTUS: Ya, aunque eso último en realidad tiene arreglo. Sólo tienes que apretar el botón que lleva el collarín.

PURRIA: ¿Qué collarín? ¿En la pajarita?

TALENTUS: No mujer, la pajarita esa tan fea que lleva se la han puesto sus padres precisamente para disimularle el collarín, que lo lleva metido por dentro...

PURRIA: Su pajarita de mierda me pone súper cachonda, parece un hombre mono... como el eslabón perdido entre un mono vestido de botones y un subnormal. Hoy he descubierto que adoro el sexo con mongolos, lo dan absolutamente todo a la hora de follar –No había terminado de decirlo cuando ya andaba otra vez magreándole el bultaco y comiéndole la boca al deficiente mental de su nuevo novio. Al Monells volvía a hervirle la testosterona como si fuese una olla a presión. Poco después estaba aporreándose el pecho con los puños tal como si estuviese haciendo un redoble de tambor.

TALENTUS: Si os vais a pasar la puta tarde follando mejor podríais iros a un hotel, ¿no?... en lugar de estar persiguiéndome como si fuese un domador de circo.

Purria aprovechó el momento del calentón para, entre caricias, activar el collar traductor de subnormales que llevaba el Monells. Poco después se escuchó un chasquido, luego un silbido estrepitoso y finalmente Monells enmudeció, esperando el momento oportuno para pronunciar sus primeras palabras humanas ante Purria:

MONELLS: ¡No por mucho madrugar... te levantas más trempado!

PURRIA: ¡Oh, subnormal desconocido! –Le decía casi como si estuviese recitándole Bequerianos versos de amor– ¡Me pone usted tan cachonda con su elocuencia, que dejo todo lo vivido para que me penetres por la oreja!

TALENTUS: En serio... ¿no tenéis nada mejor que hacer que veniros conmigo?

PURRIA: Es que no tenemos sitio donde follar... y yo necesito un descanso, que la heroína te deja hecha un trapo.

PARRA: ¡Eh, cabrones! –Decía el Parra, que regresaba ahogado y resollando– ¡Esperad, no me dejéis solo! ¡Que yo también quiero ir con vosotros!

TALENTUS: Estoy flipándolo otra vez... Esto es como lo de la comunidad del anillo pero con retrasados mentales ¡¿Pero no se supone que tú estabas muerto?!

PURRIA: ¡Si se viene el butifarro yo paso de ir! ¡Que huele fatal y encima le odio a muerte!

PARRA: Eh Purria, estás muy guapa últimamente, ¡Je je je! ¿Has estado haciendo dieta?

PURRIA: Sí... le he estado comiendo el cucurucho a tu puto padre.

TALENTUS: ¿Cómo es que os lleváis tan mal tú y el gordamen?

PURRIA: Pues porque me lo follé una vez y ahora se piensa que tiene algún tipo de derecho sobre mi cuerpo o algo por el estilo.

PARRA: Eh Purria... ¿Sabes lo que estoy haciendo últimamente?

PURRIA: Sí, morir en vida... ¡Cállate la puta boca de una vez o le digo a mi novio que te la reviente!

PARRA: ¡Oh, Purria! Perdona, yo... yo no sabía que tenías novio.

PURRIA: ¡Puto gordo sorbebragas! ¡A lo primero, los gordos no tienen polla! ¡Eso para empezar! Y que seas un puto callo malayo es lo de

menos... ¡Lo peor es que seas tan cínico, tan falso, tan lameculos y tan hijo de la gran puta!

El Parra se me acercó y, cubriendo mi oreja con su mano grasienta y sudorosa, quiso contarme algo en confianza. Me dijo:

PARRA: Se nota que todavía siente algo por mí... se está haciendo la difícil. Ya verás, en cuanto le entregue mi famoso mini-besito pastelero volverá a caer rendida a mis pies... ¡Je je je! –Rió con su risa de gordo mientras la papada brillante le producía un efecto de vibrato.

TALENTUS: ¡Deja de taladrarme con tus mariconadas, torreznos! ¡Y aléjate un poco, que estás invadiendo mi espacio vital con tu peste a sudor ácido de gordo! Lo que tendrías que estar haciendo ahora es irte de cabeza al hospital... que con la pedazo de hostia que te acabas de meter tienes que estar reventado por dentro.

PARRA: ¡Bah, no te preocupes! Al fin y al cabo sólo lo he hecho para llamar vuestra atención. Me quería suicidar porque Juan Carlos se ha follado a mi novia y ya no me quedaban más amigos... pero bueno, ahora que estáis vosotros vuelvo a tener motivos para vivir.

TALENTUS: ¡Santo cielo, Porrás! Eres el gordo más enfermizo y fatigoso que haya podido conocer en todos los días de mi vida.

El enemigo de los emprendedores es sin duda la compasión. Estaba seguro de que si el subnormal, la yonqui y el gordo pestoso me acompañaban a la entrevista terminarían liándome un pifostio de la hostia y me quedaría sin trabajo antes incluso de tenerlo. Está claro que no te dan opción a ser buena persona aunque, por otra parte, aquellos anormales marginados debían de ser lo poco que quedaba fuera del alcance de la plaga homosexual. Lo más que podía hacer era tratar de urdir un plan para quitármelos de encima. Tenía menos de una hora. Confiaba en que algo bueno se me fuera a ocurrir.

\* \* \*

## CHORIZOS DE MARICÓN

¡Hostia Juanantonio, menuda visión!

Esto es el Parra que un fin de semana decide coger el coche e irse a la granja que tienen sus abuelos en, por ejemplo, Caldes de Malavella. Total, que cuando llega allí se encuentra con que su familia ha puesto un barrizal y éste está lleno de cerdos que se pasan todo el día revolcándose en el barro. Como el Parra es un gordo pervertido de mierda no se le ocurre otra cosa que ponerse a mirar los culos de los gorrinos; poco después se da cuenta de que le excitan, con esas nalgas peludas... llenas de fango, mierda, cáscaras de plátano y mondas de mandarina. Así que, como nadie estaba mirando, el gordo decide meterse en el barrizal para retozar amorosamente con los cochinos, por lo que se despelota allí mismo y comienza a abrazarlos, la verdad sea dicha, con intenciones muy poco decorosas.

Entonces llega su abuelo con un cabreo de tres pares de cojones porque resulta que su mujer le ha obligado a lavarse los dientes usando el cepillo eléctrico cuando él siempre se los ha lavado chupando el palo de las ortigas, así que sin pensárselo dos veces pilla al Parra de una oreja y se lo lleva a rastras para el matadero. Como era de esperar, el Parra se pone a suplicar por su vida, gritándole a su abuelo que él no es ningún cerdo y que se está equivocando de animal. Parece que es demasiado tarde, por lo visto al abuelo le regalaron un reproductor de MP3 para reyes y, como está escuchando el ‘Raza odiada’ de los Brujería a toda hostia, no atiende a las suplicas de lo que él cree que es sólo un cerdo completamente cubierto de barro y con peluca. Lo cierto es que si no fuera por el peluquín tal vez sí podría pasar por un cerdo de verdad. Así que nada, el abuelo lo engatilla y lo pone a cuatro patas en un corral aparte, donde hay varios cerdos más. Caratontoño, el sirviente negro de la familia que vi-

ve aún en régimen de esclavitud por voluntad propia, andaba últimamente bastante salido porque semanas atrás se habían comido la última gallina que les quedaba y no tenía ya agujero donde meterla en caliente. Total que pilla al Parra por banda y, sin darle a penas tregua para percatarse de lo que estaba sucediendo, le entrabuca el morcillón por el culo en un brutal embiste con el que bien podría haber partido la cerradura de una puerta.

– ¡Briiiiiighj! ¡Briiiiiighj! –Relinchaba el Parra, ensartado como una ristra de pollos en la barra de un horno de asar.

– ¡No berrees más, marrano de mierda! –Le grita el negro con mucho acento mientras se lo enmandinga.

Como el Parra no deja de marranear cansinamente, el negraco le suelta un galleto que lo deja sordo y mudo de un solo golpe. Tirado contra el suelo como un amasijo de carne inerte, el negro le acaba de romper el culo para terminar corriéndose en su espalda peluda. El Parra está abatido... es entonces cuando su abuela lo recoge del suelo igual que si fuera un trapo viejo y lo cuelga por el cuello de uno de los garfios que le llevará hasta la máquina de hacer embutidos.

– ¡¡GRIEEEEEEEEERHJ!! ¡¡BREAAAAGH! ¡¡GRIAAAAAARGHJ!!  
¡¡BRAMIAAAAAAARGHJ!! –Rabiaba el gordo pataleando sin cesar.

En el matadero la gente ríe mientras su abuela lo comienza a degollar. Hasta ahora sólo era un gordo apestoso... pero de su sangre se harán buenas morcillas y buenos chorizos. La gente baila y eructa al son de la macarena mientras el Parra agoniza lentamente. Como te iba diciendo, poco después llevaron al Parra a la máquina de los embuchados. Para empezar, una manguera con agua a presión lo escalda y lo limpia, dejando su piel libre de toxinas e impurezas externas. En el siguiente proceso, una prensa lo aplasta y lo comprime como a un acordeón para que rezume toda la grasa de su cuerpo. Luego una picadora lo tritura, lo trincha y lo filetea. De su cuerpo

terminarán apareciendo ricos embutidos perfectamente envasados y listos para consumir.

Durante la cena el abuelo arremete violentamente alegando en voz alta: «Me han dicho que mi nieto el gordo se ha hecho maricón». El resto de los comensales celebran su ocurrencia con risas y varios cuescos. ¡Qué gran día! Ha resultado ser una matanza de lo más provechosa para todos. En el supermercado los jamones lucen una etiqueta con la cara del Parra guiñando un ojo y levantando su dedo pulgar en señal de aprobación que reza: “Jamones el Parra; te estás comiendo lo gordo”.

\* \* \*

## **NECROMARICÓN ILUSTRADO**

## LA DINASTÍA DE CARLOMAÑO

Carlomaño, natural de Zaragoza, fue famoso por ser muy bruto y por ser un rey bastante putero –algo así como el Silvio Berlusconi del siglo VI– que difundió una nueva llamada a la esperanza y contribuyó en gran medida al resurgir de la clase heterosexual. Desde el mismo día en que nació el chaval no se andaba con hostias, ni siquiera el médico que atendía el parto tuvo narices a soltarle un bofetón después de la cesárea. Carlomaño era un hombre de verdad y tenía por costumbre asumir las responsabilidades que la gente por lo general eludía. Recién salido de la escuela se buscó un empleo serio para no tener que recurrir al puesto de trabajo que le ofrecían en la empresa de su padre. Luego optó por comprarse un piso de propiedad que él mismo rehabilitó, tirando una pared para ampliar el cuarto de baño e incluso cambiando el alicatado, la instalación del agua, la de la luz y también la del gas. Como os venía diciendo, a Carlomaño no le hacía especial ilusión el tener que depender de nadie; quería ser la clase de hombre que pudiera alardear de haberse hecho a si mismo, como Henry Ford, por ejemplo.

Su primer paso hacia el trono llegó sin que él le concediese la más mínima importancia; con catorce años le habían nombrado ya presidente vitalicio de su comunidad de vecinos, lo cual propició el que adquiriese cierta notoriedad y renombre a lo largo y ancho de su comarca. Carlomaño acostumbraba a andar metido en todos los fregaos, tanto valía para un roto como para un descosido; si había que cambiar una antorcha... pues allí estaba él para cambiarla; si había que limpiar la fosa séptica, Carlomaño era el primero en prestarse voluntario para bajar a limpiarla sin guantes ni nada; él mismo se cambiaba la batería del coche y la rueda de repuesto... y si los dalmidoches se apalancaban en la península y había que soltarles un es-

carmiento porque dejaban de pagar la cuota de la comunidad... Carlomaño repartía hostias como panes, que parecía aspas de molino.

Años más tarde, en cuanto cumplió los dieciocho, el chico decidió que ya era hora de sacarse el carné de conducir –más que nada para que no le pillasen yendo por ahí sin licencia–, y con ello se dio a conocer entre el círculo eclesiástico, ya que por aquel entonces la licencia de coche sólo te la podían conceder los clérigos o el obispado.

Francisco Javier Bocallester, una de las jóvenes promesas gay que la iglesia católica reservaba con recelo para cubrir puestos de importancia en la nueva ampliación de Ciudad Vaticano –y que era más feo que pegar a un padre con un calcetín sudado el día de nochebuena–, se interesó por la carrera de Carlomaño; primero porque deseaba su joven culo sonrosado... y segundo porque le parecía intuir que su desmedido entusiasmo podría llegar a amenazar seriamente la ‘expansión silenciosa homosexual’ que estaba prevista para el cambio de siglo. Francisco Javier se implicó al máximo por tal de forjar una íntima amistad con la familia de Carlomaño e incluso llegó a dormir con él en la misma cama algún sábado por la noche de aquellos en los que se quedaban hasta las tantas jugando al Street Fighter con la Súper nintendo.

Cuando Carlomaño consiguió sacarse finalmente el permiso de circulación –la teórica se la sacó a la segunda porque se puso muy nervioso la primera vez que subía a examen–, pudo visitar varios pueblos aledaños que presentaban un importante déficit de regulación administrativa, lo cual le llevó a concluir que la manera perfecta de contribuir activamente con la sociedad de su tiempo sería hacerse gestor de fincas. Junto con su hermano Paco se montaron una pequeña empresa de administración que además era correduría de seguros con licencia para vender bebidas alcohólicas hasta altas horas de la noche.

Francisco Javier Bocallester estaba ya en su último año de seminario –imagino que no hace falta dar más detalles acerca de la etimología de dicha palabra– cuando les sugirió a sus examinadores que, como trabajo final de curso, se había propuesto contagiarle el VCHA a su joven amigo Carlomaño, aspirante a ser una figura pública reconocida y probablemente un óbice que terminaría entrometiéndose en la subrepticia empresa gayerrestre. Dicho y hecho, sus evaluadores estuvieron más que conformes con el enfoque que Bocallester planteaba darle a su proyecto final... así que se lo follaron por última vez antes de mandarle a un piso de protección oficial con su diploma, el culo relleno como un chucho de crema y una plaza en la iglesia del pueblo donde residía el que iba a ser su primer objetivo de contagio. Carlomaño, ajeno a la conspiración maricona que tenía su ojete en el punto de mira, comenzó a despuntar en la política regional y finalmente pudo organizar su propio partido con un programa que apoyaba la deslegalización del cannabis, la deslegitimación de la eutanasia, establecía el alemán como idioma único para todo el territorio y propugnaba la constitución del ‘Estado Europeo’, llamado ‘Euro’ por el dios del viento de la mitología clásica, lógicamente, y ‘peo’ por la peste que se podía sentir en toda su extensión, debido a que por aquel entonces la gente comía muy mal, prácticamente todos los campesinos estaban fatal del estómago y padecían una terrible aerofagia de lo más nauseabunda. Durante el ‘Verano del amor’ Carlomaño fue erigido monarca por accidente. Sucedió que, unos meses atrás, se produjo el último magnicidio en la dinastía de los corintios y la corona le fue otorgada en consecuencia de la línea de sucesión. Por su parte, el ya entonces arcipreste Francisco Javier Bocallester –que no os lo he dicho pero tenía la piñata como la de un caballo–, no se separó en ningún momento del que iba a ser futuro emperador del estado Europeo. En virtud de su lealtad, Carlomaño lo aceptó como fiel consejero en la corte.

El primer encargo que se le confirió a Efejota fue el de buscar una candidata a esposa que resultase idónea para el rey. En su primer intento el consejero real trató de encalamarle un congoleño barbudo, sonriente, negro como el chamizo, disfrazado de mujer y con un mocho de fregona en la cabeza dispuesto a modo de pelucón. Carlomaño, que no era precisamente imbécil, se pilló un rebote monumental. La treta estuvo a punto de costarle muy cara a Francisco Javier, que se veía ya con un pie en el destierro. Convertir al emperador en un nuevo maricón no iba a resultar una empresa fácil, o por lo menos no tan fácil como Efejota habría imaginado.

Las constantes batallas en pos de la expansión territorial terminaron por agotar al emperador y, al igual que sucede con los pocos políticos honrados que llegan a adquirir un cargo de responsabilidad, Carlomaño envejeció prematuramente. El cardenal Bocallester, que después de tanto tiempo a su servicio le había cogido cariño al rey —algo bastante inusual en los maricones—, terminó por padecer el conocido síndrome de Estocolmo, así que abandonó toda pretensión de encularle y optó por vivir del lado de la monarquía, follándose monaguillos y jóvenes colegiales a escondidas para ir tirando.

Una noche, el anciano Carlomaño llamó a Bocallester personarse en su audiencia y le dio las directrices que creía convenientes para instruir a sus tres hijos, ya que serían ellos quienes heredarían la potestad del imperio para cuando él hubiese fallecido. A sus setenta y dos años, y ajeno a la realidad, el emperador desconocía en su lecho de muerte que la capital del reino, Somantopoyas, se había convertido en un barrio infecto plagado de maricones; lleno a rebosar de locales de esos con carteles de neón rosa y celeste, de los que suelen oler a orines y en los que tienes que bajar siempre unas escaleras estrechas para acceder a ellos. La gran mayoría de los ciudadanos de Somantopoyas se habían sumado ya a la moda Leather [*Se pronuncia "Léder" – n. del trad.*], por lo que prácticamente todos iban vestidos

de cuero y tachuelas; aquello parecía ‘La cúpula del trueno’ y encima echaba un tufo a meados, a cenicero rebosante y a culo suelto por todas partes que no se podía aguantar. Incluso los vástagos del emperador Carlomaño se habían convertido ya a la preponderante y omnipresente fiebre homosexual. Por suerte para él, Carlomaño vivía en la inopia, alejado por completo de todo cuanto sucedía a su alrededor. Bocallester hizo muy bien su trabajo; al rebufo de su majestad y siguiendo la estela de sus conquistas, el cardenal mandaba construir una iglesia católica en cada provincia de nuevo gobierno, falsificando los certificados que el monarca firmaba pensando que eran hojas de nómina y creando así la red de comunicaciones maricosociales más importante de toda la historia. El fiel consejero se ocupaba de contagiar a un campesino en cada pueblo, para así poder disponer de un cura en cada uno de los templos que erigían, y del resto de trabajo ya se ocupaba la prole de infectados que iban dejando a su paso. Los denominados ‘templos de culto’ bien podían haberse llamado ‘templos del culo’, pues era en ellos donde se focalizaban los principales puntos de contagio de la pandemia gayerrestre.

CARLOMAÑO: Bienamado Bocallester –Le dijo al consejero en su lecho de muerte–, me has servido fielmente durante toda mi vida.

EFEJOTA: Bueno hombre, tampoco te vayas a poner ahora en plan sentimental... que tú siempre fuiste un hombre hecho y derecho. Genio y figura hasta la sepultura.

CARLOMAÑO: No, de verdad... Quería decirte que has sido para mí mejor compañero que cualquiera de las trescientas veintidós esposas que he tenido en toda mi vida.

EFEJOTA: Bueno ya, pero... para eso están los amigos ¿no? Venga va, no te pongas así que ya sabes que no hay para tanto. Bien que he cobrado el sueldo por mi trabajo todos los meses.

CARLOMAÑO: Ya hombre, pero eso al fin y al cabo es lo de menos. Has sido como un padre putativo... o mejor dicho, como un hermano putativo... casi diría que como un sobrino tuerto putativo para mí. Estoy en deuda contigo y con tu putativa descendencia para toda la eternidad. Pídeme lo que quieras y te lo concederé antes de emprender mi último viaje al Valhalla.

El cardenal no se lo pensó dos veces, se dejó de romanticismo barato y volcó el moribundo cuerpo del emperador hacia un lado recostándole boca abajo para follárselo. Por desgracia, en cuanto fue a enchufarle el morcón, la vida de Carlomaño se había consumido ya como la llama de una vela en medio de la tormenta.

Bocallester lloró sobre las frías nalgas del cadavérico culo de Carlomaño mientras sentía su polla congelada, tal como si la hubiese enterrado en una tarrina de helado de limón. Finalmente había conseguido alcanzar el objetivo que se marcó para su trabajo de final de carrera, sí... pero por otra parte se sentía solo y desamparado. Durante cuarenta años Carlomaño le había ofrecido su más sincera amistad sin apenas pedir nada a cambio. El cardenal, pese a la categoría eclesiástica que regentaba y sus privilegios, sintió un vacío infinito en el alma tal que optó por suicidarse tirándose de cabeza al depósito de una máquina que embutía salchichas de frankfurt. Allí concluyó su vida, triturado y convertido en material de consumo humano con la forma del símbolo gastronómico universal de la vieja Europa.

\* \* \*

# **VOLUMEN X**

## **BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL**

\* \* \*

### **MOMENTOS DE LUCIDEZ INTROSPECTIVA**

\* \* \*

### **MIEDO A UN PLANETA GAY**

*El sufrimiento y el dolor son siempre necesarios para la conciencia de altos vuelos y para el corazón profundo.*

*A mi modo de ver, los hombres verdaderamente grandes han de experimentar en este mundo una pena inmensa –añadió de súbito, pensativo, incluso en un tono distinto del de la conversación.*

*Fiódor Dostoievski*

*Del libro ‘Crimen y castigo’*

# **BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL**

## **CUARTA PARTE**

## **NORMAN Y LOS NORMANDOS**

### **Periplo bizarro**

Marcado principalmente por el hastío generalizado, el siglo décimo después de Cristo fue sin lugar a dudas el siglo del retorno de los machos de verdad. Con la aparición del nuevo-bollerísmo y la propagación gradual de las manadas de maricones por el centro del continente Europeo, los Hombres (le pondré mayúscula al principio para hacer hincapié en que denota heterosexualidad) estaban hasta los mismísimos cojones de tener que aguantar tantas polladas; para empezar vivían bajo la amenaza constante de los maricones salvajes, los de rapiña y los carroñeros; además, un gran número de mujeres comenzaban a engrosar las filas tortilleras por tal de erradicar la preponderancia maricona y las muy imbéciles no se daban cuenta de que, a consecuencia de su radical y desmedida respuesta, estaban extinguiendo los férreos valores de la tradición heterosexual. Por si fuera poco, la creciente ola de cristianismo –Orden de los sarasas y los pederastas, encubierta bajo la religión que precisamente fundó el mayor homófobo de la historia– despuntaba en cotas astronómicas pues, si bien no había conseguido instaurarse en el oriente próximo por el momento, dominaba completamente las regiones que hoy en día conocemos como España, Francia, Italia, Alemania y el resto de países que están a su alrededor pero que como todo el mundo sabe no tienen relevancia alguna. A comienzos de dicho siglo la paupérrima situación que desafió los valores tradicionales resultaba francamente descorazonadora y los pocos Hombres que quedaban por desvirgar se metían a curas creyendo erróneamente que Jesucristo les salvaría, ¡ja ja ja ja!

Así estaban las cosas, occidente se había convertido en un criadero de almorranas palpitantes. Por todas partes se podían encontrar

pueblos ardiendo y gente arreándose violentamente por el culo. Los cultivos se iban a la mierda, los varones ya no salían a pescar porque temían ahogarse, tampoco salían a talar leña por miedo a romperse una uña; nadie sabía usar las herramientas para sembrar o arar el campo y ni mucho menos arreglar el tambor de una lavadora... la debacle parecía ya irreversible y los pocos tíos que huyeron hacia el norte fueron los únicos que consiguieron salvar el ojaldre.

Amotinados en las villas noruegas y a punto de ser asediados por la última gran horda de maricones del espacio en estado salvaje, los Hombres determinaron construir entre todos un barco para huir a Islandia, pues gracias a la parábola del rey Harturo<sup>2</sup> sabían que refugiándose en altamar conseguirían escapar del irrefrenable contagio. Norman, un tío de los de verdad con tres pares de cojones –de los que se echan el limón en el ojo y se meten la sal por la tocha cuando se toman un tequila–, se convirtió sin quererlo en guía de la resistencia heterosexual escandinava debido a su gran carisma y rudo carácter; un improvisado mesías en tiempos de cataclismo. Su influencia sobre el resto de los varones era tal que incluso se hicieron llamar ‘los normandos’; así pues, todos fumarían los mismos puros habanos que él y lucirían una densa barba y un pelazo fosco que les hacía parecer un ejército de Jim Mórrisons precarios como el de la portada del *L.A. Woman*. Los autoproclamados Viklíngrons fueron valerosos Hombres que, además de ser muy machos, compartían la misma pasión por la serie de ficción *Star trek* (que sí, que en verdad era una mierda... pero es que entonces no echaban otra cosa por las tardes).

Al principio pensaron en hacer sólo uno... pero al final, como les sobraban mogollón de troncos y los viklíngrons eran unos flipaos y unos agonías del bricolaje, terminaron construyendo tres grandes drakares –El Kolunga, el Islánder y el Trófulo Brabuca– con los que

---

<sup>2</sup> ¡*Maricones del espacio! volumen 3*

se echaron a la mar y zarparon rumbo hacia Islandia ante la atónita mirada de los maricones, que les gritaban en plan locazas desde el puerto mientras se despedían de ellos llorando, aplaudiendo, sacudiendo pañuelos de papel y consoladores de goma.

Corría el año mil ochenta y ocho de nuestro señor. Sobre los valerosos Hombres que abandonaron su hogar en busca de una tierra prometida y libre de maricones se cernía ahora la sombra de un terrible reto vital: En la deshabitada Islandia no habría mujeres con las que follar, ni madres para que les cocinasen, ni abuelas para que les hicieran la cama. El futuro se presentaba completamente incierto y confuso. Los Hombres, pese a todo lo valerosos que decían ser, estaban más acojonados que un adolescente mimado de aquellos que mandaban antes a hacer la mili.

De las tres embarcaciones que se hicieron a la mar tan sólo una llegó a su destino. El Trófulo Brabuca, drakar que le había sido encomendado a Baldufo88, fue el único navío que consiguió echar el ancla en costas islandesas. El Kolunga, desgraciadamente, se desvió de su rumbo debido a una inesperada tormenta de pollas y su tripulación terminó pereciendo cuando el barco embarrancó contra un arrecife de coral lleno de roña y lombrices. Peor suerte corrió el Islánder, pues el muy imbécil del contra maestre, que era malísimo y no sabía distinguir babor de estribor, orientó la brújula al revés y acabaron desembarcando por error en las costas de la normandía francesa –la llamaron así en honor a Norman, claro–. Los marineros del Islánder, sin saberlo, navegaron durante días por el Sena pensándose que era el canal de Suez hasta que finalmente fueron abordados frente a los cimientos de la catedral de Notre Dame [*Se pronuncia “Notredam” – n. del trad.*] por los maricones parisinos, los más terribles de toda Europa con muchísima diferencia.

Norman, que se había encomendado a la virgen de Odín varias veces antes de zarpar, sobrevivió gracias a que en el último momento se equivocó de navío y por error —o debido a una grata casualidad— se hizo a la mar en el Trófulo Brabuca de Baldufo<sup>88</sup> cuando en realidad debía haber comandado el Kolunga, que era el barco que diseñó su padre poco antes de morir. Ya en tierra firme, Norman y los normandos construyeron también un fuerte junto a la costa por tal de defender la tierra virgen de una posible invasión anal.

Y así fue cómo los viklínongs, que estaban a punto de darse por vencidos y entregar las nalgas a los maricones del espacio, salvaron el culo —nunca mejor dicho— y se independizaron viviendo en plan rodríguez; es decir, alimentándose a base de acerbezcas, ganchitos, pizzas congeladas, cacahuetes, cereales rancios, salchichón, queso tierno, pan de molde y demás restos de la nevera. Como los normandos eran unos haraganes del copón, pasaban mogollón de lavarse la ropa e incluso de afeitarse; sencillamente, cuando tenían el cabello muy largo, se hacían rastas o trenzas. Los viklínongs se pegaban el día drogándose, jugando al póker online y echando partidos de fútbol como si fuese aquello el patio de una prisión o un cámpus universitario. Poniendo pasta entre todos se pillaron el *plus* para poder ver los partidos de liga y, sobretodo, el porno por las noches, que fue el invento que verdaderamente revolucionó el siglo X. «Esto es vida» solían proclamar los viklínongs mientras se fumaban sus porros *in the night*... aunque en las frías noches de los sábados podían escucharse claramente los aullidos de aflicción y desconsuelo de aquellos machos que echaban de menos el calor de una buena hembra.

\* \* \*

## Lo que sueltas cuando vomitas

«Algo huele a podrido en Islandia, y no es precisamente el bacalao» solía murmurar Norman el normando cuando veía a sus camaradas viklíngrons tumbados a la bartola, emanando una peste insoportable como a sofrito de azufre con vinagre y cabrales rancio que ni ellos mismos la podían aguantar. Era un hecho, los viklíngrons se lo curraron mucho nada más llegar a la isla construyendo el fuerte, un centro de día, las pistas de petanca y varias barracas para convivir todos juntos... pero a la que pasaron un par de meses la peña se volvió muy perra y comenzaron a sudar de todo. Se estaban poniendo gordísimos porque básicamente se alimentaban a base de frituras y hollería industrial; encima abandonaron por completo la higiene personal, pasando de afeitarse, cambiarse de calzoncillos o lavarse los países bajos. Como nadie estaba tampoco al corriente de los pagos de la luz les cortaron el suministro eléctrico y todo lo que tenían en el congelador se les echó a perder. Debido a la descomposición biótica del pescado azul que almacenaban –pero que nadie consumía nunca–, las neveras empezaron a vomitar unos oscuros caldos de podredumbre sulfurosa color marrón que formaba charcos en el suelo emanando un pestazo hediondo e insufrible por todo el campamento. Semanas después terminaron siendo infestados por una plaga de gusanos blancos, otra de moscardones y otra de cucarachas. Nadie tuvo los santos cojones de ponerse a limpiar y desinfectar aquel entuerto, así que literalmente ‘se les comía la mierda’. Los viklíngrons se convirtieron en el pueblo más guarro que hubiese pisado jamás la faz de la Tierra, mucho más incluso que los jevis cuando acampan en macro-festivales o los monos furibundos que se zumbaba Mortañorda en sus buenos tiempos<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> *¡Maricones del espacio! volumen 1*

Desde luego, la cosa se les había ido de las manos. Norman, que era el único que aguantaba más o menos el tipo, paseaba entre sus Hombres con claro aire de desdén mientras ellos holgazaneaban tirados por el suelo sobre cartones meados como si fuesen vulgares mendigos desharrapados. «Esto debe terminar» se convenció a sí mismo pensativo. Al otro lado del valle de los leprosos se escuchó un eructo de las cavernas y poco después alguien le respondió pegándose un cuesco de los que suenan como el disparo de un rifle kalasnikov. Baldufo88, que aunque estaba hecho unos zorros también soñaba con un mundo más limpio y mejor porque alguna vez votó a los verdes, se unió al silencioso grito de Norman y le propuso celebrar una asamblea vikinga en la que pudieran decidir cuál sería su futuro para los años venideros. El viernes por la tarde, después de la siesta, los vikingos se congregaron para establecer y aprobar unas directrices sólidas de convivencia. Debían tomar un nuevo rumbo de una vez por todas, fijándose un objetivo común por tal de mejorar su tan precaria situación que, desde luego, distaba mucho de ser ejemplo de orden y concierto.

–Amigos... –Dijo el caudillo dirigiéndose a sus normandos.

– ¡Nosotros no somos tus amigos, gilipollas! –Le espetó Baldufo88 en plan garrulo, ganándose así el clamor de un público que rompió a reír con su insolente ocurrencia.

Norman se quedó muerto, más que nada porque era precisamente Baldufo88 el único normando con el que se suponía que podía contar para hablar en serio. Quedaba bastante claro que el pavo en cuestión era un falso de mierda y un quedabien... y que ahí la peña estaba suando muchísimo de sus propuestas o de sus buenas intenciones.

– ¡Oye mira! ¡Que si os vais a poner así, por mí podéis iros todos a tomar por el culo, pedazo de cabrones! –Les gritó enojado el bueno de Norman, que apenas sabía dar una palabra más alta que la otra.

Los normandos se partieron la caja a su costa durante un buen rato, pero poco después le pidieron por favor que no se enfadase y que continuara con la ponencia, prometiéndole que no se iban a reír más de él.

–Pero mira que llegáis a ser imbéciles ¿eh? –Esta vez apenas se escuchó un murmullo divertido. La situación era verdaderamente preocupante y los vikingos lo sabían...

– ¡Queremos follar! –Gritó sulfurado Señuelo Trobaco88, y al momento la muchedumbre rugió asintiendo.

–Está bien, es cierto –Intervino Norman tratando de apaciguarles–. Necesitamos mujeres para que vengan a limpiar esta pocilga y también para que os convenzan de que deberíais ducharos al menos una vez por semana.

– ¡Eso! ¡Y que nos hagan también unas buenas mamadas! –Propuso Chorreras88. Esta vez nadie le rió la gracia pues era una verdad como un templo. Resultaba bastante triste el que todos aquellos tíos, hechos y derechos, llevasen meses sin catar; sólo a base de darle a la manivela... y no sé si me explico.

– ¡Chorreras tiene razón! ¡Estoy harto de matarme a pajas! –Reivindicó Véctor88–. ¡Tenemos que embarcarnos en una expedición rumbo a la península escandinava y traernos unas cuantas chatis rubias con las tetas bien gordas para que vengan aquí a cocinarnos cosas que no sean flamenquines o calamares rebozados; que nos hagan la puta cama por las mañanas, que nos planchen la ropa por las tardes y que luego por las noches tengan muchas ganas de follar!

– ¡Bieeeeeeeen! –Exclamaba al unísono el pueblo normando. Tras unos segundos de interminable euforia la clamorosa algarabía se silenció. Norman aguardaba satisfecho para exponer la siguiente propuesta que se había apuntado en sus tarjetas de recordatorio cuando de pronto la marabunta humana se abalanzó sobre él, le propinaron un nubarrón de bofetones, pellizcos y collejas hasta que finalmente

lo echaron a la cubierta del drakar de una patada en los huevos para que se buscara la vida él solo.

– ¡Y no vuelvas hasta que no hayas conseguido traerte el barco cargado a tropel con mazo de tías putas que estén bien jamelgas! –Le amenazó Tebaclio88 señalándole con el dedo índice de forma desafiante mientras el navío zarpaba.

– ¡Iros a la mierda todos, hijos de putaaa! –Protestaba Norman maniatado al mástil de la embarcación. Canduelo88 le pegó un patadón al casco y el barco se alejó de la costa mientras los viklínongs aún andaban partiéndose la caja, doblegándose por el dolor abdominal que les causaba el reírse tanto.

El rugir del bravo océano le arrojaba en su soledad. Norman pasó dos interminables semanas de miedo y asco en altamar, sin poder llevarse siquiera un mendrugo de pan a la boca. Con la barriga hinchada como un subsahariano de Biafra maldecía contra los cuatros vientos a sus infectos camaradas mientras se vomitaba la bilis por encima a consecuencia de los nervios. Apenas le quedaba valor para soportar más tormentos al noble viklínong que una vez salvó a su pueblo de perecer enculado, y es que los mismos Hombres que él defendió terminaron por convertirse en sus ejecutores, mandándole sin piedad hacia una muerte trágica y segura. Estaba jodido, más que nada porque eso mismo ya le había pasado en otra ocasión y aún no había conseguido aprender de tan patética experiencia:

Sucedió una noche en la que Norman salió de fiesta y por desamor se emborrachó lo que no está escrito; a última hora cuando ya cerraban Ragnarok, que era la discoteca de su pueblo, él se quedó trallando los espaguetis en plena calle mientras todos sus colegas pasaban por delante suyo sin detenerse siquiera a sostenerle la cabeza o traerle una botella de agua. Comenzaba a amanecer y Norman se encontró echado en el suelo sobre un charco de su propio vómito como si fuese un vulgar perro callejero. Quedó claro que aquellos que de-

cían ser sus mejores amigos no eran sino la puta escoria más inmunda del universo. Aquel día se cabreó porque tuvo que volverse a su casa solo, con la ropa completamente cubierta por la trallada, apesando a agrio, con la camisa nueva hecha jirones y teñida por los lamparones de jamón de york y los trozos de aceituna colgando. Se prometió no volver a ser tan tontaina... pero la verdad es que de nada le sirvió la lección pues se la habían vuelto a meter doblada.

La desidia, el hambre, la sed... los chaparrones de pollas que arremetían sobre él sin que pudiese siquiera guarecerse... a Norman se le andaba cayendo el pelo a causa de la desnutrición y el cerumen le rebosaba abundantemente por las orejas. Hastiado las veinticuatro horas del día y con un terrible dolor en las lumbares que le torturaba de manera inclemente, el jefe de los normandos pasaba las horas tratando de resolver sudokus mentales que él mismo se inventaba; lo jodido es que pocas veces se acordaba de cómo había colocado los primeros números, con lo que al final se hacía trampas a sí mismo y siempre los conseguía terminar. Una mañana, mientras se echaba una partida ficticia al *Gain Ground*, su percepción de la realidad comenzó a degenerar; de pronto el cielo se volvió rosa, como si fuese un amplio lienzo en el que Vincent Van Gogh hubiese pintado utilizando yogures de fresa en lugar de acuarelas y usando la polla en lugar de un pincel; la inmensidad del océano se convirtió en un dorado campo de espigas de trigo y el agua parecía ahora un gran mar de pis; el sol, escondiéndose tras las nubes que se apercebían nítidas e impecablemente perfiladas, proyectaba ahora sus gélidos rayos de claridad azul sobre el descompuesto rostro de Norman el Vikingo. La cubierta del navío de Baldufo88 se había transformado en la improvisada pista de aterrizaje de un buque acorazado con aviones de guerra que despegaban sin cesar. Tom Cruise, vestido con el uniforme oficial de la película *Top Gun*, le hizo una señal sonriendo y levantando sendos pulgares a la vez. Norman reía en plan siniestro

justo cuando, frente a él, comenzaron a desfilan una gran cantidad de pollos asados perfectamente uniformados que iban acompañando a una descomunal carroza llena a rebosar con patatas fritas. Al normando se le hacía la boca agua más que a Carpanta en cuaresma. El sentimiento de inanición y la rabia que experimentó al contemplar cómo el hijoputa de Tom Cruise, con sus gafitas Rayban de mierda, se reía frente a él masticando a dos carrillos un manojo de patatas fritas –paranoias propias del delirio–, le devolvieron la fuerza que necesitaba para liberarse de la soga que le ataba al mástil. Sin vacilar ni por un solo momento, Norman reventó las cuerdas como si éstas estuviesen hechas con papel de seda y corrió hacia el actor estadounidense para partirle la cara soltándole un ciclópeo bofetón con el que bien podría haber ganado el oro en la modalidad de lanzamiento de disco. Tom Cruise tuvo oportunidad de lamentarse rebuznando una sola vez cuando el normando enajenado le empujó por la borda directamente hacia las fauces de un gran tiburón blanco que por casualidad andaba bostezando en aquel preciso instante.

– ¡Lechoso maricón hijo de la gran puta! ¡No rodarás más películas de mierda mientras viva! ¡Y espérate que no pille también a tu colega el tontopollas ese del Nicolás Cage! –Le gritó desde estribor mientras contemplaba al temible escualo masticando los inertes miembros del actor estadounidense. Poco después Norman se incorporaba sacudiéndose el polvo y las pollas de su ropa andrajosa, hizo unos cuantos estiramientos para desentumecerse y luego bajó al camarote para buscar algo que llevarse a la boca. Ver al tiburón dándose el festín de su vida le había abierto el apetito... que por cierto, menudo asco de palabra.

\* \* \*

## Follar enamora

Cuando Norman el vikingon consiguió hacerse con el control del Trófulo Brabuca, dirigió la expedición hacia Rusia, pues sabía por el porno que allí habitaban infinidad de mujeres deseosas de tíos machos de verdad. Por otra parte, los últimos titulares de la prensa internacional no podrían ser más alarmantes: los maricones del espacio que se asentaron en la península escandinava consiguieron traspasar finalmente la frontera de los Balcanes en dirección a la Europa del este. Como se cruzaron prácticamente todo el continente a pie, a esta gran migración de infectados porculeros se la conoció como ‘Las cruzadas’. En china no tuvieron opción, los pocos maricones que pudieron establecerse en territorio asiático tuvieron que hacerlo disfrazados de mujeres, lo que aún hoy por hoy se conoce como la tribu de los ladyboys [*pronúnciese ‘leidi bóis’*], que no eran sino maricones del espacio que se rasgaron los párpados para parecer pseudo-chinos y se vestían como *geishas* japonesas tratando de pasar lo más inadvertidos posible. Los leidi bóis cortejaron el noble arte de fingir, imitando a las verdaderas féminas hasta el momento en que te llevaban a su cama y apagaban la luz; entonces, mientras en el estéreo sonaba ‘Gavilán o paloma’, te metían la polla en la boca y te decían que chupases sin miedo, que aquello eran los pezones... que por ser chinas los tenían más gordos de lo normal.

Mejor lo tuvieron aún aquellos bujarras que se expandieron hacia el oriente medio, puesto que en Persia les bastaba con esconderse bajo un burka y hablar con la voz pitufada para hacerse pasar por mujeres. Pronto conocieron las ventajas del contagio *bareback* –reversible–, que consistía en hacerle un agujero al burka justo a la altura del ojete, ponerse a fregar el suelo de rodillas y esperar a que algún moro incauto y ladino los penetrase por detrás para contagiarse con el VCHA. A pesar de lo que propugnan ellos, el mundo islámico

está infestado de maricones; si no que alguien me explique cómo coño han llegado a conservar la tradición de orarle a la Meca arrodillándose cuando todo el mundo sabe que eso de ponerse con el culo en pompa delante de otros pavos es totalmente de maricones. Norman, el último normando —que quiso llamarse así porque era un peliculero de mierda—, amarró su barco en el puerto de San Petesburgo y nada más bajar por la escalinata, ataviado con una ridícula camisa de flores y sus gafas de sol con cristal de espejo, ya le estaban practicando una felación a dos bocas entre dos preciosas rubias eslavas, de esas que tienen carita de muñeca de porcelana. Cuál fue su sorpresa cuando, levantándose las gafas, descubrió con alegría que San Petesburgo era la capital del sexo eslavo y que, además, aún estaba libre de maricones patógenos. De todas formas el normando fue un capullo, pues en lugar de aprovechar el hecho de que iba a convivir como un verdadero semental entre una amplia manada de ardientes yeguas en celo el muy idiota se echó novia a la primera de cambio y ahí sí que se puede decir que la cagó brutalmente. Tan sólo llevaba un par de horas en la capital rusa cuando, tras su primer contacto con las ardientes lugareñas, conoció por casualidad a Ana Kornie-kova, la hija de un empresario moldavo que había terminado en la cárcel por abusar de los niños cojos rumanos —otro enamorado del vigor de la juventud—. Kornie-kova le pareció a Norman la tía más de puta madre que había podido conocer en toda su vida; una chica totalmente distinta a las demás. Ni mucho menos era tan atractiva como las dos rubiazas tetonas que le practicaron la felación a dos bocas nada más llegar... pero tenía otros puntos a su favor que conquistaron el corazón del joven —bueno, más o menos joven— vikingón. Se conocieron en un bar, jugando a los dardos. Ana se acercó hasta donde se encontraba sentado el normando y le dedicó estas sentidas palabras de cortejo:

–He visto cómo bajabas de tu velero bergatín... con esa camisa de hermosas flores que te otorga un aspecto fascinantemente varonil y desenfadado. Me encantaría llevarte a mi casa para que me metieses un racimo de plátanos por el culo ¿Sabes? Eso sí, que estén pelados... Sin la cáscara, quiero decir. Luego me penetrarías analmente, espachurrándolos con tu polla como si mi culo fuese un mortero y me follarías a lo bestia parda hasta convertirlos en puré.

–Encantado de conocerte. Yo me llamo Norman.

–Tanto gusto. Y yo me llamo Ana, la marrana de la banana.

Como mujer, huelga decir que era incluso exótica, pues resultaba un caso verdaderamente extraño de comportamiento masculino en una fémina: Ana Kornieikova era devota del cine de terror, coleccionaba tebeos de Calvin y Hobbes, le encantaba jugar a dobles a los videojuegos retro, estaba a la última de los discos de thrash metal y encima en la cama era como una puta salvaje. Ana y Norman se encapricharon el uno del otro, les sucedió aquello que los maricones del espacio comúnmente llamaban ‘amor’ y se hicieron novios horas después de comenzar a jugar a pasarse el hielo de boca en boca con las amigas de ella. Aquella misma noche el último normando se la folló en la parte trasera de su coche pero, si cabe soslayar algo que le sirvió a la peculiar nórdica para triunfarse al navegante noruego fue que, justo después de follar como dos conejos, la chica subió a su casa y bajó un par de cuencos de cerámica donde su madrastra había preparado natillas con galleta y canela para que se las cenasen juntos tras el polvazo. Nunca nadie había tenido un detalle así con él y ni mucho menos viniendo de una joven muchacha. Norman, claro está, cayó en la trampa como un tonto enamorado. Podría decirse, por su propia experiencia y viendo lo sucedido, que follar enamora.

Semanas después de comprometerse con ella, y una vez que el aura cegadora de fascinación inicial empezó a mitigarse, el navegante

normando pudo comprobar que Ana Korniekova tampoco resultaba ser demasiado casamentera que digamos: fumaba del orden dos paquetes de cigarrillos al día; tenía una situación familiar más bien complicada; un físico más tirando a rana escuálida que a tiarrona jamega; tenía también un gato en casa –Norman era alérgico a la proteína que generaba el pelo de los felinos– y bueno, digamos que, pasando por alto estos detalles y teniendo en cuenta que la chavala sabía bien cómo prender a un normando impulsivo y ardoroso, el viklíngon no se lo pensó dos veces y se tiró a la aventura evitando reflexionar sobre qué sería aquello que le depararían los retorcidos caprichos del destino. Total, después de lo que habían hecho con él los hijoputas de sus amigos ya no le vendría de ahí cualquier tipo de desgracia que pudiera sucederle. A decir verdad, desde el día en que conoció a Ana Korniekova quiso pensar que su suerte había cambiado a mejor y para siempre. Los novios prosiguieron con su relación en un estado de embriaguez amatoria que les llevaba a llamarse por eufemismos súper chorras a cada momento. Fueron al cine juntos a ver ‘Las reglas del juego’; él con una camiseta azul celeste y ella con la suya color rosa chicle. Se pasaron juntos el *Super mario world* con las noventa y siete estrellas correspondientes e incluso formaron un grupo de death-punk que se hacían llamar ‘Depresión reactiva’ pero con el que nunca llegaron a grabar ni una triste maqueta porque a mitad de cada ensayo siempre terminaban poniéndose a follar. Él tocaba la guitarra y cantaba; ella le seguía el ritmo a la batería. Todo resultaba demasiado perfecto como para ser verdad.

Una vez hubieron superado los seis primeros meses de rigor ya follaban sin condón y comenzaron a tener escarceos con la tan peligrosa marcha atrás. El padre de Korniekova, en su primer permiso para salir de la cárcel bajo libertad vigilada, les comunicó que se sentía muy congratulado al enterarse de que ambos habían decidido contraer matrimonio de forma voluntaria... mientras intimidaba a

Norman usando una jeringuilla infectada con el virus de la hepatitis C. La cosa comenzó regular, lo cierto es que sí, pero momentos después yerno y suegro ya se abrazaban afectuosamente dándose el tradicional beso a la eslava. Norman y Ana terminaron casándose por el rito ortodoxo gitano en una fiesta llena de alcohol, bollycaos, altramuces, bielorrusos fornidos y exconvictos con muchas cicatrices. Los regalos de boda más sonados fueron un lanzamisiles, un depósito que contenía napalm junto con un equipo lanzallamas, una cartera llena a reborar con bombas lapa y una colección de porno bisexual en DVD que nadie supo de dónde había salido. Su matrimonio daba comienzo y Norman no podía sentirse más feliz; en su noche de bodas echaron un polvazo del quince mientras escuchaban el *Schizophrenia* de Sepultura, intimidándose mutuamente con las armas de destrucción masiva y dándose feroces dentelladas muy cerca del cuello para emular el polvo salvaje. A la mañana siguiente ambos se despertaron exhaustos de tanto jugar durante horas al rábano cremoso y fue entonces cuando, por fin, después de vivir seis intensos meses en la inopia, decidieron plantearse cuál debía ser su futuro y dónde iban a establecer su nidito de amor.

NORMAN: Podríamos mudarnos a la isla de donde procedo... ¿Te gustaría vivir allí? –Le planteaba el normando a su nueva esposa.

KORNIE: Bueno, vale... allí hay más tíos así como tú ¿verdad? –Le preguntó ella.

NORMAN: Este, hombre, pues sí... aunque ten por seguro que ni mucho menos serán tan guapos ni tan machos como tu excepcional marido, ja ja ja... pero sí, sí que los hay –Le dijo sonriendo.

KORNIE: ¿Sabes? Ahora que me fijo... No me gusta nada cómo te queda ese parche que te has puesto en el ojo izquierdo –Le sugirió Kornieikova.

NORMAN: ¿Cómo? Pero si me lo puse por ti. Siempre me habías dicho que te ponía toda perra... que el parche me daba un aire así como muy masculino, viril y como de muy cabrón...

KORNIE: Sí, bueno... pero ahora ya no me gusta.

NORMAN: Bueno, pues nada, ya me lo quitaré entonces si eso.

KORNIE: Ah, y... ¿sabes dónde hacen depilación definitiva?

NORMAN: No, ¿dónde?

KORNIE: Pues en el salón de belleza que está debajo de mi casa. Deberíamos ir los dos una tarde de estas... mi amiga la Mary me ha dicho que el pecho sólo cuesta doscientos yabs por sesión y que allí lo hacen muy bien...

NORMAN: Ya, pero... ¡Espera, espera! Espera un momento ¿Para qué te vas a depilar tú el pecho si no tienes pelo?

KORNIE: ¡No capullo, no es para mí sino para ti!

NORMAN: ¿Me acabas de insultar, cari? –Le preguntaba contrariado.

KORNIE: ¡Anda, va! No me seas mariquita... que te lo hará con cera fría. ¿No dices siempre que eres tan hombre y tan macho?

NORMAN: ¡Joder que si lo soy!

KORNIE: Pues no se hable más, el lunes te vienes conmigo para que te depilen la moqueta felpudera esa que tienes... que cada vez que salimos por ahí a cenar se te pega la peste a frito y luego, cuando nos vamos a dormir, me paso toda la noche oliendo como a kebab.

NORMAN: Te aseguro que siempre pensé que te gustaba mi pecho peludo y varonil...

KORNIE: Uhm, bueno, puede... pero ya no me gusta. Mejor depilado ¿vale?

Llegó el martes por la mañana y Norman comenzó con el proceso que terminaría por transformarle en un proyecto de *drag queen*. Su pecho, donde antes brotaba una densa pelambreira que ya la hubiese querido para sí David Hasselhoff, se había convertido ahora en un campo de cultivo para espinillas infectas y granos gordos como per-

las mallorquinas; una explanada enrojecida e irritada, ardiente como las brasas por el prurito y la comezón. Cada poro de su pecho, donde antes hubo pelo, era ahora un desagradable grano de pus asquerosamente amarillento. Sólo con que se apretase un poco el pectoral usando los dedos ya le estallaban diez o quince granos purulentos a la vez, reventando como el estallido que se produce cuando uno reuerce un rollo de papel de burbujas.

Puesto que Ana accedió a vivir en Islandia, él no fue capaz de negarle ninguno de sus caprichos. Cada día le daba dinero para sus gastos, le compraba ropa e incluso terminó por cumplir íntegramente con las labores del hogar ya que ella se pasaba el día entero jugando al *Final Fantasy VII*. Semanas antes de emprender el viaje de vuelta a su isla Norman ya cocinaba, planchaba, fregaba, ponía lavadoras, tendía la ropa y limpiaba el polvo de las estanterías él solo; el número de frecuencia en las folladas había pasado de diaria a semanal, y los polvos cada vez eran menos apasionados.

—Mi vida sexual es como la CocaCola —Se decía para sí el normando, recordando una ocurrencia que había leído en internet— al principio era normal, luego pasó a ser *Light...* y ahora es *Zero* —Cambios drásticos como este comenzaban a desesperarle, aunque Norman aún vivía con la esperanza de volver a su tierra para, por lo menos, poder chulearse de parienta ante los gañanes de sus colegas. Tal vez sería por eso por lo que al final la vida le devolvió el golpe con un buen sopapo... por vacilón y por engreído.

\* \* \*

## Esquimales subnormales del océano Potágeno

Con el dinero que ganaron trabajando juntos en el Mc Donalds, Norman el vikingo y Ana Kornieikova consiguieron reunir lo suficiente para poder alquilarle un barco de vela a un prestamista judío llamado Shylock. La misma mañana en que se disponían a zarpar, mientras Ana visitaba el cuarto de baño y el barco permanecía aún amarrado en el puerto, las lascivas rusas sanpetesburguesas se reunieron en torno a Norman para tratar de persuadirle y convencerle de que abandonase el navío en altamar, que luego se volviera a nado y que se quedase con ellas por el resto de sus días. El jefe de los normandos vaciló unos instantes; las rusas, que vestían todas con unas provocativas camisetas ajustadas de color blanco, se quitaron los sujetadores y se empaparon la ropa por tal de mostrarle las peras inmensas y prominentes al fogoso y varonil vikingo, procurando influir así en su decisión final. Norman titubeó de nuevo, se quedó picueto contemplando las tetazas gordas y turgentes de las rusas macizas que tan pronto le sonreían amablemente como le ponían carita de perro tristán.

—No ti vayas, pol favoor. Nosotras querer tú esposas —Le decían.

—Chicas, de verdad... sois todas preciosas y encantadoras... sois unas rubias perfectas, siempre tan atentas y cariñosas conmigo, con esas tetas gordísimas que lucís debajo de vuestras camisetas blancas tan ajustadas y que parece que estén a punto de estallar; con esos *shorts* de color rojo que os marcan ese culo tan deportivo y respingón que tenéis. De verdad que os agradezco lo que habéis hecho por mí durante todo este tiempo, habéis sido como mis hermanas, mis madres y mis abuelas mientras he estado con vosotras... pero mi corazón le pertenece a Kornieikova y quiero vivir la vida con ella a nuestro rollo. Sé que a lo mejor no lo podéis entender... pero si conti-

nuásemos viviendo aquí con vosotras se volvería a poner celosa y eso la haría enfadar.

–Kornieкова no bueno chica... nosotras sí bueno ser. Querer ser tus esposas de día y putonas de noche, pol favoor –De pronto las chicas empezaron a quitarse sus camisetas mojadas y, estrujándole con un cariñoso abrazo multitudinario, aplastaron sus tetazas contra el careto de Norman... que sintió cómo sus férreos principios empezaban ya a flaquear. Poco después el viklínɡon se sonrojó y comenzaron a entrarle los calores de la muerte. Mientras las chicas le arrullaban como gatitas en celo, frotando sus enormes pechos contra él, Norman sintió el bulto bajo sus pantalones hinchándose agradablemente y, antes de que la sensación comenzase a ser molesta, una de las muñequitas rusas ya le estaba acariciando el paquete para que no se mosquease con ellas. Desde luego, las rusas, no eran precisamente unas calienta pollas ¡Así daba gusto ponerse pinocho!

– ¡Chicas, chicas! De verdad... que me tengo que ir –Les rogaba tirándose del cuello de la camisa para que saliese el asfixiante vapor corporal.

– ¡Buu-úu-úh! ¡Nosotras tristes con tú querer Korniekovaa! –Las rusas le abrazaron entre todas otra vez y, cuando Norman se sintió aprisionado entre aquel almohadón de melones, en un principio puso cara de vicioso acalorado y sonriente... pero luego le entró una neura repentina y se las sacó a todas de encima en plan mongólico violento.

– ¡Joder! ¡Que me voy ya! ¡Que estoy harto de no poder hacer lo que me dé la gana! –En ese preciso instante se escuchó la cadena del váter y, de entre el vapor de peste, emergió Ana Kornieкова.

– ¡Qué está pasando aquí! ¡Qué estáis haciéndole a mi marido! – Les preguntaba ella haciéndose teatralmente la consternada.

Hasta el momento Norman no se había puesto a comparar ni se había percatado de la sustancial diferencia que existía entre su mujer y el resto de las chicas de San Petesburgo, posiblemente porque

estaba muy prendado. Lo cierto es que la Kornie [*Se pronuncia "Corni" – n. del trad.*] padecía un poco de enanismo, ya que no llegaba al metro cincuenta de estatura; apenas tenía culo y, a decir verdad, sí que tenía buenas peras... pero vamos, que tampoco era un portento. Con todo y con eso, aquella pasión que ambos compartían por el rock duro y los videojuegos retro la diferenciaban completamente de las demás; Kornie fue como el mejor amigo que Norman nunca había podido tener... y encima se la podía follar mientras sonaba el *Chaos AD* en el estéreo. Las rubias eran adorables, sí... y bueno, a decir verdad Ana era más bien esquiva y un tanto picajosa en general... pero él creía estar convencido de que eso se debía a que tenía mucho carácter, lo cual la hacía verdaderamente especial y distinta a las demás muchachas. Aún emergía la peste a mierda desde el interior del retrete cuando Norman agarró a Ana por el brazo, soltó las amarras de su barco velero y juntos se hicieron a la mar, dejando al resto de las chicas desconsoladas, abatidas y llorando al filo del muelle.

–No pasa nada –Le aclaraba él–. Sólo nos estábamos despidiendo.

–Son todas unas putas –Le dijo Korniekova–. Esas lo único que querían era apartarte de mí... y tú no quieres eso ¿verdad caní?

–Verdad caní. Vamos rumbo hacia nuestro nuevo hogar, lejos de ese montón de rubias con las tetas grandes y el pelo armoniosamente recogido con una pinza.

–Me vas a dejar –Espetó ella de repente.

– ¡No! ¡No digas eso! Yo nunca te dejaré –Le contestó él indignado–. No puedo dejarte porque... no sé... pero yo ¿cómo lo diría? Es que no sé explicarte lo que siento por ti.

– ¿Te gusto? –Le preguntó Ana poniéndole ojos de cervatillo.

– ¡Pues claro! Eras la más guapa de todo San Petesburgo... ¡La más guapa del mundo entero! –El muy capullo estaba tan pillado que se obligaba a sí mismo no solo a mentir sino también a creérselo.

– ¿De veras? –Insistió ella con cierta coquetería.

– ¡Pues claro! ¡Ja ja ja! ¡Eres la mejor de todas! ¡La más guapa del mundo! ¡Te quiero!! –Fue entonces cuando, justo después de que Norman pronunciase la dichosa frasecita de marras que se acababa de inventar, sobre la embarcación se escondió el cielo tras un denso cúmulo de negras nubes. Una oscura y feroz tormenta comenzaba a acechar, tronando con el estrépito de cien cañones, y de la colisión entre los nimbos estallaron violentos rayos que cayeron sobre el embravecido oleaje. Las rubias tetonas, caminando cabizbajas y con el mismo andar de los condenados, peregrinaron hasta el angosto desfiladero de la colina y, una vez allí, se fueron tirando de cabeza contra las rocas como si fueran Lemmings. La marea se llevó consigo los cuerpos inertes, los miembros cercenados y las tetas flotando en dirección al océano ártico, tal como si fuese una gran mancha ensangrentada de medusas repulsivas.

– ¡Vamos a morir! –Chilló la puta de la Kornie, tratando de que su voz se escuchase por encima de los fragorosos estallidos de los truenos.

– ¡No! –Le gritó él en toda la cara– ¡Mi amor por ti es tan fuerte que nos dará fuerzas para sobreponernos a la tempestad!

– ¡Tú eres gilipollas, joder! –Le contestó ella furiosa–. ¡Me hablas como si fueses el príncipe de Blancanieves! ¡Compórtate como un hombre, hostia! ¡Méteme un galleto, mándame callar y llévame a la cama para petarme el culo a cuatro patas como me merezco!

– ¡¿Pero qué dices amor?! Yo... ¡Yo jamás podría hacerte eso!

– ¡Pues entonces te quedas ahí y que te den! ¡Yo me piro sobar! – La Kornie se encerró en el camarote y se echó sola a dormir. El bueno de Norman, que era bueno pero también es verdad que el orgullo siempre le había podido bastante, pasó la noche entera en cubierta, aferrándose a los cabos por tal de no caer al agua y ser devorado por los temibles tiburones-culo que habitaban el mar del norte. Además,

en aquella época del año a los escualos les daba por llevar abrigo y, dicho sea de paso, sería una muerte verdaderamente ridícula perecer convertido en pasto de unos peces tan snobs.

A la mañana siguiente Norman amaneció enterrado bajo un aluvión de arenques, con la ropa aún empapada, apestando a sal y a sobaco de pescatera. Sonó el pestillo tras la puerta del camarote y de nuevo volvió a emerger el vapor pestilente que solía acompañar a la Kornie cuando ésta hacía acto de entrar en escena. Eso, y que fuera sacudiéndose el culo con un periódico en la mano, venía a significar que acababa de cagar.

—Pedazo de imbécil... ¡Anda que avisas! —Le recriminó ella señalando hacia babor— ¡Mira allí! ¡Mierda a la vistaaa!

En efecto, junto a ellos y sobre el nivel del mar, flotaba una montaña de mierda de vastas proporciones. Saludándoles al pasar, unos esquimales pequeños y sonrientes que debían habitar aquella montaña de mierda brincaban y hacían cabriolas mientras lanzaban caramelos de colorines tratando de acertar en la cubierta de su barco.

— ¡No los recojas! —Le advirtió su esposa, pues sabía de lo que estaba hablando—. Son los esquimales empollones del océano potágeno. Si recoges los caramelos que nos están lanzando lo interpretarán como un gesto de simpatía hacia ellos y vendrán a comerte la olla con las últimas adquisiciones de alta tecnología que hayan comprado en *Amazon*.

Como la Kornie era más tonta que un peo sudó de la advertencia que le hizo su marido y se puso a recoger caramelos como una posea. En consecuencia, los esquimales sonrientes abordaron el navío normando utilizando unas sogas y, antes de que Norman pudiera poner orden, los enanos trapisondos ya estaban follándose a su parienta en plan triple penetración: uno por delante, otro por el culo y el otro —que era el más retaco— le ponía la polla en la boca para que se sintiese totalmente sometida y apenas pudiese respirar.

– ¡Esquimales mongólicos e hijos de la gran puta! ¡Pues sí que empezamos bien! –El fastidiado capitán vikingon se pegó una palmetada en la frente y acto seguido bajó a la bodega descompuesto, primero para cagar y luego para hacer uso por vez primera de las armas de asalto que les había regalado la familia de ella con motivo de su recién contraído matrimonio.

– ¡Auxilioorghlfs! ¡Socorr-glooorghlfs! –Gritaba la Kornie asfixiándose entre la marabunta de pollas.

– ¡Putos esquimales del océano Potágeno! ¡Siempre estáis jodiendo a la gente humilde y trabajadora! ¡Venís aquí, y pretendéis quitarnos nuestros trabajos y nuestras mujeres! –Bramó el normando.

Después de cagar tiró de la cadena y se subió los pantalones sin reparar siquiera en limpiarse el ojate; lo que sí hizo fue colocarse un trozo de papel entre las nalgas a modo de parapeto, más que nada para no mancharse los únicos calzoncillos limpios que le quedaban.

\* \* \*

## **La insoportable levedad de tu puta madre montada a caballo con casco vikingo**

Cuán cruel disyuntiva se le presentaba al normando cuando éste comprendió que una situación tan drástica solo podía requerir medidas verdaderamente excepcionales. Nunca pensó que llegaría el día en que tuviese incuestionables motivos para utilizarlo... además, sabía de sobras que, en cuanto lo sacase de su blíster original, el dispositivo lanzallamas que recibió como dádiva de entre todos los presentes que se incluían en su lista de bodas se devaluaría de inmediato. Aun así terminó por concluir que no estaba dispuesto a prescindir del uso del lanzallamas en una ocasión tan sumamente indicada, pues emplear su portentoso poder de absoluta anquilación le sería de gran ayuda si lo que pretendía era extinguir, de un plumazo y de una vez por todas, aquella nauseabunda plaga de esquimales empollones del océano potágeno que acababa de abordar su barco y que en aquel preciso instante estaban trajinándose a la Kornie por todos los agujeros de su cuerpo.

Frente a él se encontraban los tres esquimales de mierda, de cabellos negros como el plumaje de los cuervos, vestidos con sus ridículos y tan populares abrigos de pelo y sonriendo como subnormales con sus mongólicas caritas de cobaya bobalicona donde salían a relucir dos inmensas paletas que parecían los dientes de un conejo. Norman, que no cabía en sí de la repugnancia, apuntó el intenso chorro de llamaradas directamente contra las piernas de los patéticos esquimales con ánimo de freírlos por completo.

– ¡Jodéos enanos de mierda, microbios de los cojones! ¡Largáos a cagar al iglú de vuestros putos padres! –Les decía exaltado y fuera de sus cabales.

Los parásitos fornicadores chillaban y barritaban rabiosos abrazados por el dolor, pero aun así se mantuvieron aferrados al cuerpo de la Kornie como garrapatas infectas. Tuvo que darles varias pasadas más con el fogonazo incendiario por tal de conseguir que se le despegasen del todo. Los malditos esquímales del océano potágeno eran duros de pelar, de eso no cabía ninguna duda pues parecían putas costras venéreas; quedaba claro que los muy cabrones preferían chillar y morir calcinados antes que desprenderse de su presa sexual. Eso sí, una vez los hubo achicharrado del todo, los corrompidos piojos del océano antártico terminaron convirtiéndose en carbonilla. Poco después el viklíngron barría la cubierta, devolviendo las cenizas de los chinches al mar, y le puso una manta encima a su mujer tratando así de evitar que la chavala pillase un mal resfriado.

– Korniekova, ¿estás bien? –Le preguntó él haciéndose descaradamente el macho.

–No... –Le contestó ella–. Me he quedado a medias... ¿Quieres que bajemos al camarote y follemos un poquito?

Por muy orgulloso y engreído que fuese, Norman no podía desaprovechar aquella ocasión que se le presentaba de fornicar y, como en el fondo era un romántico apasionado, bajó a su mujer en brazos hasta el camarote mientras le tarareaba al oído susurrando la canción de la película *Dirty dancing*. El normando puso su mayor empeño por tal de darlo todo durante el coito; entre tanto, Korniekova se distraía pensando qué color debía elegir para el vestido si se le presentaba una ocasión en la que tuviese que asistir al cóctel de una cena de empresa. Cuando se percató de la pasividad con que su compañera participaba en el acto sexual, retiró el miembro despacio y con sumo cuidado para luego sentarse al borde de la cama, llevándose las manos a la cabeza, completamente desesperanzado.

– ¡Pero qué haces! ¿Por qué me la sacas? –Se apresuro a reprocharle ella refunfuñando.

–No era así como me lo había imaginado –Se lamentó él, y tras un desalentador suspiro se bloqueó y se puso a contemplar el color del entarimado.

–Siempre pasa –Le dijo ella–. Ya sabías que esto no iba a durar para siempre.

– ¿Cómo dices? Pero... ¿Cómo puedes tirar así la tolla? ¡Si apenas llevamos seis meses juntos! ¡Y nos acabamos de casar! –Protestó.

–Ya, bueno... pero es que al fin y al cabo sólo accedí a casarme contigo porque eras buena persona. La verdad es que no me siento demasiado atraída por ti.

– ¡Pero! ¡¿Cómo puedes haber sido tan falsa y tan hija de la gran puta?! ¡Y yo que he pasado de aquel enjambre de tías buenísimas sólo porque creí que contigo iba a ser diferente! ¡Pensé que íbamos a ser tú y yo contra el mundo... como Bonnie and Clyde o como Jane Burnham y Ricky Fitts!

Ana Korniekova se echó a llorar, pero no porque le importase una mierda lo que estuvieran hablando sino porque las situaciones violentas le incomodaban hasta el punto de agobiarse muchísimo. Ella le abrazó mientras él permanecía firme como un tronco, luego le lloró sobre el hombro poniéndole ojos vidriosos de Bambi y finalmente le dio un beso empapado en lágrimas de exasperada y desmedida pasión que le dejaron un regusto amargo y salado en los labios.

–Santa madre de Flómar, lo siento de veras. No quería hacerte sentir tan mal –Rectificó él.

– ¡Buuu-húuu-húuu! –Lloraba la Kornie– ¡Tú ya no me quiereees!

–Que sí mujer, que sí que te quiero –La consoló.

– ¡Buuuu-húuu! ¡Que nooo!

–Anda, va... –Le dijo tratando de ser amable–. Ya verás como lo arreglamos. Al fin y al cabo no ha sido más que una discusión, todas las parejas las tienen... incluso Paul Newman discutía con su mujer.

– ¿Ah sí? –Le preguntó ella mirándole directamente a los ojos, con la cara descompuesta de tanto llorar y con la barbilla arrugada y temblorosa por la angustia.

–Que sí, mujer. Anda... ve a secarte las lágrimas que me sabe fatal verte así de mal.

– ¡Buuu-húuuuuu, te quieroooh! –Le gritó ella en todo el pabellón auditivo.

–Y yo también, Korniekova... Y yo también.

Aquella noche durmieron juntos en el camarote, pero sin follar. Nórman se quedó mirándola durante horas, Ana se había dormido con una extraña sonrisa de satisfacción que le daba un aire entre sensual y siniestro. A la mañana siguiente el barco atracó en la costa de Despeñatruños de la frontera –actual Bakkaffjörður– y él se levantó temprano a exprimir un zumo de naranja natural para tenerlo preparado antes de que Ana se despertase.

–Nena, ya hemos llegado –Le susurró él plácidamente mientras levantaba con sumo cuidado la persiana del camarote.

– ¡Buuu-uuuufs! ¡Joder ya! ¡Déjame dormir, pedazo de cabrón! ¡Me cago en la hostia! –Protestó ella dándose la vuelta y cubriéndose hasta la cabeza con la sábana.

Proveniente de debajo del gurullo de mantas se escuchó un peo amortiguado y poco después la muy guarra se echó a reír como una energúmena. Norman, que metafóricamente se había bajado los pantalones la noche anterior y puso todo cuanto pudo de su parte por tal de resolver el conflicto, se encontraba con que su pequeña esposa no era más que una cerda manipuladora, chantajista emocional y encima se pegaba peos flatulentos con total alevosía en toda su cara. Por un momento se imaginó su escena sexual preferida de otra forma: les visualizó a ambos haciendo un sesenta y nueve, pero que en lugar de chuparse sus respectivos genitales se pegaban peos el uno al otro en las caras. La imagen resultó tan sórdida y degenerada que se

le atragantó la nuez y por poco no se le escapa un lagrimón del quince.

Abandonando ya toda ilusión de júbilo por lo que respecta al matrimonio, Norman le tiró el zumo por encima a su compañera y volvió a bajar a la bodega para cargar el lanzamisiles.

KORNIE: ¿¿Pero qué haces gilipollaaas?! ¿¿Pero tú estás loco o queee?!

NORMAN: ¡Me cago en tu puto padre, zorra de mierda, que en mal día me obligó a casarme contigo! ¡Eres más puta que las conejas de Tailandia!

KORNIE: ¡¡AAAAH!! ¡¡Socorrooo!! ¡¡Violenciaaaaaa!! ¡¡Violenciaaaa!!

Justo cuando la Kornie dejaba de gritar se escuchó un tremendo estrépito, poco después los listones del navío crepitaron bajo el agua y una violenta sacudida hizo brincar todo cuanto había en el camarote: las botellas del mueble bar se estrellaron contra las vitrinas de cristal; los libros se precipitaban desde sus estanterías como si fuesen fichas de dominó; la puerta de la nevera se abrió derramando una gran cantidad de latas y de cubitos de hielo por la tarima; la Kornie y todas las mantas que llevaba encima salieron volando por la ventana; Norman cayó al suelo de culo y sobre su cabeza se entreabrió la portezuela del armario donde guardaba su pesada bola de jugar a los bolos. Como era de esperar, esta rodó hasta estamparse a pocos milímetros de sus huevos. El normando suspiró aliviado; acto seguido se puso en pie y subió a cubierta para ver qué coño era lo que estaba sucediendo. El navío acababa de embarrancar contra unos escollos a pocos metros de la costa. Frente a él, una marabunta de tíos gordos y melenudos que venían corriendo medio en pelotas desde la playa pretendía socorrer a la niña llórica que pedía auxilio. Eran los normandos apestosos, sí, y al igual que los esquimales empollones del océano potágeno también venían con clara intención de follarse a su parienta. Norman estaba ya hasta los mismísimos cojones, así que colocó el lanzamisiles apoyado sobre el mascarón de proa y apuntó

directamente contra el pecho de Baldufo88, que era quien encabezaba la revuelta vikinga y que además guardaba cierto parecido con el padre de Vicky el vikingo.

–Esta vez me la vais a pagar, mamones –Sentenció el normando.

– ¡¡Zoufffff!! –Zumbó el lanzamisiles. Segundos después el proyectil impactaba contra el tumulto convirtiendo la masa vikinga en un hemorrágico estallido donde brazos, piernas, cabezas y torsos volaron en todas direcciones.

– ¡JÁ JA JA JA! –Rió histéricamente y, por qué no, de forma un tanto sobreactuada–. ¡Iros todos a la mierda, hijos de la gran puta!

Aún estaba celebrando su triunfo cuando el normando divisó a lo lejos aquel gurullo de sábanas y mantas en el que se encontraba envuelta la Kornie, corriendo con desespero en dirección hacia los cadáveres. A través de sus largavistas pudo ver cómo la muy puta se abalanzaba sobre el amasijo de despojos humanos, dispuesta a hacerse un *gang bang* con los pocos supervivientes que quedaban tras la explosión del obús.

–Bastarda hija de la gran puta... ¡te vas a enterar! –Esta vez dirigió el cañón directamente contra su culo mientras la puta andaba montándose un *menage* con los sucios vikiñgongs, que apenas tenían escrúpulos como para lavarse la polla antes de meterla en caliente. Norman disparó con todo su odio contra la tórrida escena y, tras el estallido de aquel segundo proyectil, los cuerpos de los normandos detonaron explosionando en un nuevo salpicón de sangre, vísceras y miembros amputados. Sin embargo, Ana Korniekova continuaba allí, impasible, pidiendo sexo a gritos como una loca enajenada entre los torsos desmembrados, buscando pollas por el suelo igual que si fuese una enferma mental.

– ¡SOY LA PUTA SUPREMA! ¡LA PUTA MÁXIMA! ¡JÁ JA JA!

– ¡Jamás acabaré con ella! –Se lamentó el normando– Debe de ser una especie de mujer biónica, un cyborg sexual o algo por el estilo.

Pese a que estaban casados por el rito de la iglesia ortodoxa gitana y toda esa mierda, Norman decidió levar anclas y abandonó la isla antes de que la ramera biónica pudiese alcanzarle. De la playa emergió un descomunal y devastador geiser sanguíneo mientras la puta de la Kornie, alegre y en pelotas, bailaba la danza de la lluvia entre medio de aquel encarnizado y sangriento genocidio normando. Tampoco tenía perdón de ningún dios el que la muy zorra luciese ahora un collar hecho con las pollas que iba recogiendo por el suelo y se hubiese pintado la cara en plan indio comanche utilizando las cenizas y la sangre de los difuntos viklínongs. Finalmente se puso a cantar, tratando de emular a una tonadillera... pero con tan desatino que el chirriante timbre de su voz ahuyentó a los delfines y volvió locos a los peces hasta el punto en que éstos saltaban hacia la orilla por tal de suicidarse.

Norman, el último normando, hízose nuevamente a la mar. Y aunque en un primer instante se propuso como objetivo reunir a todos los varones heterosexuales que quedasen en el mundo, finalmente optó por ser egoísta de una puta vez; se convenció a sí mismo que debería procurar sólo por él y que a todos los demás podrían darles mucho por el culo. Así pues emprendió rumbo hacia San Petesburgo, decidido a vivir de puta madre y follar sin descanso con todas aquellas rubias eslavas sedientas de sexo que le esperaban allí. La Kornie, por su parte, instauró su propia forma de anarquía en Isla Pelunga (antes Islandia). Su doctrina anarco individualista promulgaba, así a grandes trazos, que básicamente debía hacer el indio, quemar contenedores y berrear como una loba en celo mientras se masturbaba frotándose la pepa del coño con los atunes que traía el oleaje. Según se cuenta, Korniekova sobrevivió en Pelunga seis meses más alimentándose sólo a base de plátanos y colas de rape hasta que al final se enamoró de un malagueño por el chat y se fue a vivir con él, conven-

cida de que había encontrado al verdadero amor de su vida: Un tío que se pasaba el día pelándose la y cagando.

Y bueno, supongo que estaría bien que el capítulo terminase así, porque más o menos podríamos decir que la cosa acabó bien para todos... pero lo cierto es que acabó bastante mejor pues, años más tarde, rebuscando por el *Facebook*, Norman se enteró de que el malagueño en cuestión le pegaba unas palizas de ordago y, claro, no nos vamos a engañar... el normando se alegraba sentidamente de que la puta de su ex mujer se hubiese llevado, como mínimo, una buena y merecida hostia por imbécil. Kornieкова y el malagueño comenzaron una nueva vida en común, hipotecándose para comprar un piso en Marbella, adoptaron un perro y todo eso... pero vamos, que a la larga se descubrió que Polculo Torrefacto, su compañero de parafiliías, resultó ser un auténtico hijo de puta que la hostilizó mortificándola hasta el punto en que, después de que hubiesen cortado cuando por fin ambos cayeron en la cuenta de que eran igual de subnormales e insoportables, tuvieron que vivir juntos bajo el mismo techo mientras él se follaba a otras tías delante de sus narices; además, le transmitió también seis tipos diferentes de enfermedades venéreas –entre ellas la sífilis, la gonorrea y el virus del papiloma humano– y encima atropelló a su perro cuando echaba marcha atrás con el Talbot. En fin, una desgracia total... aunque para Norman, que era hombre de buen espíritu, la vida le volvió a sonreír devolviéndole a la hermosa bahía de San Petersburgo. Nuevamente, las mujeres calentorras con tetas gordas y culos de infarto le recibían tras desembarcar haciéndole unas buenas cubanas y unas mamadas a dos bocas de las de quitarse el sombrero.

– ¡No voy a volver a echarme novia en la puta vida! –Afirmaba desde su cama con rotundidad, rodeado por cuerpos de mujer que retozaban desnudos contra él rezumando un caliente vapor de estrógenos que le hacía sentirse como en casa. Además, gracias a su propia

experiencia, aprendió una importante lección en la vida: Que sí, que estará muy bien tener aficiones en común con tu mujer y todo eso... pero creedme cuando os digo que no hay que caer en la trampa ni ser tan mamarracho. No le pidáis a vuestras novias que compartan los mismos gustos musicales que tenéis vosotros, ni las obliguéis a ver ese tipo de películas que tanto os molan, ni las coaccionéis para que se pasen la tarde entera en un bar con vuestros colegas privando, pegándoos eructos y viendo los partidos de liga. No pretendáis que vuestra novia sea también vuestro mejor amigo, pues para hacer todas esas cosas ya están los colegas.

‘Los amigos son los amigos y las novias son las novias’.

\* \* \*

## **Descendencia garrula - Epílogo**

Tras abandonar el camino que emprendieron juntos, Norman el normando se separó definitivamente de la puta de su mujer trasladándose de nuevo hasta San Petersburgo donde una vez allí tuvo más novias que Hugh Hefner y, transcurridos diez años de cópula desenfrenada, engendró cuatrocientos cincuenta guachos de sus cuarenta mujeres: Romi, Michi, Nadia, Mia, Gia, Sasha, Suzzany, Melina, Aliya, Kristina, Larissa, Ilona, Ivetta, Irina, Katrina, Stella, Sabrina, Kimberly, Bianca, Patricia, Alexia, Allanah, Safiya, Viktoria, Morelle, Stacey, Lacy, Roberta, Danielle, Ivonne, Marlenne, Morocha, Naomi, Leticia, Juliana, Latoya, Rebecca, Thais, Vanity y Beth. Tenía pensado nombrar también a sus cuatrocientos cincuenta hijos... pero para que no digáis que lleno el libro con tonte-rías tan sólo destacar que todos ellos llevaron el apellido de su padre, Norman el Cuso.

Como medida preventiva ante la inminente propagación más allá de las fronteras de Austria de una pandemia que, por contagio sexual, convertía a la gente en indómitos maricones [aún no se conocía el virus del VCHA como tal] Norman el Cuso afeitaba las cabezas de sus hijos a cuchilla dos veces por semana para que así se distinguieran radicalmente de la estética que por aquel entonces solían lucir los maricones del espacio: el corte de pelo a capa, repeinado o engominado. Como no le llegaba la pasta para uniformar a tantísimos críos –uno de tantos inconvenientes– les vestía con ropa de saldo y uniformes roñosos del ejercito español que terminaron por convertirse en la indumentaria característica de los jóvenes cusos: camisetas blancas, que por su color venía a significar que estaban limpios de todo contagio, con eslógenes propios de la construcción como ‘Pinturas Manolo’, ‘Pavimentos Revipa’ o ‘Frío industrial José Luis Chiva y asociados’; pantalones militares o tejanos lavados con lejía,

porque sus madres estaban muy buenas pero no eran demasiado pródigas con las labores del hogar; y zapatillas deportivas Adidas, que eran las que más molaban por aquel entonces y que pudieron conseguir desvalijando un camión de mercancías antes de que éste, accidentalmente, se incendiase. Igual que no les llegaba la pasta para comprarles ropa a tantos críos, tampoco tenían recursos suficientes como para pagarles los estudios en la universidad complutense... así que la familia Cuso puso sus retoños a trabajar en la obra con la temprana edad de veinticinco años. La mitad de ellos emigraron hacia Estonia para plantar alcohol y la otra mitad se hicieron albañiles, lampistas, aparejadores, almacenistas, pintores, carpinteros, torneros, marmolistas, yeseros, oficiales de primera y controladores portuarios. A aquellos jóvenes cusos que crecieron en un entorno aciago y hostil, con una fuerte demanda de género femenino y con un futuro más penoso que al que le dio por cortarse las uñas de los pies con los alicates, pronto se les agrió el carácter y fueron conocidos en todos los bares de copas como 'los agrios' o 'la raza agria' porque gastaban muy mala hostia, iban vestidos igual y más que un clan parecían ya una etnia. Con las primeras frustraciones derivadas de la angustia existencial durante la adolescencia comenzaron las primeras ondanadas de violencia callejera; los cusos se reunían por las tardes en los parques, ahuyentaban a los ancianos y luego comenzaban a privar. Durante horas se iban poniendo hasta el culo de marlotina y bastaba con que alguien les mirase mal o les rozara un brazo para que se les girase la olla y empezaran a repartir tremendas palizas a diestro y siniestro.

El primer disturbio de embergadura tuvo lugar en el barrio de San Roque y comenzó una tarde cualquiera cuando Miguel Ángel Cuso, Víctor Samuel Cuso, Ismael Cuso y Caín Cuso se reunieron en las escaleras de uno de los puentes de la autopista para hacer el bottellón y escuchar a los Bísnes y a los Cócni réyects [Se refieren a *The*

*Business* y a los *Cockney rejects* – n. del trad.]. Un individuo anónimo que bajaba a toda prisa les pisó sin darse cuenta una de las bolsas de Ruffles que los chavales estaban guardándose con recelo para cuando terminasen de fumarse sus porros y ese fue el principal desencadenante de la reyerta.

CAÍN: ¡¿Pero qué haces pedazo de anormal?! ¡¿Estás tonto o es que la mamas de canto, gilipollas?! –Le increpaba el joven cuso.

GILIPOLLAS: ¡Mira pelao... que si te piso las patatas pues te jodes! ¿Me entiendes lo que te digo? –Le respondió el nota en claro ademán de vacilarle.

En cuanto el tío trató de reemprender la marcha Caín Cuso se levantaba de sopetón para soltarle al pavo una hostia tremenda que le sonó en la cara como cuando sacuden un pulpo contra el mármol de la cocina para hacerlo a la gallega. Justo después, Víctor Samuel Cuso le estampó una botella de cristal en su puta coronilla y acto seguido los otros dos hermanos se lanzaron contra él como hienas salvajes para meterle un chorreón de patadones en los huevos que al gilipollas aquel debió parecerle que le estaban asfaltando por encima.

– ¡ÁÁAH! ¡AAÁARGH! –Gritaba el inútil muerto de miedo.

– ¡Maricóóón! ¡Hijo la gran putaaa! –Le insultaban con rabia los jóvenes esquíns.

En cuanto terminaron de sacudirle su buena somanta palos los cusos pillaron al imbécil en volandas y lo tiraron directamente al depósito del camión de la basura. Los muy zanguangos estuvieron partiéndose el ojal a su costa mientras contemplaban al payaso aquel, chillando y marraneando, a la vez que se hundía junto con las demás bolsas de desperdicios dentro del triturador. Las risas se acrecentaron en cuanto comenzó a oírse el lamento gitano del muy capullo entre el crujir de sus miserables huesos. Luego, cuando ya se aburririeron del tema, los cusos fueron otra vez al colmado de los paquis para pillarse más bolsas de patatas, aunque esta vez decidieron que serían

Doritos en lugar de Ruffles. Y así fue como los cusos comenzaron a labrarse su reputación de esquinjeads violentos a golpe de mamporro. En todos los puntos de la comarca se registraban importantes disturbios a partir de las cuatro de la tarde y el aullar de las sirenas de los coches de la policía se escuchaba sin cesar durante el resto de la noche de los viernes y de los sábados. La emergente prensa gay colmaba sus portadas con fotos de los cusos dándoles de hostias a los travestis portuarios o lanzando sillas contra los escaparates de las peluquerías unisex.

Norman, orgulloso del legado anti-homosexual que germinó de su propia prole, convocó a todos sus hijos en el vigésimo noveno aniversario de su regreso a San Petersburgo y les invitó a cenar en un restaurante chino buffet libre –de esos que ahora les llaman *wok* para disimular–, convencido de que debía aleccionarles con una clase de vital importancia acerca de los peligros que les acechaban provenientes de la Europa occidental. La verdad es que no le iba demasiado el rollo de comer en un chino... pero sin duda era la mejor opción cuando pretendías pagarles la cena a cuatrocientos cincuenta comensales que tragaban como auténticos cerdos.

Antes de tomar la palabra, el patriarca se pegó más de media hora para dominar los altercados que se estaban produciendo junto a las bandejas de calamares rebozados y fideos fritos. Una vez que se dispararon los primeros botes de humo todos los chavales tomaron asiento en sus respectivas mesas. Entonces Norman encendió el megáfono y se pronunció:

NORMAN: ¡Hijos míos, colocad ambas manos sobre la mesa y depositad las armas automáticas que llevéis encima dentro de los cestos que os facilitarán los gorilas vestidos de camarero!

NAVARCLES CUSO: ¡Joder pápa! ¡Cada vez te lo montas peor... el año pasado nos llevaste a una mierda de bar de tapas y este año a un punto chino buffet libre!

«Un inciso: Si os parecen chorras los nombres de los hijos de Norman el normando... tratad de encontrar cuatrocientos cincuenta nombres distintos y si eso luego ya me lo contáis.»

NORMAN: ¡Pero mira que llegáis a ser desagradecidos de mierda! –Les reprendía hablando a través de su megáfono– Que siendo cuatrocientos cincuenta troles como sois... y a diez pavos por menú... ¡Vamos! ¡Que me paso el año entero ahorrando para cuando tengo que invitaros a cenar, cojones! ¡Que llevo más de una década esperando para comprarme la moto y no dejáis de sangrarme la vida! Me voy a morir de viejo y ni siquiera habré ahorrado lo suficiente para poder pagarme la gasolina.

PARMÉNIDES CUSO: ¡Pues te jodes, coño! –Protestó su hijo lanzando un puñetazo sobre la mesa– ¡No te quejes que tú te pasas el día follando con nuestras madres como si fueras el puto rey de la selva! ¡Y que vives mejor que quieres, mamón!

NORMAN: Por eso, hijos míos, es precisamente por lo que os he reunido hoy aquí... –intervenía relamido–. Todos estos años de folladas interminables han debilitado prematuramente a vuestro joven padre, que a sus cincuenta se encuentra ya más petao que los hijos de Máiquel Yábson [Se refiere a Michael Jackson – *n. del trad.*].

ESTÉRRIDO CUSO: Bueno pápa... pues suéltalo ya, que das más vueltas que un manco remando y nosotros hemos quedao luego para ir al Chasis a ver si mojamos.

NORMAN: ...Como os decía, por fin ha llegado la hora de que os hable acerca de un tema que será de vital importancia para todos vosotros...

SECULÁNTERO CUSO: ¡Pápa! ¡¿Nos vas a hablar de sexo?!

NORMAN: ¡No, pedazo de soplapollas, y dejad ya de interrumpirme! ¡Os voy a hablar de los maricones del espacio!

MEANDRO CUSO: ¡Ja ja ja, anda pápa! ¡Pero qué imaginación que tienes, joder! ¡Que los maricones no existen, coño! ¡Que eso es una puta mentira! ¡Que todo el mundo lo sabe!

NORMAN: ¡Vosotros, malnacidos! ¡Osáis llevarle la contraria a vuestro pobre padre... que os compró las bambas dos tallas más grandes para que pudieseis llevarlas toda la vida!

SECULÁNTERO CUSO: ¡Anda ya, mentiroso! ¡Farfollas! Que nos dijo la máma Karen que las bambas esas las robasteis de un camión con los primos del Picasa... ¡Que eres el hazmerreír del alzheimer, pavo!

SOBRADIEL CUSO: ¡Eso! ¡Que eres más tonto que mi polla!

BARRAGÁN CUSO: ¡Eh, mostachos! ¿Te acuerdas de las pavas aquellas de la Puzzle que nos las follemos?

MOSTACHO CUSO: ¡Ah sí, que tú te follaste a la gorda!

PIMENTEL CUSO: ¡Anda ya, fulleros! ¡Que vosotros no habéis follao ni de coña, cabrones! ¡Que me estáis trolando!

PORRETE CUSO: ¡Ja ja ja!

NORMAN: ¡Hay que ver, pero qué gitanos, garrulos, canis de mierda que llegáis a ser! ¡Me avergüenzo de ser vuestro puto padre! ¡Iros todos a tomar por el culo y ojalá que os empeluquen en un callejón mugriento que huela a gofres y a meaos! ¡Desagradecidos! ¡Facinerosos!

RUDÚCULO CUSO: ¡Que te follen, papoyas! Nos piramos a meter... Ya nos vemos el año que viene si eso.

MAMÓNIDES CUSO: ¡Venga pavo... ahí te quedas con tus polladas! ¡Járcoooooor! ¡Ja ja ja!

Los cuatrocientos cincuenta hijos de Norman el normando recogieron sus cosas y se largaron, dejando al patriarca más solo que una mierda y con los chinos acechándole con la mirada para que no se le ocurriera largarse sin pagar. Poco después la explanada donde estaba el aparcamiento se quedó más solitaria que el desierto de los Monegros.

NORMAN: ¡Hijos de puta... pequeños cabrones... desagradecidos de mierda! Son sangre de mi sangre y son todos unos gitanos garrulos canis de los cojones, con sus coches tuneados, su música esa que no tiene ni guitarras ni nada, sus rayas, sus cubatas, sus pirulas... ¿Qué coño habré hecho yo para merecer esto?

MORELLE: ¡Pues follar como un cabrón con todas nosotras, tigre! —Le contestaba su mujer—. Por cierto, Ivetta, Irina, Katrina, Stella, Sabrina, Kimber, Bianca, Vanity, Patricia, Alexia, Allannah, Karen y yo estamos de semana fantástica esperando a que nos des lo nuestro y lo de nuestras primas.

NORMAN: ¡Ay de mí, encima eso! ¡Que me paso el día follando como un cabrón y no tengo tiempo ni para echarme un vicio a la consola!

IVETTE: ¡Mira, pues te jodes moreno! ¡Y sácate la chorra ya o nos vamos con los moros!

MORELLE: Con los moros no, por favor... que son unos cansinos.

\* \* \*

**MOMENTOS DE LUCIDEZ  
INTROSPECTIVA**

## **¡LA VIDA NO ESPERA A NADIE, GILIPOLLAS!**

Poco menos de un mes después de mi decimonoveno cumpleaños estrenaron en cartelera *American Beauty*, creo que me decidí a verla tras leer la crítica en el periódico o en alguna revista de estrenos. Nunca iba al cine solo así que, aprovechando la situación en la que me encontraba por aquel entonces, decidí llamar a Sandra por si le apetecía venir conmigo a verla.

A Sandra la conocí por casualidad, semanas antes de comenzar a salir con Sebo. Con Sandra viví durante algún tiempo esa fase en la que disfrutaba extrañamente de su sola compañía, pero con los días y mis reflexiones pude caer en la cuenta de que algo no andaba bien, es decir, yo esperaba ‘algo más’ y ese algo no llegaba. Habíamos quedado ya tres o cuatro veces seguidas y, la verdad, lo pasaba bien con poco que me diese pues la falta de cariño que arrastraba conmigo después de tantos años de soledad se consolaba ante cualquier mínima expresión de amistad o de acercamiento por parte del género femenino. Aun así no comprendía qué estaba sucediendo; no sabía cómo comportarme, si debía ser yo quien diese el paso definitivo para formalizar algo o si por el contrario lo estaba haciendo bien y debía mantener una buena amistad a la espera de ese ‘algo más’ para cuando la relación se consolidase.

La llamé a las cuatro desde el móvil de mi madre, le comenté lo de la película y por lo visto le pareció un buen plan, me dijo que vendría con su amiga Ana. Luego decidimos la hora del encuentro y la sesión a la que íbamos a ir. Ya tenía una nueva cita. Colgué el teléfono y me metí en la ducha con una sonrisa de ilusión que incluso me dolía la cara debido a la tensión que soportaban mis músculos faciales. Estoy seguro de que mientras me duchaba le andaba dando vueltas a lo mismo de siempre, me explico:

Yo no estaba seguro de si ella me gustaba –qué estúpido me resulta ahora–, en realidad estoy convencido de que no me gustaba del todo, pero salir con ella era lo mejor que me había sucedido en el terreno amoroso después de diecinueve años siendo completamente ignorado por el resto de la humanidad femenina. A excepción de la gorda, claro está... pero vamos, que esa no cuenta.

Para que os hagáis una ligera idea, Sandra era una chica morena, bastante alta y a su vez esbelta, corpulenta pero no obesa, de cabello largo, ondulado y brillante. Resultaba muy agradable, pues procuraba lucir en todo momento una bonita y amplia sonrisa. Sus ojos color castaño –lo que antes se conocía como ‘marrón’– endulzaban un rostro de rollizas y sonrojadas mejillas. Era algo mayor que yo, tan solo unos pocos meses. Tenía el pecho acorde con su físico, ni mucho ni poco. Recuerdo que no tenía demasiado culo y eso le restaba puntos frente a un verdadero amante de las caderas anchas y los culos regordetes, como es particularmente en mi caso.

Sandra no parecía ser la chica que estaba esperando. Cuando era pequeño me había enamorado en tantas ocasiones que sabía discernir perfectamente cuándo me encontraba encandilado y cuándo no... Pero a la vez me sentía tan solitario y apático que la percepción sobre el estado de mis sentimientos se contrariaba. Así pues sólo me dejé llevar, fui tirando... y conocerla resultó una de las experiencias de las que estoy más agradecido en mi vida porque aprendí mucho junto a ella. En ocasiones lo pasé mal, sí... pero sigo pensando que me aportó más de lo que con mi amistad pude pagarle.

Llegué al cine poco antes que ellas. Cuando me encontré frente a la puerta volví la vista atrás y en ese momento aparecieron al final de la calle. Las recibí, tan simpático como solía mostrarme entonces; tenía motivos para estar contento y lo manifestaba así, sonriendo tanto como me era posible, eso lo había aprendido de Sandra. Cada

una me dio dos besos; sólo el roce con sus perfumes y la suavidad de sus mejillas en contacto con las mías ya me resultaba suficiente regalo por un solo día. Sí, se que suena muy moñas y muy exagerado... pero es que eran precisamente esas pequeñas cosas las que alimentaban mi esperanza cuando aún no conocía las reglas del juego. Continúo, que ya me ando por las ramas otra vez, como de costumbre.

La sala donde iban a proyectar *American beauty* era la más pequeña de todo el cine, algo inusual para una película de estreno y más teniendo en cuenta que la crítica la aplaudía tanto. Al llegar me senté a la izquierda de Sandra; Ana se sentó a su derecha. Mientras esperábamos a que empezara la proyección prácticamente nos habíamos terminado ya las palomitas. Estaba a punto de comenzar la sesión y allí no había casi nadie. Miré a Sandra y me sonrió divertida, luego dirigí la mirada a la penumbra de la pantalla neutra y rebúsqué entre las conversaciones que habíamos mantenido últimamente para ir atando cabos.

Por lo que sabía de Sandra, ésta había mantenido una relación de peso un par de años atrás y, por lo que me dejaba intuir, aquel no fue el primer tío con el que salía, ni el segundo, ni el tercero... No sé, pero estaba claro que ella conocía mucho mejor que yo lo que eran las citas y veía las relaciones de otra manera a como me las imaginaba por aquel entonces. Por mi parte siempre pensé que lo común era comenzar una amistad con la chica que te gustase, mostrarte cortés durante algún tiempo manteniendo una justa distancia para no parecer desesperado y luego, a medida que se fuese gestando la empatía y la confianza, llegaría el momento de los besos y de los cálidos encuentros sexuales primerizos. Primerizos serían los míos, pues al parecer ella ya había mantenido tantos que le daba para una buena tarde hablando únicamente de sus experiencias en ese ámbito.

Las luces se apagaron, comenzó la película y yo abandoné mi abstracción para centrarme en el argumento. Creo que suele suceder así: cuantas más expectativas pones sobre una película peor, pues ocurre que si no son exactamente como las esperas te decepcionan. En este caso no tenía ni idea de qué iba a ver ni sobre qué trataba en realidad *American Beauty*; perdón, me corrijo, sí que debía saber sobre qué trataba pues lo leí en la sinopsis, lo que desconocía era la singular maravilla que se escondía tras el cartel de la chica cubierta de rosas. Sólo llevábamos la mitad y ya me resultaba sublime. De vez en cuando intuía miraditas de Sandra; creí inocentemente que estas se debían a que la trama le estaba cautivando tanto como a mí, luego pude darme cuenta de que no era el caso, lo descubrí gracias a la escena de la hermosa danza de la bolsa de plástico.

Ricky Fitts es el personaje más misterioso, excéntrico y controvertido de *American Beauty*, el chico con la cámara de video. Al comienzo de la película las protagonistas lo definen como un bicho raro y es lo que aparenta ser. A medida que se suceden los acontecimientos su personaje crece, y lo que parecía que iba a ser sólo el papel de un secundario extravagante acaba por convertirse en uno de los centros de la trama, sobre todo cuando nos abre las puertas de su corazón a través de los videos que graba constantemente. Ricky se enamora de Jane, ella se ve atraída por el misterio que le envuelve y termina por corresponderle en cuanto conoce su inmensa sensibilidad. Una noche, después de hacer el amor, él se ofrece a enseñarle “lo más bonito que ha grabado en su vida”. La siguiente escena nos muestra a los enamorados contemplando atónitos frente al televisor cómo vuela una bolsa de plástico común... que abandonaba su condición de mero material de escombros para convertirse en una grácil bailarina llevada a merced del capricho de los vientos.

En aquel instante los pocos espectadores que ocupaban la sala estallaron en estruendosas carcajadas que me desgarraron por dentro.

– ¡Pero si sólo es una bolsa! –Exclamó Sandra mientras se cachondeaba de la singular imagen.

Yo también estaba allí, pero resultaba evidente que no veía en la escena lo mismo que veían ellos. Me sentí ofendido y en adelante no supe disfrutar del resto de la película. Aquello que pretendía ser sólo un comentario ocurrente decretó la debacle sobre cuantas esperanzas había puesto en mi primera relación.

Se encendieron las luces y yo salí en silencio, tratando de evitar que llegase a mis oídos aquel murmullo que arrastraba las impertinentes apreciaciones de quienes compartían su indignación tras haber visto *American Beauty*.

–Vaya mierda... ¿no? –Me indicó Sandra mientras sonreía. Seguro que llegó a la conclusión de que a mí me había gustado aun cuando al resto de los asistentes, obviamente, les había parecido una basura.

–Sí, menuda mierda... –Articulé, solo que ella me preguntaba por mi opinión con respecto a la película y yo le estaba hablando sobre lo que me sugería el resto de la humanidad. ¡Menudos orangutanes impotentes mentales de mierda!

– ¿Habéis visto aquella pareja que teníamos al lado? –Comentaba Ana divertida.

– ¡Sí, qué fuerte! –Le contestaba Sandra –. Ella se la estaba chupando mientras él se comía las palomitas.

–Estoy haciendo el primo. Soy un puto gilipollas –Les admití.

– ¿Cómo dices? –Me preguntó Ana.

–Nada... que la película era un truño como un puño.

\* \* \*

## **MIEDO A UN PLANETA GAY**

### **TERCERA PARTE**

## **LA MAYORIA DE LA GENTE SON UNA COMPLETA PÉRDIDA DE TIEMPO**

Cualquiera podría pensar de mí que soy de esas personas que me paso el día entero quejándome. De hecho, no creo que llegase a caminar mucho más de veinte minutos cuando caí en la cuenta de que me sentía como hastiado de vivir... y eso que se supone que por aquel entonces estaba comenzando lo que debería ser la mejor etapa de mi vida. “Si te gustó la escuela, te encantará el trabajo”, recordé para mis adentros mientras avanzaba a través de los infaustos extrarradios de Yímbale, procurando evadirme de los constantes lamentos del Porras que no dejaba de jadear y resoplar completamente sofocado y empapado por el sudor. Apenas llevábamos cinco minutos andando a paso ligero cuando el gordo, con toda la lengua fuera igual que si fuese un galgo, se arrastraba ya por los suelos rezumando manteca y tocino. Parecía que estuviera deshaciéndose como un tarugo de mantequilla a pleno sol y que, además, apestaba tanto a vinagre que inducía fácilmente a la náusea. La primera vez que escuché su resuello de pura asfixia me di la vuelta para observar qué era lo que le estaba sucediendo; Porras se llevaba la mano contra el pecho y, mirando hacia la calzada con los ojos saltones, simulaba vigorosas arcadas y angustiosos impulsos de ahogo en continuo ademán de que iba a echar la raba.

– ¡Polla!... ¡Arf, arf!... ¡Polla, por... por favor! ¡Arf, arf, juarghfs!  
¡¿Podemos parar... bu-uurghfs... un momento... por... por favor?!

– ¡¿Quieres dejar de quejarte tanto?! ¡Pero si no hace ni cinco minutos que hemos comenzado a andar! ¡Compórtate como un hombre, cojones! –Le recriminé.

– ¡Arf, arf, aarghfs!... ¡Pero es que yo... yorgfs... no-uuurghfs... no puedo! ¡No puedo... arghfs... más! ¡Flato! ¡Urhfs! ¡Por favor!

–Mira gordaco –Le decía–, es probable que tú no tengas nada mejor que hacer... ¡pero son las seis y media de la tarde y yo sí que tengo algo mejor que hacer antes que estar escuchando tus lamentos de mariquita! Te recuerdo que he quedado a las siete para que me hagan una entrevista de trabajo... así que si no espabilas, por mí puedes quedarte ahí recogiendo tus putas mollas del suelo...

– ¡Eso, que se quede, que estoy hasta el coño ya de sus mollas! – Añadía Purria Prepucio indignada–. No te necesitamos para nada, maricón... ¡Vete a amasar pan con tu puto padre y déjanos en paz!

– ¡Y a ti te digo lo mismo, yonqui de mierda! –Le rebatí instantáneamente–. Si llego tarde será también por vuestra puta culpa, que habéis sido tú y el mongólico ese los que os habéis estado parando para follar a cada momento... y encima ahí, en medio de la calle y a plena luz del día.

–Sé perfectamente que es tu *Yo-policía* el que habla a través de tus palabras, Talentus –Argumentaba Purria.

– ¡Prubucú! –Añadía Monells asintiendo y cruzándose de brazos.

– ¿De qué coño me estás hablando, anormal?

–De tu *Yo-policía*, Talentus. Sí, sí, en mayor o menor medida todos tenemos un *Yo-policía* que nos dicta cómo debemos comportarnos en cada momento. Pero tú tienes que sobreponerte a él y combatirlo porque si no las fuerzas del orden moral te vuelven...

–*Tú-gilipollas* te vuelven, que estás de un imbécil subido que no te soporto. Putas drogas, Purria... ¡Putas drogas, joder! ¡Que tu vida es una farmacopia!

– ¡Aaaarf, aaargfhs! ¡Polla... no-urglfhs, no puedo! ¡De verdad... no puedo, aargfhs... de verdad! ¡Por favor! ¡Me está dando! Argfs... en serio... ¡que me dargfhs! ¡Que me está dando un soplo al corazón!

Si el chaval estaba gordo como un zollo, desde luego, no era mi puto problema. La culpa fue de su padre por ser panadero y haberlo alimentado casi exclusivamente cebándole a base de bollos preñados

desde el mismo día en que le salió su primer diente de leche. Si Nietzsche hubiese estado allí presenciando tan deplorable espectáculo probablemente no se lo hubiese pensado dos veces antes de soltarle un patadón al gordo en su grasiento culo por tal de tirarlo puente abajo. Con sus propias palabras: Los débiles y los malogrados deben perecer. Y es que tenía razón, uno pierde su fuerza y su pasión cuando compadece a los inútiles.

Por tal de distraer mi atención examiné minuciosamente los colosales edificios de obra vista que se alzaban junto a la autopista y que estaban dedicados a las viviendas de bajo coste. Comencé por cотillar la ropa tendida que ondeaba colgando en cada uno de aquellos balcones para ver si en alguno de ellos encontraba prendas de lencería atrevida; luego estuve admirando el impacto visual que me ofrecía aquella monumental aglomeración de persianas mugrientas, antenas parabólicas orientadas hacia los distintos puntos cardinales, toldos desteñidos por el sol con varios tonos color ocre amarillento, tendedores abarrotados de pantalones tejanos y camisetas blancas... Finalmente, terminé interesándome por las escenas de la vida cotidiana que la gente corriente ofrece a través de las ventanas de sus respectivos hogares. Me preguntaba si encontraría a alguien follando... pero eso nunca sucedía. Allí, hasta donde me alcanzase la vista, siempre encontraba a la peña viendo la televisión, poniendo la mesa, recogiendo la ropa, cenando... la sobriedad que transmitían cada una de aquellas secuencias me empujaban a pensar que aquello era una especie de bucle irremediable. “La mayoría de la gente son una absoluta pérdida de tiempo”, concluía. Lo único que era capaz de comprender contemplando aquellos repulsivos avisperos de ladrillo era que las familias de trabajadores tan sólo servían para engendrar a nuevos trabajadores que no tendrían otra finalidad en la vida más que la de buscar un empleo fijo y procurar cobrar a final de mes.

– ¡Aaaarghfs, aaaarghfs! ¡Talentus! ¡No puedo... no puedo más... de verdad! ¡Por favor! ¡Soplorghfs... aaarghfs!

–Mira Porras –Le dijo Purria fastidiada–, acabamos de llegar a la puta calle del Arzobispo Fimosis... ¡Ya puedes morirte en paz y dejar de dar por el culo!

– ¡Prubucú! –Intervenía Monells sonriente. Entonces el Porras se desplomó abatido, cayó de espaldas contra el suelo, jadeando espasmódicamente. Con cada una de sus patéticas exhalaciones el gordo emitía unos desagradables silbidos de fatiga. Parecía que le hubiese caído un cubo de agua por encima, pero lo que en realidad sucedía era que estaba cubierto por su propio sudor aceitoso.

– ¡Puto Porras! ¡Pero mira que eres putamente vomitivo! –Protestaba la lívida yonqui–. En toda mi vida jamás vi a un gordo tan repulsivo y nauseabundo como tú.

– ¡Aarfs, aarghfs! ¡La... la tengo... jeh, jeh, jeh... la tengo en el botergfhs! –Concluía el Parra satisfecho.

–Oye... –Le pregunté a la yonqui contrariado–. ¿Y tú cómo sabías que teníamos que venir hasta la calle del Arzobispo Fimosis?

–Em... pues... sí, porque me lo has dicho antes –Me contestó tratando de parecer absolutamente convencida de su respuesta.

–Pues yo juraría que en ningún momento habíamos hablado de ello... –Estaba seguro de que en ningún momento les había mencionado que me dirigía hacia aquella dirección, de hecho no tenía intención alguna de decirles nada porque no quería ni que me acompañasen. Aquellos encuentros, que se suponían fortuitos, comenzaban a escamarme.

–Mira Talentus –Me advirtió Purria, obviamente tratando de cambiar de tema–, ya hemos llegado. El número veintisiete lo tienes ahí delante.

Una vez más me temía lo peor. Se suponía que iba a presentarme para trabajar en una empresa seria, con lo cual yo esperaba encon-

trar un edificio modernista, acristalado, con palmeras enanas en la entrada y una secretaria rubia en la recepción. En lugar de eso me hallaba frente a un vulgar edificio de viviendas cualquiera, más bien tirando a cacarañoso. La entrada de la portería estaba hecha unos zorros, por no decir una puta mierda; en una esquina, junto a la puerta, habían amontonado unas siete u ocho bolsas de la basura que apestaban a pescado podrido. Sentada en el suelo, justo al otro lado, una mujer rumana de cejas pobladas que cubría su cabeza con un pañuelo floreado mecía a su bebé mientras este no dejaba de llorar gritándole a pleno pulmón. La mitad de los timbres del interfono tenían el botón quemado o colgando de un muelle... y yo deseé que el del Bajos-primera de la escalera izquierda estuviese, como mínimo, practicable para poder pulsarlo. Me pregunté qué coño hacía allí. Por un momento estuve a punto de darme la vuelta y largarme sin llamar, pero al volver la vista atrás me encontré con que el mongolo, la yonqui y el cebado sudoroso aguardaban expectantes a que hiciese sonar el timbre. Era de locos, pero vamos, poco más me quedaría ya por ver aquella semana. Después de buscar el Bajos-primera durante unos instantes encontré un timbre en la esquina inferior izquierda de la placa donde había un pequeño rectángulo de papel cuadriculado, pegado sobre la pared de ladrillo con cuatro trozos de cinta adhesiva, que rezaba lo siguiente: “Vidente musulmán”. Suspiré con desconsuelo. Obviamente, ante tal evidencia no podía estar equivocado.

– ¡Brée-ééep! –Crepitó el altavoz del interfono en cuanto pulsé el botón. A la rumana le entró un repentino ataque de tos.

– ¡Bróo-móooooorgfhs! –Bramó Monells tratando de imitar en tono el zumbido de aquel timbre. Purria y el sebáceo se empezaron a reír, luego les siguió el tarado y finalmente hasta la rumana se descojonaba mostrándome su boca infecta llena de mellas y muelas de oro.

Pocas pesadillas habré tenido en mi vida que fuesen ni la mitad de turbadoras que aquella grotesca visión, os lo aseguro.

– ¡Tréee-éeeec! –Sonó un zumbido chicharrero y me abrieron la puerta sin preguntar quién era ni nada. No cabía duda de que me estaban esperando.

– ¡Próoooh-móooorgfhs! –Volvió a bramar Monells. Las estúpidas carcajadas del gordo y la yonqui se repitieron también; la rumana tosía y el niño le vomitó la papilla encima.

– ¡Quita ya de aquí, joder! –Le espeté a la indigente mientras andaba apartándola con el pie. Ella me profirió lo que probablemente debía ser algún tipo de maldición gitana o tal vez fuesen insultos en polaco.

– ¡Suerte con la entrevista! –Me decía Purria con su ensayada voz de politoxicómana garrula–. Nosotros nos quedamos aquí a esperar-te, que a mí me hace falta practicar un poco de equitación pero ya.

Les eché un último vistazo a los tres, luego volví a mirar a la rumana con desprecio y por último me adentré en la portería, que era aún más lúgubre si cabe que la entrada y encima olía como a sardinas fritas, lentejas estofadas y potaje de bacalao. Nunca en mi vida he creído en esas gilipolleces del destino; a lo sumo miraba los horóscopos de las revistas cuando era un crío buscando respuestas que consolasen mi frustración ante los amores no correspondidos. El extrarradio de Yímbale me enseñó que no hay otro futuro distinto para aquellos que nazcan en el seno de una familia trabajadora. Habías nacido para perder, tal y como cantaban los *Heartbreakers*. Una vez más, quise darle una patada en la boca a eso que la gente llama erróneamente destino y di un paso al frente ante aquel abismo de mediocridad que se abría siempre a mi paso.

\* \* \*

## **DÍAS EXTRAÑOS**

Días extraños salen a nuestro encuentro.

Son murciélagos oscuros que baten sus alas escapando del averno.

Días aciagos en tonalidades de gris, que perfilan el matiz de la confusión y el aturdimiento.

Incómodos amaneceres con una extraña luz, que nos apartan de lo común y nos hacen estremecer como el más gélido de los vientos.

Turbación; languidez.

Turbiedad; pesadez.

Aflicción; distanciamiento.

La espiral de la desesperación es como el descenso angosto por una escalera de caracol hecha de forja que chirría, y con cada paso que das desaparece el peldaño anterior alejándote más y más del confortable resplandor del día.

Comencé a recuperar el sentido de la realidad justo en el momento en que llamé al timbre del Bajos-primera. El molesto y estrepitoso chicharreo se prolongó durante unos instantes en mis oídos, como un eco lejano que fue mitigándose paulatinamente hasta que al final se desvaneció sin dejar ni rastro. Luego volvió a hacerse el silencio en la lóbrega portería. Me encontraba sólo, frente a la puerta, absorto en mis pensamientos, cuando al levantar la vista del suelo caí en la cuenta de que alguien había colgado un cartel a la altura de mis ojos que rezaba lo siguiente:

MANPÓRRER ESPÉLMAN – EMPRESA DE TRABAJO TEMPORAL  
–PARA VISITAS CONCERTADAS DIRÍJANSE A NUESTRAS OFICINAS  
SITUADAS EN EL ÁTICO DE ESTE MISMO EDIFICIO–

Eché un vistazo por el hueco de escalera y rápidamente pude advertir que el edificio debía tener unas nueve o diez alturas como mínimo. La perspectiva de profundidad inducía al vértigo, así que opté por dejar de mirar y traté de concentrarme en buscar la puerta del ascensor. Esta estaba al otro lado del rellano y sobre el tirador había un segundo cartel, escrito a mano con rotulador grueso de color rojo estridente y llamativo, advirtiendo lo que ya me podía imaginar: que el ascensor se encontraba averiado y disculpásemos a la junta de la comunidad por las molestias que dicho incidente pudiera habernos ocasionado. Su puta madre. Menos mal que llegué con tiempo de sobras... porque me iba a llevar un buen rato subir a pata hasta arriba del todo.

No lo pensé dos veces cuando comencé con el ascenso. Las cuatro primeras plantas las subí apenas sin esfuerzo, pero a partir de la quinta la cosa ya comenzaba a costar de la hostia; resoplaba casi como el Porras. Cuando llegué al séptimo piso tuve que detenerme un instante para recuperar el aliento. Cuando llegué al noveno tuve que sentarme en los escalones a descansar porque me estaba dando un vahído; se me enturbiaba la vista, y aún me faltaban tres o cuatro niveles más hasta alcanzar el ático del bloque. Completamente desfallecido, fatigado y resollando escalaba a gatas el último tramo de la escalera cuando de pronto percibí el sonido de la maquinaria del ascensor en pleno funcionamiento. No lo podía creer. Me quedé absorto contemplando la oscuridad a través de la ventanilla de cristal que tenía la puerta del ascensor; ésta fue iluminándose gradualmente hasta colmarse por completo cuando, ya en la catorceava planta, se detuvo la anaranjada luz que producían los halógenos del interior de la cabina. Tomé asiento en los escalones, secándome el sudor que me caía por la frente, y esperé. Poco después, tras la puerta, aparecía la inconfundible figura de Juanantonio el chamán, con su chilaba y su

turbante, cargando unas bolsas del Carrefour que iban colmadas a reventar con productos de primera necesidad.

– ¡Aaaaah! –Suspiraba satisfecho el moro extendiendo los brazos en cruz–. Amigo Juanantonio viene di ver cháman. ¡Oh, cuánta alegría das tú mí! ¡Cuánta alegría das tú míííí! –Me dijo a la vez que soltaba las bolsas alegremente y éstas se estrellaban contra el suelo. Debíó rompérsele algo de vidrio. El musulmán trató de abrazarme de lo contento que se puso y yo me lo quité de encima sacudiéndole un manotazo, tal como si espantase una mosca.

–Me cago, en, mi vida, moraco... –Espeté entre sofocados jadeos de asfixia– ¡¿Pero no habían puesto un cartel abajo diciendo que el ascensor no funcionaba?!

– ¡Aaaaah! –Suspiró nuevamente–. Tú amigo siempre mala uva, culpa di tú, qui folla poco amigo –Entonces me abrazó a traición sonriendo complacido y volví a sentir aquella peste de cachimba con pachuli que comenzaba a resultarme extrañamente entrañable y familiar, ¿por qué cojones los moros no usarán jabón normal, como todo el mundo, en lugar de lavarse con los aceites esos raros que se echan? Obviamente es una pregunta retórica; está claro que lo hacen precisamente porque son moros. Si se lavasen con jabón entonces sólo serían franceses.

– ¡Joder pavo, no te acerques tanto... que pegas una peste moruna que matas de espanto!

–Yo sube volando piso con alfombra di volar ¿No tú tiene alfombra di volar?

– ¡¡Pero qué coño dices tú de alfombra!! ¡¡Pero si eso no existe, gilipollas!! ¡Además, que te he visto con mis propios ojos salir de la cabina del ascensor! ¡Falso! ¡Que los moros tenéis una imaginación que no sé yo de dónde coño la sacáis!

– ¡Ja, ja, ja! ¡Humor di moro siempre buen humor di moro! ¿Sí?

–Bueno Marcelo, mira, que ya sé que desde que te conozco te he hecho un montón de desplantes, por no decir putadas, y todo eso pero... hoy he venido aquí por voluntad propia a hacer una entrevista de trabajo. Así que si no te importa...

– ¿Triabajo? Triabajo sí... Triabajo di bolsas, ti subo di bolsas.

–No te preocupes, imagino que no sabes de lo que te estoy hablando, ¿verdad? Quiero decir, que tú eres moro... y no puedes saber lo que es trabajar porque no lo habrás hecho en tu puta vida...

–Aaah... Moro siempre dise vosotros sólo viene a mí cuando novias dejan ¡Siempre lo mismo! ¡Siempre! Moro no tiene amigo porque sólo mi quiere para comprar pinículas.

–Ahora que lo pienso... ¡¿Pero qué coño haces tú aquí?! ¡Si tú vives con tu hijo el Dumbas en el bloque que hay enfrente de mi casa y eso queda a tomar por culo de este barrio! –Mientras discutía con el falso moro el ascensor volvió a ponerse en funcionamiento. La luz de la cabina comenzaba ahora a descender.

–Moro no orgullo moro, tú entra bolsas di Cárrefur yo moro ti cuéntolo todo. Moro ti habla di futuro tú tienes.

– ¿Pero es que vas a ser tú el que me haga la entrevista o aquí qué coño está pasando?

–Mí ti sí. Sí... Mi ti hase intrivista di ti.

–Mira mamarracho, o eres tú que te explicas como el culo o soy yo que es que ya no entiendo una puta mierda de lo que me dices... ¡¿Eres tú el que me va a hacer la entrevista, sí o no?!

–Mí ti sí dise. Tú sube di bolsa io ti hago dintrivista.

– ¡Que yo paso de subirte las bolsas, pavo! ¡Que estás flipando!

– ¡Aaaaaah! ¡Pues si no sube di bolsa io no intrivista ti hago!

– ¡Mira Marcelo, Juanantonio el Chamán... o como coño te llames! Acabo de subir catorce plantas casi que del tirón por tu puta culpa y te aseguro que lo que menos me apetece ahora mismo es ponerme a cargar como un putito camello con tus alforjas ¿Me entiendes

lo que te digo? ¡Subirte las putas bolsas del Carrefour me apetece menos que hacerme un nudo en la polla!

– ¡Aaaaaah! ¡Pue si tú no carga di camello lo hase otro qui ahora viene!

– ¡Hombre, Talentus! –Exclamó la vivaracha voz de Follardo Cicina que en aquel preciso instante aparecía también saliendo del ascensor. Más que el hecho en sí de encontrármelo por pura casualidad me sorprendió que el pavo luciese más pulcro y aseado que de costumbre; aún así, todavía se apercibían en su rostro vestigios de la paliza que días antes nos había arreado la guardia civil. Follardo vestía vaqueros ajustados y una camiseta negra con la portada del *Painkiller* de los Judas priest. Nunca antes se la había visto puesta.

–Me estáis tomando el pelo. En serio... ¿Pero qué pollas estás tú haciendo aquí y cómo cojones sabías que el ascensor funcionaba cuando lo has cogido? –Le interrogué a la primera de cambio.

–No veas... ¿eh, Marcelo? ¡Menuda educación que gasta el colega! –Le comentaba Follardo al moro alardeando de un desconcertante punto de complicidad que ambos parecían compartir-. Pues he venido por el trabajo, nano, lo mismo que tú... pero primero se saluda ¿no te parece?

– ¿Mi ayuda ti sube di bolsa? –Le preguntó Juanantonio.

– ¡Pues claro Marcelino, para qué coño están si no los amigos! –Yo me encontraba estupefacto mientras ellos conversaban amablemente, como si fuesen colegas de toda la vida-. Vamos a ver qué trabajillo será el que quiere ofrecernos esta vez el jefe.

–Tú ya sabes qué hemos venido a hacer aquí ¿verdad Follardo? –Le insinué al jevi.

–Pues claro pavo; eres tú el que aún no se empana de una mierda.

– ¡Aaaaaah! Por fin ti interesa por moro cusos –Me decía Juanantonio satisfecho-. Pero ven qui antes ti enseño casa di mí, ti prisento dos esposas la chupan bien.

Me dejé llevar. En otras circunstancias no lo hubiese hecho, pero estaba con Follardo y por lo menos tendría a alguien en quien confiar. Mi intuición me decía que los allí presentes –Follardo Cecina, Purria Prepucio, Monells e incluso el imbécil del Porras– debían saber mucho más de lo que yo sabía hasta el momento en que crucé el umbral de la portería. Posiblemente me encontraba a sólo un paso de averiguar qué demonios se traería toda aquella chusma decadente entre manos.

\* \* \*

## QUEDADA DE MAMADAS

Pese a que el resto del edificio estaba hecho una completa mierda lo cierto es que la planta superior parecía recién pintada y la única vivienda que había allí tenía una puerta de entrada que se apercibía robusta y perfectamente acabada, como si fuese de roble, o de cedro o qué sé yo... que se veía robusta joder, que no soy carpintero ni nada para saberlo.

Un grueso felpudo nos daba la bienvenida desde el suelo y, junto al marco de la puerta, un elegante letrero de metacrilato serigrafado rezaba: ‘Manpórrer Espelman – Centro de recursos humanos’. El moro se acercó entonces hasta un teclado codificado que sobresalía ligeramente de la pared, justo debajo del cartel con el nombre de la empresa, y luego pulsó despacio un número de cuatro dígitos. Aguardamos en silencio. Follardo carraspeaba. Nuevamente, el chasquido chicharrero de un pestillo que se abría. Al otro lado de la puerta, ahora sí, nos esperaba un amplio y luminoso vestíbulo.

FOLLARDO: ¡Tira torcuato, que estás apollardao!

TALENTUS: ¡Vete a la mierda, imbécil! ¡Que sólo estaba mirando antes de entrar! –Espeté arreándole un empujón por la espalda

MORO: ¡Bienvenido amigo! ¡Bienvenido! –Nos decía, refiriéndose a ambos, a la vez que sacudía su mano teatralmente escenificando un exagerado gesto arábigo para invitarnos a pasar.

TALENTUS: ¡Buf, moro! ¡Qué ganas tengo de perderte de vista! –En aquel preciso instante un majestuoso y triunfal taconeo me hizo dirigir la mirada hacia una tía jamona a más no poder que salía para recibirnos. De entre sus suculentos labios color carmesí aparecía una resplandeciente y sensual sonrisa. Su cuerpo era escultural como el de una súper modelo. La chica iba maquillada de forma sutil, llevaba su frondoso y rizado cabello recogido en una coleta y vestía

únicamente con un bikini color rojo y una grandes gafas de pasta marrón, como las que llevaban las azafatas del ‘Un, dos, tres’ en la década de los ochenta.

MÉLANI: ¡Hola! Y bienvenidos a Manpórrer Espélman –Nos decía sin dejar de sonreír–. Mi nombre es Mélani Pantortillas y les estábamos esperando. Sean tan amables de pasar al fondo, siguiendo la alfombra roja que les llevará hasta el despacho del señor director y él les recibirá allí con mucho gusto. Todas las trabajadoras de esta empresa estamos a su entera disposición, dispuestas a complacerles durante el tiempo que dure su estancia, así que si a alguno de ustedes le apetece un tentempié, tomar algo para beber, un masaje relajante o una buena mamada no duden en comunicárnoslo y las chicas disponibles estarán encantadas de satisfacer con diligencia cualquiera de sus deseos o antojos.

TALENTUS: Vaya, hola... Bueno, yo... Yo estoy bien. Pero gracias igualmente.

FOLLARDO: Pues ya que lo mencionas, yo a una buena mamada no te voy a decir pas que no...

MORO: ¡Aah! ¡Juanantonio siempre dise no porqui Juanantonio siempre tiene di vergüensa! –Declaraba el moro refiriéndose a mí.

TALENTUS: ¡Que yo no me llamo Juanantonio, cojones!

FOLLARDO: Oye Mel... ¿Te importa si me la comes un rato? Ya sabes... me pone muchísimo quedarme embobado mirándote esas tetas tan turgentes y gordas que tienes mientras me chupas la polla de canto y todo eso.

MÉLANI: Por supuesto señor Cecina, será un placer. Estaré encantada de chuparle la polla ahora mismo si es eso lo que de verdad le apetece.

TALENTUS: Joder, qué servicio tan eficaz.

FOLLARDO: ¿Son tuyas, no? Quiero decir, que las tienes así de grandes al natural... que no llevas implantes de silicona ni nada por el estilo ¿verdad? –Le preguntó Follardo pausadamente a la vez que comenzaban a entrarle ya los calores de la muerte por la repentina excitación. El moro me miró sonriéndome con complicidad, supuse que trataba de captar el entusiasmo en mi rostro.

MÉLANI: Así es, mis tetas son así de grandes. Cien por cien naturales y libres de parabenos –Le contestaba la chica mientras iba arrojándose frente a su miembro. Poco tardó la hacendosa secretaria en desabrocharle el botón del tejano elástico; en bajarle la cremallera; en tirar de sus pantalones hasta que éstos se le quedaron a la altura de las rodillas y en liberar el abotargado rabo del interior de sus calzoncillos. Mélani se detuvo un segundo a contemplar con los ojos bien abiertos el majestuoso pollón erecto de Follardo Cecina y, justo antes de apresarle entre sus labios, le dedicó al jevi la más lasciva de las miradas para mostrarle cómo pensaba acariciar el prepucio deliberadamente con la punta de su lengua.

FOLLARDO: ¡Fuoooooh! ¡Joder Melania, tú sí que sabes cómo ponerme burrrísimo! Chúpamela así... eso es... así... –Apostillaba entre sofocados susurros.

MORO: ¡Cortijo grande, qui siés tonto si muere di hambre!

Cuando volví la vista hacia el moro éste tenía a dos exhuberantes morenas tetudas rodeadas entre sus brazos, una a cada lado, y se reía como si fuese completamente imbécil del culo. No recordaba haber presenciado nunca nada igual, quiero decir, ver a un musulmán reirse de aquella forma; a decir verdad me resultó más chocante incluso que haber visto a un buho estornudar. El cabrón del moro se lo montaba bien por eso. Ambas muchachas lucían unos melones gordísimos, la piel perfectamente bronceada y en lugar de un biquini rojo similar al de Melania llevaban sendos bañadores de una pieza, color

champán, que parecían estar a punto de reventarse con tanta teta y tanto culo como trataban de embuchar. Al moro no le daban suficiente los brazos para abarcar sendos pibones, además ellas debían medir como metro noventa con los tacones mientras que Juanantonio el chamán apenas llegaba al metro sesenta contando incluso con el turbante. Me distraje observando el pincho que se le marcaba al moro bajo la chilaba mientras él seguía riendo y disfrutando en compañía de sus neumáticas jamelgas. De pronto sentí la suave mano de una mujer que se asía a mi brazo amorosamente. Al volverme hacia ella me encontré con una rubiaza de ojos castaños y de pelo ensortijado que también escondía su voluptuosidad tras un biquini rojo cuya talla debía hacer años que se le había quedado pequeña. Me miraba con cara de boba; ya sabéis, esa mirada que tienen las tías cuando por fin creen haber coincidido con el macho más indicado para que las cubra, las monte y se las copule.

BELÉN: Hola macizo... –Me susurraba libidinosamente al oído entre cálidos suspiros–. Me llamo Belén... y me como las pollas a base de bien.

TALENTUS: Ah, pues qué bien... Belén –su aparición fue tan repentina e inusitada que me sentí descolocado. Fui incapaz de responderle con coherencia–. Em... yo me llamo Polla. Encantado de conocerle.

EDUARDO: ¡Hostia putaaa! ¡Socorro! ¡Soltadme! ¡Sacadme de aquí!

BELÉN: ¡Uy! ¿Has sido tú quien ha dicho eso?

TALENTUS: Qué va, ha sido mi rabo... que no se calla ni debajo del agua, ja ja ja.

BELÉN: ¡Ja ja ja, Pobrecita! –Decía mientras acariciaba mis mejillas con sus labios y yo, por mi parte, me iba embriagando más y más con su narcotizante perfume de mujer que olía a delicadas notas de vainilla con rosas y jazmín–. Tal vez tu polla necesita que alguien la

saque de ahí... y le de algunos mimos para que deje de protestar ¿no te parece?

EDUARDO: ¡Sacadme de aquí, cojoneees! ¡¡Que me asooo!!

TALENTUS: Bueno... pues, creo que sí –supuse que sería demasiado tarde para tratar de disimular la monstruosa rigidez que había adquirido mi miembro–. Si a ti te parece que es buena idea...

El moro se recostaba junto con sus furcias en el sofá de piel que había al otro lado de la mesa de recepción. La más alta de las dos, la del flequillo de mamona, se bajaba la parte superior del bañador sacando a relucir unas soberbias lolazas de gruesos pezones color chocolate con leche; la otra había metido su mano bajo la chilaba y acariciaba el demencial ciruelo del moraco al mismo tiempo que le hacía estallar de excitación dándole apasionados arrumacos en el cuello.

MORO: ¡Duelo de tetámens! –Declaraba entusiasmado y risueño.

Follardo, por su parte, permanecía apoyado con el culo sobre la mesa, descansando el peso de su melena plácidamente hacia atrás mientras Melania le practicaba una pausada felación agarrándole la polla con una mano como quien sostiene el micrófono para cantarse un rap. Por su parte Belén, la rubiaza jamona, colocó su dedo índice sobre mi pecho y fue deslizando la uña suavemente hacia abajo, más abajo, cada vez más abajo... hasta llegar a mi paquete. Una vez allí se hizo dueña de los huevos y el pollaco con una suave caricia.

BELÉN: ¡Uff! Polla... ahora entiendo por qué te llaman Polla. ¡Menu-do lomo embuchado que me tienes ahí guardado! ¿Todo este troncho es para mí? –Eduardo estaba a punto de detonar como si fuera la más potente de las bombas termonucleares.

TALENTUS: Ya, bueno... ¡Ja, ja, ja! Lo cierto es que tener un poco menos de polla tampoco me vendría mal.

BELÉN: ¡¿Tan grande la tienes?!

TALENTUS: ¿Has tratado alguna vez de chupar un extintor?

EDUARDO: ¡Por lo qué más quieras Pesebre, sácame de aquí, cabrón!  
¡Que me asfixioooo!

Una intermitente alarma luminosa color escarlata comenzó a parpadear en el techo, justo encima de mi cabeza. Belén estaba bajándose la cremallera del pantalón con ojos de vicio, e iba por la mitad, cuando se detuvo en seco al percatarse de lo que estaba ocurriendo.

BELÉN: ¡Joder! Pues vaya... —dijo resignada, y entonces su actitud tomó un tono más sensato—. Chico, siento cortarte el rollo... pero parece que te vas a tener que ir. El jefe quiere verte ahora.

EDUARDO: ¡Nooooooooo! ¡NOOOOOOOOOOO!

El moro trataba de recobrar la compostura pese a que todavía andaba más tieso que un seminarista dando abrazos a los párvulos. Observé luego a Follardo. No me dirigió la palabra, aunque sí pude ver cómo levantaba su pulgar en clara señal de aprobación.

MORO: Juanantonio ti viene di intrievista. Juanantonio ti viene conmigo.

TALENTUS: Bueno joder, vale. Pero no sé a qué coño viene tanta prisa ahora... ¡Si estábais los dos ahí tan ricamente poniéndoos las botas, pedazo de cabrones!

BELÉN: No te preocupes amor —Me decía ella estrechándome entre sus brazos—, luego te pasas por la biblioteta... que Belén te estará esperando para volver a ponerte a cien. Estoy deseando comerte la polla con pan y cebolla ¿Sabes?

TALENTUS: Has... has dicho ‘en la biblioteta’ ¿verdad?

BELÉN: Vindrás conmigo ¿a que sí? —Belén me sostuvo la polla y Eduardo se deshizo entre sus manos como si fuese una barra de mantequilla—. Cuando vuelvas luego acuérdate de traerte el pantalón... que te voy a coger los bajos.

EDUARDO: ¡Oooooorghfs, se me ha escapado la gotilla!

MORO: ¡Juanantonio ti viene di entrivista, Juanantonio ti viene conmigo! –El moro me agarró por el brazo y me apartó de la tía guarra aquella.

TALENTUS: ¡Ya voy, cojones, hostia puta ya! No me metas prisa que me habéis dejado los huevos hinchados como zepelines... ¡Y deja de llamarme Juanantonio de una puta vez, joder!

Belén se despidió de mí lanzándome un beso al aire. Las jamonas del moro se quedaron en el sofá, comiéndose las bocas y acariciándose mutuamente sus peludos coños. Yo avancé siguiendo a Juanantonio por un pasillo donde el suelo estaba enmoquetado emulando la alfombra roja del festival de los óscars de Hollywood. Atrás quedé Follardo con los pantalones a la altura de las rodillas, tomando a la recepcionista cachonda por el pelo y sacudiendo la cabeza de ella delicadamente contra su nabo.

MORO: Jefe tispera di intrevista porqui jefe ti quiere ver por di intrivista...

TALENTUS: De verdad Marcelo, hablas que pareces tonto del culo...

Seguí los pasos del moro hasta una nueva puerta, la última que quedaba al fondo del pasillo enmoquetado y de la que colgaba un herraje con una ‘J’ y una ‘Q’ que parecían brillar como si fueran de oro macizo. El moro golpeó tres veces con sus nudillos para cerciorarse de que tenía permiso antes de entrar. Una voz amable al otro lado de la sala nos invitó a que pasásemos. ‘Adelante’ dijo, y Juanantonio el chamán empujó la puerta.

\* \* \*

*¿A quién pertenecen las iniciales J.Q. y qué encontrará Polla Pesebre al otro lado de la misteriosa puerta?*

*¿En qué consiste el Gran plan de los Maricones del espacio y cuál fue la principal causa por la que se desencadenó la primera guerra mundial?*

*¿Qué tienen en común el Porculismo internacional, el Teto y el Conejo de la suerte?*

*¿Acaso no es el amor una miserable trampa para obligarte a tener hijos y joderte con ello la vida?*

*¿Por qué los Skinheads de hoy en día no les pegan a los moros, a los negros ni a los maricones como hacían antes?*

*Y sobre todo...*

*¿Cuál era el verdadero propósito por el que Adolf Hitler mandó construir cámaras de gas en sus famosos Campos de colegas?*

Las respuestas a estas preguntas (y alguna más, igual de estúpida si cabe) las encontraréis en el siguiente número de:

## **MARICONES DEL ESPACIO**

**¡SIEG HEIL!**

Donde, por fin, fascismo y diversión vienen juntos de la mano.

## **EPÍLOGO RESIDUAL**

## LESBIANA DE LAS TETAS VERDES

Había una vez una niña a la que llamaban la Kornie, pero no por nada, sino porque era bastante puta. Todo sucedió una fría mañana de octubre en la que el sol otoñal no conseguía calentar suficiente a los corazones en pena. El gélido viento del norte soplaba con más fuerza que nunca mientras la Kornie caminaba a duras penas, descalza y medio en pelotas, por un sendero angosto que debía llevarla al otro lado del frondoso y lóbrego bosque al sur de Blandete. Toda ella tiritaba de frío; ya ni siquiera con la desportillada y cochambrosa manta queapestaba a orines de perro conseguía abrigarse.

Tras una interminable noche de lujuria y desenfreno en *Swingers*, el local de intercambio preferido por ella y por su –hasta entonces– novio Pelopollas el bizco, la inclemente madrugada se presentó para poner de nuevo las cosas en su lugar. Digamos que la velada no aconteció según ella lo tenía previsto. La Kornie acudió a *Swingers*, tan ilusionada como de costumbre, para encontrarse allí con su novio Pelopollas –que en realidad se llamaba Paco aunque todos en su barrio le conocían por el vizconde, puesto que padecía un estrabismo sobrenatural y desproporcionado– para follárselo en el reservado mientras juntos se comían algún que otro coño de cualquier putorra desconocida que hubiese entrado por casualidad aquella noche. En lugar de eso, y nada más entrar por la puerta, descubrió a Pelopollas el bizco de rodillas chupándole el pollón a un travesti gordísimo que vestía una peluca azul y unas medias de rejilla. Su novio mamaba de aquel rabo con tanta ansia que parecía un submarinista al que le faltase el aire y fuera a ahogarse en cualquier momento. El travesti reía satisfecho a la vez que acariciaba amorosamente el cabello del chaval. La Kornie, indignada, estaba a punto de darse la vuelta y largarse de allí cuando de pronto se presentó en aquel local de mala muerte la mujer de Pelopollas el bizco con sus cuatro hijos y la abue-

la, dispuesta a llevarse al crápula pendenciero de su marido de vuelta para casa y a golpe de rodillo.

Eran ya más de las seis y se estaba haciendo de día; nada podía haber salido peor. Para colmo, las cinco pirulas que se comió mientras estuvo bailando sobre la tarima en plan cerda habían comenzado a subirle pocas horas antes de que amaneciese y ya no le quedaba ni un miserable soplo de cocaína con el que poder contrarrestar sus efectos. Las manos le temblaban como si tuviese el párkinson y sus dientes rechinaban sin cesar. Ya no pedía encontrar un *after* abierto... se conformaba con cualquier refugio polvoriento donde pudiera guarecerse del frío y comer algo caliente. Cualquier cosa, ni que no fuese una polla.

El aullido del viento llevábase consigo el denso manto que formaban las doradas hojas secas del camino y que crepitaban bajo sus pies al andar. La Kornie, exhausta, comenzaba a desfallecer. Cerró los ojos por un segundo y fue entonces cuando hasta su olfato llegó el delicioso aroma del humo de leña. Debía provenir del hogar de alguna casa cercana y, al levantar la vista hacia el cielo, divisó a lo lejos una pequeña columna de humo que se elevaba majestuosa sobre la densa espesura de las copas de los árboles. Esperanzada, consiguió sacar fuerzas de donde pudo por tal de continuar caminando hasta llegar a encontrar la casa de donde emergía aquella humareda. Todo hay que decirlo, el subidón de anfetás contribuyó en gran medida a que la muy perra no flaquease en el intento.

Junto al sendero, y en un claro que se abría en mitad del bosque, la puta de la Kornie se encontró con una hermosa casita de madera en cuyo tejado se alzaba la chimenea que desprendía el humo que la había llevado hasta allí. Risueña y entusiasmada llamó a la puerta esperando dar con alguna comuna hippie donde tuviesen tripsis... o, a las malas, ni que fuese un triste porro como mínimo para ir tirando ya le valdría. Pasó un buen rato y nadie había acudido a abrirle. Dio

un pequeño rodeo a la casa y poco después encontró una puerta abierta en el cobertizo de la parte trasera. Desde el interior del cobertizo consiguió abrir una pequeña ventana que daba al comedor. Como no era capaz de llegar hasta la repisa porque, obviamente, era una puta enana de mierda tuvo que encaramarse a las balas de paja y ya de ahí pudo dar un patético brinco para colarse dentro. El interior de la casa resultó ser una estancia verdaderamente confortable, acogedora y familiar. Entorno al fuego, dos mecedoras grandes y una tercera algo más pequeña. El suelo de pizarra se vestía con una mullida alfombra de lana y, junto a la mesa de madera de roble, dos sillas grandes y una tercera algo más pequeña. Sobre la mesa, tres platos; dos cuencos grandes y un tercero un poco más pequeño. Y una olla también; dentro había sopa caliente con pasta maravilla. A la Kornie se le hizo la boca agua, tal vez comer algo le vendría bien para remitir el efecto de las chufas. Se puso a comer y entre tanto le entró sueño. En cuanto hubo terminado con su plato de sopa subió a husmear en la planta superior y allí encontró una cama de matrimonio. Sin pensárselo dos veces se metió entre las sábanas y al momento se quedó profundamente dormida. Fuera comenzaba a llover.

Estaba abrazándose a la almohada y babeando plácidamente sobre ella cuando, apenas unas pocas horas más tarde, la puerta de la casa se abrió con un chirrido demoníaco. Luego escuchó sigilosos pasos en el piso inferior. La familia de osos pardos al completo entraba en su hogar de forma cautelosa. Papá oso, Mamá osa y el pequeño osezno lo sospecharon en seguida: aquel día algo no marchaba bien. Con la crisis que estaba asolando al país no era de extrañar que pudieran encontrarse con algún ladrón que se hubiera colado en la casa mientras ellos pasaban la mañana recogiendo las últimas moras y bayas que quedaban del verano.

OSEZNO PARDO: Mamá ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué tenemos que entrar en casa sin hacer ruido?

MAMÁ OSA: ¡Chssst! ¡Quieres callarte ya, tonto pelao! ¡Mariano, dile al mendrugo de tu hijo que se calle!

PAPÁ OSO: ¡Callaos los dos, coño! El que ha entrado a robar todavía está en la casa. Por aquí huele como a peo de niñaata pastillera.

OSEZNO PARDO: ¡Mamá, tengo miedo! ¡¿Crees que llevarán pistolas o metralletas?!

MAMÁ OSA: ¡Chssshhht! ¡Que te calles de una vez, joder! ¡Ya has oído a tu padre! ¡Hay que joderse, qué cruz de hijo más tonto que tengo, madre mía!

PAPÁ OSO: Joder, y tenía que ser precisamente hoy, que me estoy perdiendo el documental que iban a echar esta tarde en la dos sobre la vida sexual de los berberechos...

OSEZNO PARDO: ¡Mamá, mira! ¡Se han comido mi sopa! –Dijo el pequeño señalando la olla que tenía la tapa medio levantada.

MAMÁ OSA: ¡Mariano! ¡Que nos han robado! ¡Mira! ¡Han estado rebuscando entre mis cajones! ¡Ahora voy a tener que poner a lavar toda mi ropa!

PAPÁ OSO: Sea quien sea está en la planta de arriba. Quedáos aquí – Papá oso asió el hacha que utilizaba par talar leña y fue subiendo las escaleras en silencio hasta llegar a la planta superior. En principio todo parecía estar en calma, lo cual aún le puso más frenético.

Al pasar junto a la habitación de matrimonio pudo comprobar de reojo que la cama estaba deshecha. Luego cayó en la cuenta de que había un bulto bajo la colcha. Menudo ladrón más inútil –pensó– que cree poder esconderse bajo las sábanas sin que le vea. Probablemente debía tratarse de algún tejón sagaz que se habría colado allí para poder follar con su novia. Le daría un buen susto por tal de acojonarle y asunto resuelto. Papá oso se acercó de puntillas hasta la cama, cogió la punta de las sábanas delicadamente con una mano y con la otra levantó el hacha bien alto. Antes de retirar la colcha de sopetón se detuvo por un momento, preparó la cara de enfado más

terrible que consiguió poner y segundos después lanzaba un bramido infernal a la vez que descubría a la Kornie bajo las sábanas. Ella estaba allí, masturbándose con un consolador rosa muy gordo, chupándose el dedo índice lascivamente y vestida con lencería de encaje color negro que le venía como un par de tallas más grandes.

PAPÁ OSO: ¡Me cago en la puta que te parió! ¡Fuera de aquí, puta de mierda! –Exclamó Papá oso por tal de amedrentarla.

KORNIE: Me llaman la Kornie y me como las pollas con avaricia –Le contestó ella.

MAMÁ OSA: ¡Mariano! ¡Qué pasa ahí arriba! ¿Quién está contigo? ¡Contesta!

El silencio se adueñó de la casa por un instante. Mamá osa no recibió respuesta alguna. Aterrorizada, decidió volver a gritarle a Papá oso... sólo que entonces escuchó unos débiles jadeos y, sin saber muy bien cómo fue capaz de aventurarse, optó por subir la escalera con el mismo sigilo con que lo había hecho su marido.

OSEZNO PARDO: ¡Mamá! ¡No vayas, por favor! ¡El monstruo te comerá a ti también!

Mamá osa ni le respondió, tan sólo volvió un momento la vista hacia su retoño para echarle una mirada de puro hastío y el chaval enmudeció al darse por aludido. Al llegar a la planta superior Mamá osa encontró a su marido en la habitación de matrimonio, tumbado boca arriba sobre la cama, gimiendo y resollando... Junto a él, una niña canija más fea que un góblin y con pinta de prostituta barata estaba arrodillada a sus pies practicándole una felación.

MAMÁ OSA: ¡¿Pero qué coño está pasando aquí?! ¡Mariano!

PAPÁ OSO: ¡Bruuuuhgjf! Pues ya ves, aquí... que pensaba que nos habían entrado a robar y al final me he encontrado con la niña chupapollas esta.

MAMÁ OSA: ¡Mira qué bien! ¡¿Te parecerá bonito, no?! ¡Tu hijo abajo cagado de miedo y tú aquí dándole polla al putón verbenero este que da un asco que te cagas sólo con verla!

PAPÁ OSO: ¡Anda mujer! ¡Que tu hijo tiene ya treinta y cinco años y pelo en los huevos que parece un cocotero! ¡Dile que suba de una puta vez y nos ponemos los tres a follarnos a la puta esta!

MAMÁ OSA: ¡¿Ya estará limpia?! Porque la verdad es que tiene una pinta de farlopera sidoso que ni ella misma se la aguanta...

PAPÁ OSO: Ná, si es una niñata pastillera de mierda. Además, me ha enseñado el certificado de las pruebas del sida de principios de este mes y le dieron negativas.

MAMÁ OSA: Bueno, pues nada... ¡Jaime cariño, sube! ¡Papá y mamá te han comprado una sorpresa!

OSEZNO PARDO: ¡Mamá, tengo miedo!

PAPÁ OSO: Lo digo en serio, yo para mí que tu hijo es medio subnormal o tiene eso del aspérger.

MAMÁ OSA: ¡No vuelvas a hablar así de tu hijo! ¡Maricón, adultero!

PAPÁ OSO: ¿Y tú qué? ¡Putas de mierda, más que putas! –Replicó él soltándole un sopapo en las posaderas a su osa esposa.

MAMÁ OSA: ¡Orghfs, Mariano! Tú sí sabes cómo ponerme cachonda...

PAPÁ OSO: Pues ven aquí a besarme los cojones, que voy a presentarte a la puta en cuestión. Ya verás, seguro que vais a ser muy buenas amigas.

Papá oso se incorporó y la Kornie se quedó aún postrada de rodillas mamándose. Mamá osa se acercó a ella con gesto de desagrado, se arrodilló también frente a su marido y después de olfatearla concienzudamente durante unos instantes le dijo:

MAMÁ OSA: Hola putita. ¿Sabes que lo que te estás comiendo es el ciruelo de mi marido?

La Kornie asintió moviendo la cabeza de arriba abajo con la polla gorda todavía en la boca. Mamá osa le arrebató el nabo de un zarpa-

zo y la miró a ella con desafío; le colgaba un hilo de baba desde el prepucio de Papá oso hasta sus labios. Mamá osa tampoco se cortó un pelo y se dedicó a comerle el miembro esmeradamente a su consorte; en realidad le encantaba sentirse celosa de su marido.

MAMÁ OSA: ¿Lo ves zorra? Se hace así –le decía mientras rechupeteaba la polla sin apenas darse tiempo para respirar–, las niñas de mierda como tú no tenéis ni puta idea de cómo se hace.

La Kornie se volvió hacia su derecha cuando notó que algo duro le acariciaba el pelo. Era el pequeño osezo pardo, que blandía su picha sonriente junto a ella, esperando que a él también le llegase su momento en aquel improvisado festival de las mamadas. Papá oso pasó el brazo por encima de los hombros de su hijo en un gesto verdaderamente fraternal mientras a ambos les comían las respectivas pollas. Entonces fue cuando comenzó la verdadera competición, Mamá osa y la Kornie se picaron. Ambas se pusieron a chuperretear sus nabos ansiosamente, aplicando sus mejores técnicas mamatorias para comprobar así cuál de las dos era la más puta y mostraba mayor destreza y pericia haciendo buenas mamadas. A la vez, se dedicaban terribles miradas de animosidad e inquina entre ellas.

OSEZO PARDO: ¡Ūrghfs, bruughrfs! ¡No puedo más! ¡No puedo aguantar más!

En efecto, osezo pardo no pudo aguantar más y fue el primero en correrse salpicando las mejillas, las tetas, el pelo y los párpados de la puta de la Kornie con un espeso chorro de densa lefa. Ella por su parte estuvo limpiándole la polla a lametazos mientras Mamá osa continuaba mirándola con repugnancia. Finalmente la Kornie le dedicó una sonrisa burlona por tal de chincharla y la osa parda no pudo soportarlo más.

MAMÁ OSA: ¡Mira lo que has hecho, pedazo de anormal! ¡Acabas de mancharme una alfombra que cuesta mil quinientos pavos!

Papá oso le lanzó un sonoro bofetón a la enana zorróna; oseño pardo no se quedó atrás y le propinó una hostia del otro lado. Poco después el careto de la puta iba de un lado a otro de la habitación como la pelota en un partido de tenis. Padre e hijo se meaban de la risa. Entre ambos retuvieron a la Kornie contra su voluntad mientras Mamá osa se andaba colocando un rabo de madera que se ataba a la cintura.

MAMÁ OSA: Te vas a enterar de lo que es la violencia sexual, enana. Voy a reventar el cabecero de la cama con tu cara de puta de mierda.  
OSENZO PARDO: ¡Eso es mamá, dale fuerte! ¡Que la putifurcia esta se ha comido nuestra sopa!

Sin aplicarle vaselina ni lubricante alguno Mamá osa colocó la punta de aquel cimbrel de madera contra el orificio anal de la puta de la Kornie. Por lo pronto empezó restregando el falo por su ojete, pero poco después optó por endiñársela hasta el fondo. La enana de mierda era tan cerda y estaba tan dilatada que el pollaco resbaló hacia el interior de su culo hasta tocar fondo sin apenas esfuerzo.

KORNIE: ¡Aaaahgfs! ¡Oooorhfgs! ¡Hmmmmm!

MAMÁ OSA: ¡Cómo se nota que eres una puta guarra asquerosa! ¡Te estoy metiendo una polla del quince hasta el fondo de tu asqueroso culo y ni siquiera te has inmutado! ¡Cerda! ¡Más que puta!

KORNIE: ¡Uuuughfs! ¡Buuuhfgs! ¡Hmms!

OSENZO PARDO: ¡Será puta la tía! ¡Vamos mamá, pétales el ojaldre!

Mamá osa atacaba el culo de la Kornie como si con cada pollazo tratara de vengarse por la desfachatez y la insolencia con la que estuvo mirándola a los ojos mientras le sorbía la tranca al ceporro de su marido. Contra más furia empleaba en sus embestidas, tanto más se regodeaba la enana de los cojones. Al final, desaforada por la rabia, Mamá osa lanzó un alarido de auténtica cólera a la vez que sacaba las zarpas para clavar sus afiladas uñas en la miserable espalda de la Kornie y esta empezó a sangrar.

KORNIE: ¡Aaaahgfs! ¡Oooorhfgs! ¡Hmmmmm! –La Kornie seguía aullando como una loba, pero no porque le doliera. En realidad eran aullidos de puro placer.

PAPÁ OSO: Llamarla puta a la tía esta es quedarse corto, desde luego. Voy a tener que desenfundarme yo el trabuco –Le susurraba Papá oso a la Kornie mientras se sacaba el pollón de los calzoncillos más tieso y duro que un ariete medieval–. Prepárate niñata, ahora sí que te va a caer la del Mórta! Kómbat.

MAMÁ OSA: ¿Te gustan los coños peludos? –Añadía Mamá osa abriéndose de patas frente al careto de la Kornie e invitándola a comerle el matorral.

KORNIE: Me gustan más los *skins* –Le respondió.

MAMÁ OSA: Pues te vas a hinchar a comerme el peluquín –Mamá osa se sentó a horcajadas sobre la cara de la Kornie, aplastándole el coño peludo contra su boca.

PAPÁ OSO: Si no se queja es porque fijo que le gusta –Sentenció.

MAMÁ OSA: Es que se estaba dando un empacho de pollas fuera de lo común. Así come de las dos cosas.

OSEZNO PARDO: Mamá, voy a vestirme y en seguida vengo.

PAPÁ OSO: Eso, vete... Que lo que viene a continuación más te vale que no lo veas.

Cuando Papá oso encajonó su glande entre las nalgas de la Kornie ésta se puso a brincar como una mula en un rodeo. Tenía la certeza de que aquella polla era descomunal, mucho más gorda que cualquier pollaco que se hubiese metido por el culo hasta entonces; lo sabía porque, mientras se la estuvo chupando, su polla no estaba completamente en erección y casi que se le desencajaba la mandíbula. Papá oso embistió fuertemente. El ojete de la Kornie se desgarró como unas sábanas viejas. Ella gritaba a pleno pulmón; su lengua parecía un matasuegras. Mamá osa se excitó tanto viendo sufrir a la puta que, ipso facto, se corrió en su cara.

PAPÁ OSO: ¿Te pensabas que ibas a ser más puta que nadie, eh? –Le decía a la Kornie agarrándola por el pelo y apretando los dientes con saña mientras le arremetía–. Pues ya has visto que no. Ningún coño en el mundo, salvo el de mi mujer, puede soportar la mortífera embestida de mi tronco de baobab.

Como la polla de Papá oso también se estaba resintiendo por la fricción, éste decidió retirar su miembro y fue entonces cuando a la Kornie se le cayeron los cagarros del culo tal como si fuese un caballo en la feria de abril. Papá oso comenzó a echar semen a borbotones; poco después la espalda de la Kornie, desde la cabeza hasta el culo, estaba cubierta por el esperma. Toda ella parecía un improvisado tazón de arroz con leche.

PAPÁ OSO: ¡Ja ja ja! ¡Mira que bien! ¡Ha nevao en tu culo!

MAMÁ OSA: Si no fuese porque me acabo de correr en su cara te diría que le dieras un martillazo y la echásemos para el potaje.

PAPÁ OSO: Nah, la guardaremos unos días en el transportín de concentración a ver si nuestro hijo espabila de una puta vez follándosela.

MAMÁ OSA: Es que no soporto ni un minuto más tener que aguantar su asquerosa cara de puta mamarracha. Además, que menuda peste a gitana que echa.

PAPÁ OSO: No te preocupes, si acabará en el caldo de todas maneras.

MAMÁ OSA: Yo para mí que habremos pillado algo, Mariano –Masculó sosteniendo las tetas de la Kornie con las manos–. Mira, por ahí debajo, donde está el pliegue... tiene como un musgo verde de lo más asqueroso.

PAPÁ OSO: Pues eso es que tiene moluscos.

MAMÁ OSA: ¡Qué asco, joder! ¡Ya te dije que tendría algo la muy puta! ¡Si es que te lo tengo dicho, Mariano! ¡Que no te puedes fiar de lo que encuentres por la calle!

OSEZNO PARDO: ¡Déjenmela para mí! —Exclamó osezno pardo imitando patéticamente el acento mejicano a la vez que abría la puerta de la habitación con un manotazo. El chaval venía vestido con unos calzoncillos de slip color azul celeste, una máscara a juego con estrellas doradas y unas botas de lluvia también azules. Tomó impulso arrojándose contra las cuerdas del cuadrilátero y poco después sacaba a la Kornie de la cama con una patada voladora en toda la molla.

PAPÁ OSO: ¡Así se hace, hijo! ¡Ese es mi luchador! —Papá oso andaba colocándose su máscara roja con calaveras negras después de haberse calzado también las botas y unas mallas de color escarlata con franjas oscuras en los laterales. Luego se encaramó al cabezal de la cama con un equilibrio perfecto y, tras recibir el ardiente clamor del público entre vitoreos y los centelleantes flashes de las cámaras, el gran oso pardo lanzó sus trescientos cincuenta quilos de peso para aterrizar contra la Kornie como lo haría un águila majestuosa sobre su presa. La niñata pastillera quedó aplastada como una mosca y, acto seguido, Mamá osa la cubría de la cabeza hasta los pies con una manta del Barça.

MAMÁ OSA: ¡Ahora estás donde te mereces, cacho guarra!

La familia de osos pardos acribilló a patadas el improvisado saco barcelonista. Cuando la masa infecta dejó de gemir Papá oso levantó su hacha y, allí mismo, partió el tronco de la niñata desgraciada en dos mitades. Durante el resto de la semana la feliz familia pudo comer sopa de marisco a diario.

OSEZNO PARDO: ¡Máma, qué rica está esta sopa!

PAPÁ OSO: Tu hijo es gilipollas —Declaró hastiado.

MAMÁ OSA: Mañana saldré a comprar. Si necesitáis algo del Mercadona decídmelo ahora, que luego tengo que estar yendo y viniendo porque nunca os acordáis de apuntar la mitad de las cosas.

\* \* \*

**FIN DEL QUINTO TOMO**

# INDICE

JUEGO DE TRONCHOS .....	9
MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN POR LA CAUSA MARICO-ALIENÍGENA .....	13
MIERDAPENDENCIA .....	21
LA MIERDA, DE LA MIERDA, DE LA PUTA MIERDA .....	26
FURIA DE GAÑANES .....	37
FOLLAMIGOS DE LA BASURA .....	43
ÓLIMPIADAS DEL CRETINO .....	49
CHORIZOS DE MARICÓN .....	57
LA DINASTÍA DE CARLOMAÑO .....	61
NÓRMAN Y LOS NORMANDOS .....	70
¡LA VIDA NO ESPERA A NADIE, GILIPOLLAS! .....	110
LA MAYORÍA DE LA GENTE SON UNA COMPLETA PÉRDIDA DE TIEMPO .....	116
DÍAS EXTRAÑOS .....	122
QUEDADA DE MAMADAS .....	128
LESBIANA DE LAS TETAS VERDES .....	137



Distinguido lector, ávido de nuevas y extravagantes experiencias:

Nos complace presentar **PUTAS, YONQUIS E INMIGRANTES**, la quinta publicación consecutiva de la serie **MARICONES DEL ESPACIO**. Como prácticamente nunca sé qué escribir en las sinopsis de contraportada ya que, por lo general, este espacio suele utilizarse para hablar fraudulentas y artificiosas maravillas sobre el contenido de la novela que tenemos entre manos, he pensado que en lugar de eso voy a contaros la verdad:

Sí, la portada del libro se parece muchísimo a la portada del disco St Anger de Metallica. Sí, el título del libro está tomado deliberadamente de una canción de División 250. Sí, esa imagen oscura que se aprecia de forma sutil en la contraportada pertenece al diseño artístico del disco Hail the new dawn de los Skrewdriver. Sí, la Kornie era mi ex. Y la truculenta fantasía sexual que narra el episodio donde una familia de osos pardos se la follan hasta matarla la escribí justo después de cortar con ella. Sí, los personajes de Purria Prepucio, el Porrás y el Monells están basados en gente a la que conozco y particularmente detesto. Y sí, lo del pavo al que se la chupaban en el cine es un caso verídico.

Dicho lo cual, estoy convencido de que todo lo malo que puedan decir o escribir sobre nosotros seguro que será absolutamente cierto.

De eso no os quepa la menor duda.

CONDILOMA



correos@condiloma.es

\*EDICIONES\*

**MARICONES**  
DEL ESPACIO